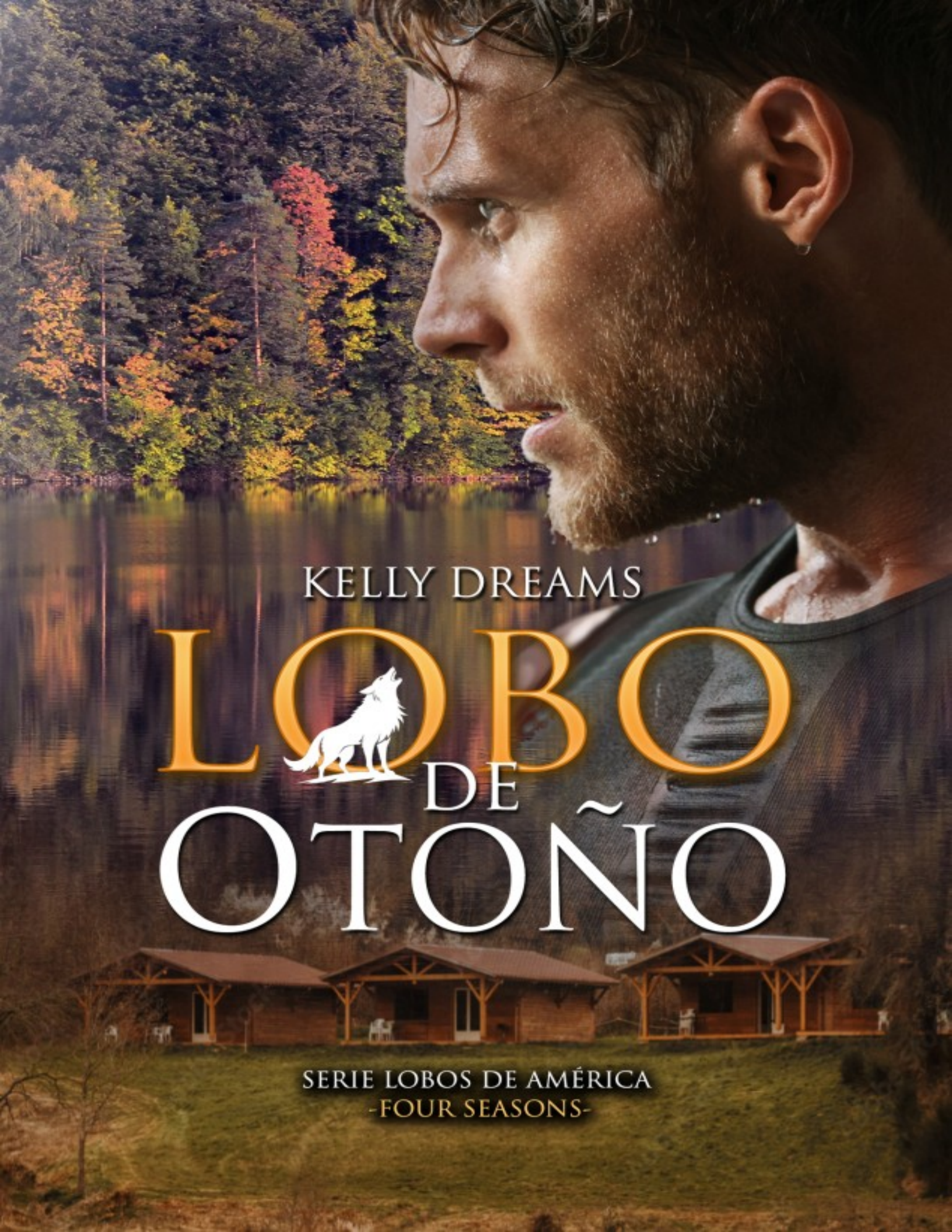

KELLY DREAMS
LOBO
DE
OTOÑO
SERIE LOBOS DE AMÉRICA
-FOUR SEASONS-

LOBO DE OTOÑO

Serie Lobos de América

-Four Seasons-

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

LOBO DE OTOÑO
Serie Lobos de América
-Four Seasons-
© edición septiembre 2025
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A los hermanos Green.

Gracias por susurrarme al oído cuando más os necesito.

ARGUMENTO

Cuando **Zackary Green** recibe la noticia del fallecimiento de un buen amigo y la petición de encargarse de su hija, sabe que no puede fallarle. En el pasado contrajo una deuda de vida con ese hombre y, ahora que él ya no está, solo existe una única forma de pagarle. Debe traer a Ada a su territorio y asegurarse de que la joven esté bien atendida.

Una invitación a *Wolf Lake* es la excusa que encuentra **Ada Jordan** para huir del que una vez fue su hogar. No solo podrá cumplir el último deseo de su padre visitando el lugar que tanto le gustaba, sino que quizá, con un poco de suerte, pueda encontrar también algo de paz.
Un complejo rural a los pies de un lago parece el lugar indicado para que un lobo solitario encuentre a su compañera predestinada y para que ella descubra que incluso en el sitio más inesperado, puede surgir el amor.

Bienvenidas de nuevo al mundo de los Lobos de América.

ÍNDICE

COPYRIGHT

ARGUMENTO

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO

PRÓLOGO

«Si estás leyendo esta carta, querrá decir que he perdido la batalla y ya no estoy en este mundo».

Zackary Green estaba convencido de que no había peor manera de comenzar una carta. En la era de la inmediatez, donde los mensajes llegaban en cuestión de segundos, en los que por no tener que escribir se enviaban audios, el recibir una carta manuscrita, con su sobre y sello, era tan único como poco frecuente. Aunque, teniendo en cuenta quién era el remitente, la extrañeza quedaba en un segundo plano y entraba en la categoría de lo normal para él.

«No me quejaré, pues hasta ahora he tenido una vida plena y de lo más interesante. Si tengo que irme, será porque ha llegado mi hora». Podía reconocer a Corbin Jordan en cada una de esas palabras, era como escucharlo hablar . ***«Solo dejo una preocupación atrás y, para aliviar mi propia conciencia, es que recurro a ti en este momento, amigo mío».***

Un nombre. Esa era la breve frase que aparecía a continuación, como si el hecho de dedicarle toda una línea a cinco palabras las hiciese destacar.

«Necesito que cuides de Ada».

Simple y directa.

«Va a quedarse sola, pues ese atajo de imbéciles van a despellejarse entre ellos con tal de hacerse con lo que deje atrás. No soy tan estúpido como para pensar que la cuidarán, que se ocuparán de que no le falte nada, cuando ni siquiera la han tenido en cuenta en todos estos años».

El párrafo terminaba en esa línea y continuaba en la siguiente con dos breves frases.

«Tenías razón. Me casé con una perra».

Zack hizo una mueca al leer lo que él mismo le había dicho cuando le informó que contraería matrimonio con esa mujer. No era lo que un hombre quería escuchar antes de la boda, pero su conciencia no le permitió callárselo.

«Creo que nunca me disculpé por el puñetazo que te di. Bien. Lo haré ahora. Siento haberte roto la nariz».

No sabía qué resultaba más irónico, si leer esta disculpa después de tantos años o que el hombre que dejaba constancia de esta en un papel estuviese muerto.

«A veces escuece escuchar la verdad, sobre todo cuando esta viene de alguien a quien aprecias. Con todo, debo confesarte que no me he arrepentido de mi decisión, sino de no haber pensado un poco en mí. Beverly me ha hecho feliz todos estos años y de eso se trata el matrimonio, ¿no? De intentar encontrar un poco de felicidad al lado de tu compañera de viaje. O intentarlo al menos. Fui egoísta, lo sé, pero pensé que mi felicidad también traería la suya».

Su matrimonio había sido algo así como su proyecto personal. Deseaba crear una familia y darle un hogar a su única hija. No había sido fácil para él ser padre soltero, pero se había esforzado en que su único vástago tuviese una buena vida.

Ada Jordan. La hija de Corbin era tan solo una niñita la primera y única vez que la vio. La encontró subida a un árbol, uno de los manzanos de la finca. Recordaba un par de piernas delgaditas colgando, agitándose como si estuviesen moviendo el aire. No tendría más de nueve o diez años.

¿Qué edad tenía ahora? ¿Veinte? ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquello? Demasiado, a juzgar por su dificultad para ponerle fecha.

Si bien había visto a su amigo varias veces en los últimos años, no había vuelto a visitar su hogar desde que se casó. Se habían visto aquí, en Wolf Lake, un par de veces más después de eso, para finalmente reducir sus encuentros a un ocasional contacto telefónico.

Cada uno había seguido adelante con sus vidas o, como en su caso, aprovechó para cambiar de rumbo.

Volvió a la carta y retomó la lectura. No era demasiado extensa, tan solo la cara de una cuartilla.

«Soy consciente de que estoy poniendo una carga inesperada sobre tus hombros, pero si he de confiarle a alguien el cuidado de mi hija, hasta que ella encuentre a alguien más, quiero que seas tú».

A pesar de todo, tenía claro que para Corbin su niñita seguía siendo lo primero.

«Ada es una buena chica, Zack. No te dará problemas. Solo necesita que alguien la ponga primero, algo de lo que me he dado cuenta demasiado tarde que dejé de hacer. No te pido que consagres tu vida a ella, solo que estés ahí para ella, porque yo no he sabido estarlo. Siempre andas diciendo que me debes la vida, pues esta es la manera en que deseo que me pagues, cuidando de la suya».

Sí. Zack le debía la vida a un humano que dio la casualidad de encontrarse en el lugar adecuado y en el momento justo para salvarle el culo. De no ser por ese guarda forestal y su rápida actuación, se habría ahogado en el puto río.

Tenía una deuda con ese hombre y, a juzgar por lo que estaba leyendo, ya no podría saldarla, no con él, al menos.

«Haré todo lo posible para que vaya a verte a Wolf Lake en cuanto yo no esté, pero si no lo consigo, mueve el culo y ve a buscarla».

Como siempre, su amigo dando órdenes como un jodido general.

«Cuida de mi niña, Zack. Te lo pido como amigo».

Y la carta finalizaba con su firma.

—Hijo de la gran puta —masculló entre dientes—. No puedo creer que me hayas convertido en una jodida niñera.

Zack se levantó del escritorio y se dirigió hacia la ventana desde la que tenía una magnífica vista del lago. Si fuese cualquier otra persona, lo habría mandado a la mierda, pero Corbin Jordan era

el responsable de que hoy estuviese aquí, en este rincón de Marion, Virginia, y no a dos metros bajo tierra.

No podía decirle que no a un hombre muerto, no cuando tenía una deuda de vida con él, una que por lo visto acababa de heredar su única hija.

—Mierda.

CAPÍTULO 1

—¿Recuerdas a Corbin Jordan?

—Cómo para no recordarlo —bufó su amigo—. Gracias a ese hombre estás hoy aquí, vivito y coleando. ¿Por qué? ¿Has tenido noticias suyas?

Zack miró a su compañero y asintió.

—Falleció el mes pasado.

El sonido de la pistola de clavos se detuvo en el acto y esos ojos marrones, tan claros que casi parecían dorados, se posaron sobre él.

—¿Qué?

—Ayer recibí un sobre de un bufete de abogados de Ohio. Me hicieron llegar una carta de Corbin y en ella me pide que cuide de su hija.

Había pocas cosas que sorprendiesen a Daniel Warden, pero esta noticia acababa de dejarle sin palabras. Y teniendo en cuenta que su amigo no era de los que permanecían callados ni debajo del agua, semejante mutismo decía mucho.

Sacudió la cabeza como lo haría su propio lobo y lo señaló con la mano libre.

—¿Cómo que te pide que cuides de su hija? —repitió. Al parecer era la perla de información que había retenido—. ¿Estamos hablando de hacer de niñera? ¿Tú?

Enarcó una ceja ante su absurda pregunta, lo que hizo que la reformulara.

—¿Qué edad tiene ahora su hija? ¿Veintipocos?

Negó con la cabeza. Lo cierto es que no lo sabía.

—La última vez que la vi era tan solo una mocosa. Supongo que ahora tendrá… No sé, unos veinte o veintipocos.

—Y te pide que cuides de ella en una carta.

Afirmó con la cabeza.

—¿Pero él no estaba casado?

—Ada es hija de una relación anterior. Por lo que sé, su madre se la dejó en la puerta de casa cuando solo era un bebé y se esfumó. —Era una historia dura y la confirmación de que su viejo amigo era un hombre íntegro y de principios—. Poco después descubrió que la mujer estaba desahuciada. Él era todo lo que le quedaba a esa niña.

—Joder —siseó su amigo. Entendía su respuesta. Él mismo se había sentido impactado cuando escuchó aquello de boca de Corbin por primera vez—. No tenía la menor idea. Ese hombre tiene todo mi respeto.

—Sí. Y el mío. Sacó a su hija adelante. De hecho, entiendo que se casó precisamente para darle cierta estabilidad y una familia a la niña, pero su elección de esposa…

—Mala elección —confirmó. Dan había tenido la oportunidad de ver a la hembra y había llegado a su misma conclusión.

—Parece que se dio cuenta de ello con el paso del tiempo. —O, al menos, eso era lo que dejaba traslucir aquella carta—. Creo que su mujer tenía también un par de vástagos de otra relación, pero por lo que pude sacar de esas letras, ninguno de ellos forma parte de la vida de la chica.

—Lo que deja a una muchachita humana completamente sola.

—Eso me temo.

—Pues vaya un marrón que te ha caído encima —declaró. Apoyó la mano sobre su hombro y lo miró—. No te veo en el papel de niñera, hermanito.

Ni él tampoco, pero no podía abandonar a esa muchacha. Se lo debía a ese hombre.

—Se lo debo, Dan. Si estoy aquí, es solo porque se jugó el puto cuello para sacarme del lago.

—Lo sé. —Su tono cambió al momento y vio esa emoción que nunca parecía abandonar sus ojos cuando se trataba de aquel episodio—. De acuerdo, ¿qué tienes en mente?

Llevaba dándole vueltas al asunto desde que leyó la carta, barajando las distintas opciones y ninguna le hacía especial ilusión.

—En su misiva decía que intentaría convencer a la chica de que viniese a Wolf Lake y que, si no lo lograba, esperaba que fuese yo a buscarla.

—Bueno. Las dos nuevas cabañas están ya en marcha, Ian puede hacerse cargo desde aquí. Courtney está al mando de la recepción, se las arreglará sin problemas. En esta época no hay tantos huéspedes —enumeró, planificando ya el trabajo de los próximos días con rapidez y eficiencia—. *Wolf Lake Cabins* puede funcionar sin nosotros un par de días.

No le sorprendía lo más mínimo que se acabase de incluir en aquella hipotética tarea. Daniel había hecho suya la tarea de cubrirle las espaldas en todo momento.

—Aunque también podrías empezar por algo menos extremo que plantarte en su puerta e invitarla a venir a Marion —añadió al final, dejándole ambas opciones sobre la mesa—. Le das el pésame e invitas a la señorita Jordan a pasar unos días en Wolf Lake.

Sin duda era la opción menos temeraria de las dos.

—Si Corbin, tal y como dices, iba a intentar convencerla de venir, una invitación por tu parte podría inclinar la balanza definitivamente. —Se encogió de hombros—. Por probar… Escribe la carta y yo la envío. Eso le dará un toque vintage.

—*Vintage.*

—A menos que tengas su teléfono o su email para agilizar las cosas.

—No tengo ni una cosa ni la otra.

—Entonces empieza a practicar la escritura y procura hacer buena letra. A veces no sé ni qué narices escribes en la lista de la compra.

—¿Será porque la lista la escribes tú y no yo?

Se señaló a sí mismo con gesto ofendido.

—Mi letra es para enmarcarla y admirarla todo el día.

Zack puso los ojos en blanco. Conocía bien a ese lobo para saber que toda esa palabrería sin sentido tenía una única misión, aligerar sus preocupaciones.

—Venga, Zack. No es tan difícil. Empiezas con un *«Mi muy estimada Ada»* y sigues…

Abrió la boca para responder, pero no llegó a pronunciar una sola palabra, pues un acalorado y joven lobo en forma humana llegó corriendo hasta ellos.

—Señor… Green… —Estaba sin aliento—. Tiene… tiene que venir. La… La cabaña principal… se hunde.

—¿Cómo que se hunde? —Daniel dejó la pistola de clavos a un lado y miró al chico. No era la primera vez que recibían un aviso de ese tipo esa semana. El melodrama era algo que ese joven lobo llevaba en la sangre, no le cabía la menor duda. Era la tercera vez en toda la semana que los buscaba para darles avisos semejantes.

—Las tuberías del baño de abajo… Han reventado.

—Joder. Pero si la arreglé ayer —rezongó su amigo. Ni se molestó en mirar atrás, salió pitando hacia la primera de las cabañas, la única que tenía dos alturas.

Zack sacudió la cabeza una vez más, se quitó el cinturón de herramientas y lo dejó junto a la pistola de clavos de su compañero.

—Vamos, anda —tiró del muchacho y siguió los pasos de Daniel—. A ver qué ha pasado ahora.

No tardaron mucho en llegar a la primera de las cabañas de madera que formaban el complejo rural de *Wolf Lake Cabins* a orillas del lago. De planta alargada y dos alturas, el edificio reunía el área de recepción, una pequeña cafetería comedor y un aseo en la parte de abajo y su propia vivienda independiente en la parte superior. A esta podía acceder tanto desde la escalera exterior que había en el lateral, como desde el acceso que había añadido en la remodelación y le permitía acceder también desde el interior.

—¡Daniel Warden, juro por Dios que voy a arrancarte el pelo a tiras!

La amenaza femenina que escuchó nada más abrir la puerta estuvo acompañada de un gruñido lupino en una garganta humana. Courtney Melow era su recepcionista, camarera, gerente y todo lo que se le ocurriese. La loba había estado trabajando para su hermano Nathan hasta hacía un par de años. Su compañero era

originario de Marion y, después de vincularse, ella se había venido con él, así que ambos formaban ahora parte de su personal.

—Esa maldita cañería ha reventado por otro lado —siseó el lobo desde la habitación al fondo de la sala—. Está claro que el agua me odia.

—¿SÍ? ¿Entonces por qué demonios has venido a trabajar a un puñetero lago? —replicó la hembra con las manos apoyadas en las caderas y cara de pocos amigos.

—Porque es donde Zack decidió establecerse —respondió con total sencillez, como si la respuesta no tuviese que ser obvia para ella—. Y adonde él va, yo voy.

—Sois igual que un viejo matrimonio —resopló la loba y se volvió hacia él, apuntándole con el dedo—. Te dije que esto pasaría. Contrata un jodido fontanero y no dejes que ese lobo se acerque de nuevo a las cañerías.

—No le hables así a tu jefe.

—¡Le hablaré como me dé la gana! —Estaba claro que Courtney estaba un pelín estresada y, como lobo inteligente que era, optó por no abrir la boca y dejar que fueran ellos dos los que arreglasen sus disputas.

Daniel era el hijo de uno de los mejores amigos de su abuelo. Prácticamente habían crecido juntos. Sus lobos eran tan afines que se hicieron inseparables hasta el punto de pasar gran parte de su vida juntos. Después del episodio en el *Wayne National Forest*, Zack había decidido dejar su trabajo como agente de cumplimiento de la fianza. Un nombre más formal para el trabajo de un *cazarrecompensas.* El antiguo camping rural de Marion había estado a la venta y había encontrado que le gustaba el lugar lo bastante como para establecerse en él. Dan no dudó en seguir sus pasos, dejando también su trabajo para venirse con él y convertir estas cabañas en su nuevo modo de vida. Si bien podía ser algo melodramático en algunos momentos, era uno de los pocos lobos en los que confiaba ciegamente. Podía no ser su hermano de sangre, pero lo era en todo lo demás.

—Esto no tiene arreglo. Hay que cambiar la instalación —escuchó resoplar a su amigo—. ¿Por qué demonios no habéis

cerrado todavía la llave de paso? ¿Qué quieres ahora, Court? ¿Una piscina cubierta?

—Claro que sí. Es toda la ilusión que me queda en la vida —gruñó la loba—. Es la maldita llave principal. Si la cortamos, nos quedamos sin agua en todo el puto edificio.

Dejó escapar un resoplido y se volvió hacia el joven lobo.

—Ve detrás de la cabaña. Hay una llave grande de color rojo. Ciérrala.

No tuvo que decírselo dos veces. Salió como un rayo.

—¿Dónde está Ian? —Se volvió ahora hacia la mujer.

—En el embarcadero —gesticuló hacia la puerta principal.

—¿Puedes ir a buscarlo y decirle que vaya a Marion a buscar un fontanero? —pidió sin alterarse lo más mínimo. Este tipo de situaciones eran más habituales de lo que le gustaría.

—Más te vale coger el cubo y la fregona y empezar a achicar agua, Zack —señaló el charco que empezaba a filtrarse hacia fuera —. Si tienes que cambiar también la madera, te saldrán canas.

Dicho eso, salió de la habitación como un sargento marcando el paso.

—Dios, no hay quien la aguante —rezongó su amigo.

—¡Te he oído! —gritó la loba y levantó el dedo corazón antes de salir por la puerta.

—Esa era mi intención —replicó este con un gruñido propio—. Bien. Llave cerrada. Estamos oficialmente sin agua en toda la primera cabaña.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Sigues pensando que este lugar es el paraíso? —le preguntó.

—Tiene sus días. Hoy no es uno de ellos —resopló—. ¿Cubo y fregona?

—O una bomba de achique. —Hizo una mueca al ver el interior del cuarto—. ¿No habíamos cambiado toda la instalación en la reforma?

—Lo hicimos. Quien se encargó de esta parte no lo hizo demasiado bien.

—¿No me digas?

—*Ey.* Si no quieres que te diga las cosas como son, no me preguntes —replicó incorporándose. Chapoteó hasta el umbral en el que él aguardaba y lo miró a los ojos con íntima comprensión—. No te lo puedes sacar de la cabeza. Lo entiendo. Pero hasta que escribas esa carta y la mandes, e incluso después de eso, tienes que seguir dirigiendo este lugar y a la gente que está bajo tu mando. Te necesito centrado, Zack, ¿de acuerdo?

No lo contradijo. Daniel le conocía muy bien, quizá mejor incluso que sus propios hermanos. No podía ocultarle nada, él simplemente sabía cuándo algo no iba bien en su vida. Eran así de cercanos, poseían una unión poco habitual entre los lobos, tan inusual que en el pasado los había llevado incluso a pensar en la posibilidad de que pudiesen ser algo más que íntimos amigos.

Si bien no le gustaban los hombres de una forma sexual, su lobo se sentía muy cerca del de Dan y sabía que no era la primera vez que el destino decidía emparejar a miembros del mismo sexo como compañeros. Con todo, no había esa «chispa» entre ellos. Nunca se había producido, no existía una atracción sexual ni nada que los uniese de la manera en la que lo hacía un vínculo de emparejamiento.

No. Solo eran buenos amigos. Del tipo con el que compartías todo, pero no estaban dentro de una relación romántica, ni siquiera platónica.

Asintió a su petición y miró una vez más a su alrededor.

—Cubo y fregona, ¿no?

—Sí. Y toallas. Lo que sea para ir secando esto y que Courtney no decida ahogarnos a los dos en el lago —replicó su amigo.

Momentos después, ambos estaban secando los suelos para evitar que estos se levantasen. Ian Melow, el compañero de la loba, apareció por la puerta seguido de esta.

—Ey, jefe, ¿qué es eso de que hemos chocado con un iceberg?

—Tranquilo, el *Titanic* todavía no se ha hundido —replicó Daniel con una mueca.

—Encuentra a quién coño hizo la instalación del baño y tráelo aquí —gruñó Zack—. Tiene que arreglar este puto estropicio.

—*Um.* No sé si todavía sigue en Marion —respondió el lobo acercándose al umbral—. Pero Albert tiene un chico nuevo que le ha estado haciendo la instalación de la nueva tienda y parece saber lo que hace. Iré a ver si está disponible.

—Genial. Dile que es urgente.

—Si está disponible, lo traeré conmigo —afirmó el lobo. Se volvió, besó a su mujer en los labios y se marchó por donde había venido.

—Veros a los dos con cubos y fregonas es algo que voy a llevarme para siempre en el corazón —canturreó la chica antes de añadir—. Sonreír.

Un segundo después, el flash de su teléfono móvil casi los deja ciegos.

—Joder, Court —siseó Daniel, frotándose los ojos.

—Este se queda en mis archivos —declaró la hembra girando sobre sus zapatillas deportivas.

—Ya está bien, Courtney —gruñó él también, pero a su empleada le traía sin cuidado sus gruñiditos. Llevaban demasiado tiempo viviendo todos bajo el mismo techo, se conocían y básicamente eran como una familia. Estas cosas estaban a la orden del día.

—No protestes. A ver cómo narices voy a hacer la cena sin agua. Porque te recuerdo que tú tampoco tienes agua arriba.

Gruñó de nuevo, pero sabía que la chica tenía razón.

—Llama a Ian y dile que traiga algo ya preparado *Chicken and Grill.* —Se adelantó Daniel, cortando de raíz el problema—. Y que coja unos packs de agua en el Costco. Sobreviviremos con eso hasta que podamos recuperar nuestro suministro.

—Mira. De vez en cuando dices cosas inteligentes —admitió la loba. Un segundo después, había sacado el teléfono del bolsillo y llamaba a su compañero—. Ian, necesito que traigas un par de cosillas de Marion. Sí, escucha…

La chica se fue hablando hacia el área de la cafetería, dejándolos de nuevo solos.

—Gracias —murmuró mirando a su amigo de soslayo.

—No te preocupes, Zack, de peores cosas hemos salido —respondió guiñándole el ojo—. Venga, hermanito. Dale a la fregona que tenemos dos cabañas en las que seguir trabajando.

CAPÍTULO 2

Dos semanas después…

Debería haberse quedado en Oak Hill aunque solo fuese para verla sudar. En esos días recibiría la llamada del abogado y no le cabía duda de que lo que tenía que decirle no sería de su agrado. Pero, al contrario que Beverly, Ada no tenía ánimo ni ganas de comenzar una batalla.

Su padre había amado a esa mujer, la había respetado y le enseñó a hacer lo mismo. Puede que nunca hubiesen sido madre e hija, ni siquiera verdaderas amigas, pero por él respetaría a su viuda. Era todo lo que podía hacer con respecto a una familia que nunca había contado realmente con ella. Ni su madrastra, ni sus dos hijos, sus hermanastros, la habían tenido jamás en cuenta.

Kenneth e Isabel eran hijos de un matrimonio anterior de la mujer. Un par de años mayores que ella, ambos habían pasado gran parte de sus vidas lejos de su madre, asistiendo a colegios internacionales e internados que nada tenían que ver con su propia educación. Sus encuentros se habían limitado a fiestas y fechas señaladas, por lo que prácticamente eran unos desconocidos para ella.

Si echaba la vista atrás se daba cuenta de que su familia solo había sido su padre y, ahora que él ya no estaba en su vida, se sentía más huérfana que nunca.

Perderle había sido un golpe duro, uno que había empezado en el mismo momento en que descubrió su enfermedad; una que no dudó en ocultarle.

Todavía recordaba el shock, el manotear el aire buscando el respaldo de la silla a fin de poder sentarse y la voz de esa mujer al otro lado del teléfono dándole la noticia que su propio padre no había sido capaz de darle.

Puede que fuese lo único que le agradecería en la vida a su madrastra, el que la hubiese puesto al tanto de la realidad que enfrentaba su progenitor. Una que ella misma, como supo después, también había descubierto de forma poco ortodoxa.

Ada nunca había hecho las maletas con tanta celeridad. Cogió el primer avión desde Baltimore, donde residía, y voló a Ohio, a la casa en la que había pasado toda su infancia.

Se quedó con él todo el tiempo. Ni las malas caras de Beverly consiguieron echarla. Él era su única familia e iba a permanecer a su lado hasta el final. Y hoy, recordando ese último año, no estaba más que agradecida de haber podido disfrutar de tiempo con él, de crear recuerdos a los que podría aferrarse en el futuro, que la sostuvieran cuando él ya no estuviese.

Habían hablado mucho y también se habían pedido perdón. Era posible que nunca hubiesen estado tan unidos como en estos meses, como cuando había sido una niña pequeña y lo había tenido solo para ella.

«Tengo que pedirte algo, Ada. Es lo único que saldrá de mi boca. Cuando ya no te quede nada aquí, ve a Marion y busca a tu tío Zackary. Él cuidará de ti cuando yo ya no pueda hacerlo».

Su *tío Zackary*. Uno de los hombres de los que su padre siempre hablaba con afecto y respeto, a quien consideraba un gran amigo y al que ella apenas podía recordar. Sabía que se habían mantenido en contacto a lo largo de los años porque su padre le hablaba sobre él, pero por lo demás era un completo desconocido.

Y ese desconocido al que su padre quería que encontrase vivía en Marion, Virginia. A unas doscientas treinta y cinco millas de Oak Hill y de su propio futuro en Baltimore; si es que todavía había algo para ella allí.

Miró a su alrededor, al menos el día prometía permanecer despejado.

—No puedo creer que esté realmente haciendo esto —bufó y sacudió la cabeza mientras conducía por aquella zona rural.

Esa misma mañana se había dejado caer en la cama de la que había sido su habitación en la casa familiar. La maleta estaba abierta a su lado y el papel desdoblado fuera del sobre. La carta le había llegado a principios de semana a través del abogado de su padre. En cuanto la recibió y vio el remite sintió que el mundo se confabulaba en contra de ella; era como si su progenitor la estuviese obligando a cumplir con su palabra desde el más allá.

Era una carta manuscrita, con una letra elegante, no demasiado pequeña y, a su juicio, bastante masculina. En unas cuantas líneas, Zackary Green lamentaba el fallecimiento de su padre, le daba sus condolencias y la invitaba a visitarle en Wolf Lake. Se despedía diciéndole que su progenitor había sido un hombre de valor y que le debía mucho, por lo que esperaba poder hacer algo por su hija.

Sin duda aquellas palabras encajaban con la historia que le había contado su padre, sobre cómo se habían conocido y la deuda que su amigo creía haber contraído con él.

—Esta es tu manera de decirme que me coja unas vacaciones, ¿no? —murmuró. Si Corbin Jordan hubiese estado todavía en este mundo, se habría dejado caer a su lado, le habría envuelto los hombros con el brazo y le habría dicho un rotundo: *«No pienses, Ada. Solo hazlo».* Esa había sido su manera de empujarla a perseguir sus sueños.

Miró a su alrededor y supo que había tomado la decisión en cuanto el abogado les confirmó la fecha de lectura del testamento. No quería estar en Oak Hill cuando se llevase a cabo porque sabía lo que iba a pasar. Al contrario que la viuda de su padre, ella conocía el contenido de ese documento. Él la había puesto al tanto del mismo, quería que le diese su beneplácito cuando lo único que ella quería en realidad era que no la dejase.

No quería la propiedad, ni el dinero que había apartado, ni los muebles de la casa, ni el maldito rancho. Lo único que deseaba no podía tenerlo, así que ¿qué más daba todo lo demás?

Fue igual que darse de cabezazos con una pared. Al final optó por decirle que hiciera lo que quisiera y se dedicó a disfrutar de todo el tiempo que pudo estar a su lado.

«Zackary es un buen hombre, Ada. No te pediría que fueses con él si no supiese que estarás bien. No quiero que te quedes sola».

Esa era la mayor preocupación de su progenitor. Una que, en su opinión, llegaba demasiado tarde en su vida.

«Vete a Marion. Ve con Zack. Allí estarás bien. Es un lugar precioso, sé que te enamorará al instante».

Había insistido tanto en que conociese ese lugar, en que le hiciese una visita a su amigo que no le había quedado otro remedio que prometerle que lo haría. Solo quería que estuviese tranquilo, que no se agitase y ahora se encontraba atada a esa promesa.

—No necesito que nadie cuide de mí, papá. Me las he arreglado muy bien yo sola hasta ahora —murmuró más para sí misma que para él, donde quiera que estuviese.

Pero había dado su palabra. Y si había algo sagrado para su padre, era eso. Algo que le había inculcado desde su niñez.

«Si haces una promesa, debes cumplirla, Ada. No somos nada si no tenemos palabra».

Así que, aquí estaba ahora, conduciendo en medio de árboles de hojas marrones, un presagio del otoño que empezaba a llegar con ese mes de septiembre. Había pasado hacía tan solo unos instantes el aviso que le indicaba la dirección del hospedaje rural y no tardó mucho en ver las banderas ondeando en los mástiles que marcaban su emplazamiento y la entrada al aparcamiento.

—*Wolf Lake Cabins* —leyó el panel de madera con el nombre bien visible. Las primeras cabañas aparecieron a medida que se internó en el parquin, bordeando un enorme lago que parecía perderse en la inmensidad del frondoso paisaje marrón—. *Ha llegado usted a su destino* —canturreó imitando la voz del GPS que la había guiado en sus más de cuatro horas de conducción.

Estacionó en una zona cobijada y se apeó del coche agradeciendo poder estirar al fin las piernas. Había hecho una parada por el camino para ir al baño y comer algo, para luego

continuar sin detenerse hasta llegar. La brisa de la tarde le acarició el rostro dándole la bienvenida. Había algo realmente relajante en aquel lugar. Ya fuese el paisaje típicamente otoñal, el sonido de los pájaros o la cercanía del agua, era indudable que se trataba de una zona ideal para disfrutar de la naturaleza y escapar del bullicio de la ciudad.

A primera vista, Ada se vio obligada a admitir que su padre había estado en lo cierto. Este lugar era precioso.

Se desperezó, estirando los brazos y desentumeciéndose de pasarse otras detrás del volante. Respiró hondo y se llenó los pulmones de aire puro notándose por primera vez en mes y medio mucho más ligera.

Era difícil lidiar con el duelo cuando tenías que lidiar también con otras cosas. Y personas. Llegó incluso a tener que dejar de lado lo único que la había mantenido cuerda últimamente, porque sus ganas de dibujar se volvían en una creciente necesidad de clavarle la punta del lápiz a algo o a alguien. No le quedó otra que hacer un parón, aunque eso significase dejar encargos a medias o no poder tomar nuevos. Y dado que este último año era lo único que le había reportado ingresos, ya que se vio obligada a dejar su trabajo en Baltimore para estar con su padre, era un lujo del que no podía permitirse disfrutar durante mucho tiempo.

Abrió la puerta trasera y sacó su mochila. La maleta que tenía en el maletero podía esperar a en el coche hasta que se hubiese presentado ante el tío Zack.

—Tenías que haberle dicho que venías —se recordó. Sacudió la cabeza, cerró el vehículo con llave y salió del parquin, tomando el sendero que iba hacia el lago. Había un bonito paseo en torno a él y unos metros más allá un embarcadero. El agua estaba enmarcada entre las montañas; un lugar precioso y evocador.

Sin pretenderlo se vio a sí misma dibujándolo, convirtiéndolo en el escenario de alguna nueva ilustración.

Quizá, después de todo, no había sido tan mala idea hacer este viaje.

Siguiendo la orilla del lago, unos cuantos metros por encima, observó una hilera de rústicas cabañas de manera. El diseño parecía

moderno pero al mismo tiempo encajaba a la perfección con el paisaje, como si hubiesen sido construidas para mimetizarse con él e incluso realzarlo.

La primera de las edificaciones era distinta, algo más larga y de dos plantas. Contaba con una escalera lateral que llevaba a la planta superior y un pequeño porche en la planta baja de cuyo techo colgaba un cartel de bienvenida.

—Es una buena manera de decirle al recién llegado a dónde tiene que dirigirse.

Respiró hondo y enfiló el camino cimentado que conducía a la cabaña principal. Se detuvo delante de la entrada, admirando el cartel que parecía haber sido grabado en la madera, cuando le pareció ver algo blanco por el rabillo del ojo.

Se volvió en esa dirección y se quedó completamente inmóvil, puede que incluso hubiese dejado de respirar cuando sus ojos se encontraron con otros almendrados de un intenso color dorado. Había tal inteligencia en ellos que casi esperó que su propietario comenzase a hablar. Algo ridículo, teniendo en cuenta que estaba mirando un rostro canino.

—Madre del amor hermoso —balbuceó sin poder apartar la mirada del enorme ejemplar lupino que tenía ante ella.

Orejas grandes y rectas, completamente alertas. Hocico largo coronado por una nariz negra que parecía olisquear el aire, un pelaje largo de color blanco jaspeado… *Nop.* Esa cosa no era un perro, era un jodido lobo.

Los segundos pasaban y ninguno de los dos hacía un solo movimiento, tampoco apartaban la mirada, como si estuviesen en un concurso para ver quién aguantaba más sin parpadear. Y entonces, lo hizo. Esos párpados bajaron y volvieron a subir, una lengua rosada emergió del morro canino, lamiendo su propia nariz con una lentitud pasmosa.

—Eh… Hola —susurró a modo de saludo y, a juzgar por la manera en el que el animal empezó a caminar hacia ella, debía ser lo que estaba esperando escuchar.

Ada volvió a contener la respiración. Su lado auto conservador le decía que diese media vuelta y atravesase de una buena vez la

puerta que tenía detrás, pero no podía mover los pies. Estaba completamente clavada al suelo y ese bello ejemplar seguía acercándosele.

—Oh… santa… mierda —llegó a musitar cuando ya quedaba menos de un metro de separación entre ambos—. Hola, guapo. Mira que eres guapo…

El can movió las orejas, levantó la cabeza y pareció lamer el aire antes de tocarse de nuevo la nariz con la lengua.

—Madre mía. Nunca he estado tan cerca de alguien como tú… —se encontró murmurando y, antes de que recordase que *eso* no era precisamente un lindo perrito, se encontró estirando el brazo para tocarle.

No llegó a hacerlo. El can dio un paso a un lado y empezó a rodearla sin quitarle la mirada de encima, como si no estuviese del todo seguro de si se podía fiar de ella.

—Vaaaale —se rio en voz baja—. No hablas con desconocidos. Mensaje recibido.

El animal no dejó de vigilarla hasta que la sobrepasó y, con un movimiento de esa esponjosa cola le dio la espalda y empujó la puerta con el morro y se coló en el interior del edificio.

—Bueno, parece que alguien sabe cómo escurrir el bulto. —Hizo una mueca de pura ironía—. Está claro que alguien de aquí tiene un enorme lobo como mascota. Lo más normal del mundo, como no.

Sacudió la cabeza y siguió el ejemplo del can. Abrió la puerta y de inmediato le llegó un aroma a canela y jengibre, así como el murmullo de las voces de las personas que se encontraban en el interior.

—¿Qué mosca le ha picado ahora? —Una mujer. Su voz era suave, casi melódica.

—Hijo de la gran puta, ¿me estás tomando el pelo?

El hombre que pronunció aquellas palabras mostraba un genuino asombro mientras seguía con la mirada al lobo que en esos momentos se perdía por el fondo de la enorme y abierta estancia.

Casi al instante, él se giró y acabó con unos ojos marrones muy claros sobre ella mientras mascullaba algo parecido a

«¿Mierda?».

Sus palabras alertaron a la mujer que había escuchado de su presencia ya que siguió su ejemplo.

Vale. Tengo dos pares de ojos mirándome intensamente y no sé por qué.

—*Um*… ¿Hola? —Levantó la mano a modo de saludo.

Su voz pareció espabilar a la chica, pues adquirió de inmediato una actitud amable y se adelantó para recibirla.

—Bienvenida a *Wolf Lake Cabins* —la saludó con buen humor e indicó el mostrador de lo que parecía ser la recepción del lugar con un gesto de la mano—. ¿Cómo puedo ayudarla?

No pudo evitar echar una mirada fugaz hacia el tipo alto y de pelo castaño claro que seguía mirándola sin disimulo alguno. De hecho, un segundo caballero en el que no había reparado hasta ese momento, le dio una ligera palmada por detrás de la cabeza, sobresaltándolo. Sus miradas se cruzaron y casi podía imaginarse lo que se estaban diciendo:

«¿Qué mierda te pasa?»

«Asustas a los huéspedes».

O algo similar. Sonrió para sí ante el divertido pensamiento y, ahora sí, le dedicó toda su atención a la chica, la cual no parecía ser mucho mayor que ella misma.

—Verá, esperaba que alguien pudiese decirme dónde puedo encontrar a mi tío, el señor Zackary Green —contestó, dejando caer el presunto parentesco. Estaba tan acostumbrada a escuchar a su padre referirse a él de esa manera, cuando le hablaba de él, que ya lo había hecho suyo—. Soy Ada Jordan.

—No puede ser verdad. —El exabrupto llegó de nuevo del hombre al que había escuchado hablar. Esos ojos marrones se abrieron con evidente asombro y esta vez no se quedó ahí, sino que la recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Disculpe? —Se giró hacia él, dejando claro que era consciente de su escrutinio.

—¿*Tú* eres la hija de Corbin Jordan?

Escuchar el nombre de su padre saliendo de la boca de ese atractivo desconocido la cogió por sorpresa. Y es que sí, ahora que

se permitía fijarse en el hombre, no estaba nada mal. Debía medir en torno al metro noventa, era alto, ancho de hombros, con una figura atlética y su manera de moverse era de lo más fluida.

Vestía con tejanos, suéter y unas botas de montaña, lo cual dado el lugar era sin duda el calzado más recomendable.

—Sí, lo soy —asintió con la cabeza, lo que hizo que el tipo se pasase los dedos por el ya alborotado pelo castaño y dejase escapar un inesperado silbido.

—Eres la hija de Corbin —repitió. Entonces, cómo si se hubiese dado cuenta de que se repetía, se frotó inmediatamente la mano en el pantalón y se la tendió mientras daba un par de pasos adelante—. Disculpa. Es que no sabíamos si habías recibido la invitación o si vendrías. Soy Daniel, un amigo de Zack.

Estrechó la mano del hombre.

—Un placer.

—Zack acaba de… *Er*… —Se volvió hacia atrás, señaló en la misma dirección y, acto seguido, sacudió la cabeza—. Está arriba. Iré a buscarle. No te haces una idea del tiempo que lleva esperando esto, aunque no creo que se lo hubiese imaginado así.

—¿Daniel? —preguntó la mujer y, si bien no se volvió para mirarla, su voz dejaba claro que no entendía que estaba pasando aquí.

—*Compañera.* —Fue todo lo que dijo al respecto. Y pareció suficiente, porque la chica dejó escapar un jadeo y el otro hombre, soltó una breve carcajada—. No te muevas de aquí. Enseguida te lo traigo. Te estaba esperando, así que… Joder. Esto va a ser muy interesante. Ya vengo.

No pudo decir nada porque el tipo dio media vuelta y se fue en la misma dirección que había visto desaparecer la cola peluda.

—Parece que las cosas van a ponerse interesante por aquí —mencionó el hombre se había dejado escapar una carcajada, el cual se había acercado al mostrador. Al ver que lo miraba le dedicó una amable sonrisa y le dijo—. Bienvenida a Wolf Lake, señorita Jordan.

Asintió a modo de agradecimiento, aunque en realidad no tenía la menor idea de qué narices acababa de pasar.

CAPÍTULO 3

No podía respirar. Era incapaz de hilar un solo pensamiento coherente desde el mismo momento en que la vio.

Era *ella.*

Su aroma despertó al lobo en su interior. La reconoció enseguida. No había lugar alguno a duda. ¿Y su voz? Si hubiese estado en forma humana, se habría caído de culo.

Ella.

Su compañera.

Zack no podía dejar de pasearse de un lado a otro del salón. Su lobo estaba enfurruñado. Quería volver abajo, permanecer cerca de esa mujer, saborear su aroma, recrearse con la hembra humana que había despertado todos y cada uno de sus instintos.

Dios. Su aroma. Se le hacía la boca agua.

Y esos ojos. Eran del color de la tierra seca. Y su pelo, una preciosa masa de rizos entre marrón y caoba, muy parecido al tono de las hojas de los árboles en otoño. Era menuda, pero llena de curvas, una muñequita adorable.

Le latía el corazón a toda velocidad. Estaba aterrado y, al mismo tiempo, desesperado por regresar a ella.

¿Habría entrado en la recepción? Sabía que estaba cerca, podía sentirla y eso hacía que sus pies se dirigiesen ya al pasillo, para volver a bajar.

Dios. Le había costado un mundo no acercársele, no tocarla y, sobre todo, no mutar a su encarnación humana. El lobo en él quería restregarse contra sus piernas, que hundiese esas manos en su pelo. Él mismo lo quería.

—Mierda. —Se pasó ambas manos por el pelo corto.

Esto no era ni remotamente comparable a nada que le hubiese pasado antes, lo que decían sobre el tirón del emparejamiento palidecía ante la realidad. Su mente se estaba resquebrajando, la necesidad cruda y loca lo sustituía todo, tiraba de él con un salvajismo que lo asustaba.

Dios. Una compañera. Su otra mitad. Aquí y ahora. ¿Era una jodida broma?

Respiró hondo un par de veces. No era suficiente. Estaba temblando de pies a cabeza de pura ansiedad. Su hermano se había quedado corto en sus explicaciones, esto era mucho más intenso que nada que hubiese sentido jamás. Y entendía que iría a más, sobre todo si se mantenía lejos de ella.

Tenía que serenarse. Necesitaba volver con ella, descubrir quién era, pero primero tenía que recuperar la compostura. Lo último que quería era verla salir corriendo.

Respiró hondo una vez más, pero lo único que conseguía era que su ansiedad por estar lejos de ella, cuando prácticamente la tenía al alcance de la mano, fuese en aumento.

—A la mierda… —gruñó, su lobo cerca de la superficie.

Ni siquiera fue consciente de haber cruzado el pasillo o haber abierto la puerta del acceso interior, empezó a bajar los peldaños con decisión y se detuvo a la mitad. Daniel estaba a los pies de la escalera, mirándole con una particular sonrisa en los labios. Todo lo que hizo fue señalar con el pulgar por encima del hombro, algo que le resultó de lo más irritante.

—Alguien ha venido a verte, hermanito —le informó con voz suave, delatora—. Te vas a caer de espaldas cuando descubras quién es.

Arrugó la nariz. Abrió la boca para decirle que podía irse a la mierda y que se quitase de su camino, pero con la primera bocanada de aire que tomó le llegó su aroma.

Era el mismo que olió fuera. Fue todo lo que necesitó para bajar los peldaños que le quedaban, sobrepasar a Dan y seguir el rastro hasta la recepción.

Lilas.

¿Alguna vez le había gustado ese perfume? No tenía ni idea, pero ahora no podía encontrar nada más evocador.

Entró en la habitación y se detuvo en seco. Estaba junto al mostrador, hablando con Courtney. Ian, su pareja, permanecía por detrás de este, flanqueando a su mujer. No, él no representaba una amenaza para él, así que su lobo lo ignoró.

—Aquí lo traigo… —Daniel habló detrás de él. Pasando por su lado. Le dedicó una mirada divertida y señaló a la muchacha—. Zack, alguien ha respondido a la carta que enviaste…

Deliciosa.

Esos ojos grandes coronados de espesas pestañas, una nariz pequeñita salpicada de algunas pecas. Y sí, era bajita, pero no demasiado. Perfecta para él, en realidad.

Pero ¿por qué había algo en ella que le resultaba familiar?

No se trataba de su anterior encuentro, era algo más… No sabía explicarlo. No. Imposible. Si la hubiese visto antes, la recordaría. Un lobo jamás olvidaba a su compañera, era su otra mitad.

Su rostro acusó la confusión. Parpadeó un par de veces, ladeó la cabeza e incluso llegó a sonreír con cierta afectación al tiempo que se dirigía a su amigo.

Daniel.

Un lobo sin pareja.

Su parte primitiva gruñó interiormente y tuvo que refrenar el sonido para que no emergiese de su garganta.

No le gustaba que estuviese cerca de su hembra. Ni hablar.

«Dan. Apártate de ella. Ahora».

El lobo acusó su mensaje con cierta sorpresa. No era normal que pudiese comunicarse con él en esta encarnación, pero una vez más, el vínculo existente entre sus lobos tampoco era como el de otros.

«Relájate, lobo». Le respondió de igual modo. *«¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir? Ella es…».*

—*Um*… creo que ha habido una pequeña confusión. —Su voz fue como una caricia erótica. Dejó de prestarle atención a su amigo para dedicársela a ella por completo—. Estoy buscando a… *mi tío*. El

amigo de mi padre, Corbin Jordan. Supongo que usted debe ser su hijo…

Las palabras de la chica tardaron unos instantes en colarse en su mente, pero cuando lo hicieron y las procesó, se dio de golpe con una realidad inesperada.

—Eres… Ada.

«Es lo que trataba de decirte».

Fulminó a Daniel con la mirada y volvió a posarla sobre la chica.

Ella sonrió. Y qué sonrisa, por Dios. Era capaz de iluminar el día.

—Sí —asintió llevándose la mano al pecho, para señalarse a sí misma—. Su padre me envió una invitación…

—¿Su *padre*? —repitió Daniel en voz alta.

—¿Mi padre? —Se hizo eco él mismo.

—Eso es imposible… —afirmó Ian, confirmando aquella información.

Sus repetidas respuestas no hicieron sino aumentar la confusión de la muchacha.

—Creo que ha habido una confusión, ¿no es así, Zack? —Daniel llamó su atención, lo que solo contribuyó a cabrearle aún más. ¿Por qué estaba hablando? Más aún, ¿por qué estaba cerca de su compañera? Esto no era bueno. Cada vez se sentía más territorial y menos inclinado a mostrarse sereno.

—¿Equivocación? —preguntó la chica, lo que hizo que su atención volviese de inmediato a ella. Necesitó unos segundos hasta estar seguro de que podría responder sin que le temblase la voz o, aún peor, que le gruñese.

—Yo fui quien envió la carta —le dijo y se señaló a sí mismo—. Soy Zackary Green.

La manera en que la mujer abrió los ojos, el sonrojo que invadió sus mejillas y el rápido balbuceo que siguió le parecieron de lo más tiernos. Toda ella parecía achuchable, algo que jamás había pensado de una mujer.

Las hembras eran hermosas, sexis y deseables, pero ¿achuchables? Hasta ahora no había tenido la necesidad de envolver

a ninguna con sus brazos por el simple placer de sentir su cuerpo contra el de él y poder enterrar la nariz en su pelo.

Su lobo gimoteó muy de acuerdo con esa imagen.

—Oh. Oh, Dios. Yo pensé… Dios. Lo siento. —Sacudió la cabeza, haciendo volar esos bonitos rizos—. Mi padre siempre se refería a *mi tío Zack* como su amigo… Pensé… Ay, Dios. Yo creí… Uf. Creo que acabo de meter la pata hasta el fondo.

Si enrojecía un poco más, iba a acabar haciendo juego con su pelo.

—Eras apenas una niña de corta edad la última vez que estuve en Oak Hill —respondió él recordando aquella visita. Aquella imagen de una niñita subida al árbol volvió a su mente. Obviamente, había pasado mucho más tiempo del que él había previsto—. Tu padre me ayudó en un momento de necesidad y siempre estaré en deuda con él. Lamento mucho su pérdida. Mis más sentidas condolencias.

Su azoramiento remitió un poco y asintió, murmurando un bajito «gracias» a continuación.

—Yo… Gracias por haberte tomado la molestia de escribirme —continuó mucho más cohibida y nerviosa ahora que sabía que él era la persona que le había escrito—. Y, por la invitación. Mi padre no dejó de hablarme de ti en estos últimos meses y… Bueno. Creí que podía ser una buena forma de cumplir con su última voluntad y conocer el lugar que le robó el corazón. Decía que Wolf Lake quitaba el aliento y… por lo poco que he podido ver, tenía razón. Aunque… Quizá hubiese sido mejor que llamase antes de presentarme aquí.

—Fui yo el que te invitó a venir, Ada —la tranquilizó. Pronunciar su nombre, asociándolo a su rostro, a ella, lo unió aún más a ella–. Hiciste lo correcto.

Ada Jordan. La hija de su amigo no era una adolescente, ni una mujer al principio de sus veinte. Esta hembra era adulta, completamente, y no solo eso, sino que además el destino la había revelado a su lobo como su compañera.

¿Cómo podía haber ocurrido tal cosa? Aunque la familiaridad que había percibido en ella cobraba sentido. Había algunas cosas de Corbin en ella.

—¿Quieres que le prepare una de las cabinas…? —preguntó Courtney, poniéndose ya a ello.

—No. —Fue un poco brusco, pero sabía que no estaría tranquilo si ella no estaba bajo su mismo techo y a su alcance. Era el lobo el que hablaba, el macho que acababa de oler a su compañera y la deseaba como suya—. La señorita Jordan se quedará conmigo. —Tendió la mano hacia la muchacha sin pensar, esperando que confiase en él, en un extraño, en alguien que acababa de descubrir que no era quien ella pensaba—. ¿Me acompañas?

Hubo un momento de vacilación, como si ella misma estuviese luchando con la corriente de atracción que había entre ellos. Entonces extendió la mano y la posó en la suya.

—Debí avisarte de que venía. —Volvió a excusarse. Estaba claro que aquello la mortificaba—. O por lo menos de que había recibido tu carta…

—Como ya he dicho, has hecho lo correcto viniendo aquí —aseguró mientras saboreaba la sensación de esos dedos sobre su piel, de aquel primer contacto entre ellos—. Acompáñame. Te enseñaré la cabaña y dónde dejar tus cosas. ¿Solo has traído eso?

—Dejé la maleta en el coche.

—Luego la recogemos —asintió y la invitó a acompañarle una vez más—. Es por aquí. Te quedarás conmigo, si te parece bien. Me gustaría escuchar, si no te supone demasiado en estos momentos, qué fue lo que le pasó a tu padre. Me temo que su fallecimiento me ha cogido totalmente desprevenido.

Ella sacudió la cabeza con suavidad, sus ojos se encontraron y la conexión fue inmediata. Se sostuvieron la mirada hasta que ella la apartó.

—No. Está bien. Te diré lo que quieras saber…

A Zack no le pasó por alto el tono subyacente en su voz, uno que hablaba de una hija que extrañaba a su padre, y supo que quizá esa explicación tendría que esperar un poco más. Ignorando por completo al resto de los presentes, pues solo tenía ojos para la hija de su amigo, su recién encontrada compañera, la acompañó a su propia guarida.

CAPÍTULO 4

¿En qué clase de mundo alternativo había terminado para que el *«tío Zack»* fuese un hombre joven, atractivo y jodidamente sensual? ¿Dónde demonios estaba el tipo sesentón con aspecto de hombre agradable que encajaba en el título de *«tío»*?

Su padre solía hablarle de él como si fuese su contemporáneo, no su hermano pequeño, ¡por Dios! Cuando escuchó que lo presentaban con ese nombre, dio por hecho que se trataba de una equivocación, que quizá su hijo hubiese heredado el nombre, no que el hombre que tenía delante fuese el único y verdadero Zackary Green de Wolf Lake.

—Gracias de nuevo por la invitación y por tus palabras de consuelo. —Necesitaba decir algo para romper el hielo, pues se sentía incómoda—. Debo admitir que tu invitación a venir me cogió por sorpresa.

Esos ojos azules se posaron sobre ella y, cuando los encontró, se licuó por dentro.

Dios, era realmente sexy. Tenía un aire… salvaje, como este lugar. Y era enorme. No solo mucho más alto que ella, sino grande, como te imaginarías un tosco leñador de las montañas.

Mierda. Se le estaba yendo la cabeza.

—No supe que Corbin había fallecido hasta hace un par de semanas, cuando me llegó un sobre de su abogado —le informó él, cogiéndola así mismo por sorpresa con tales noticias—. Tu padre me envió una carta que, dadas sus palabras, escribió en algún momento de su enfermedad.

—¿Una carta?

—De su puño y letra —afirmó, indicando uno de los sillones de un hogareño salón—. Si lo hubiese sabido, que estaba enfermo, habría ido a Ohio a verle.

—No quería que nadie se enterase de que estaba enfermo —admitió. Era extraño, pero resultaba muy sencillo hablar con él incluso de cosas tan personales—. Durante un tiempo, nos lo ocultó a todos.

Zack afirmó comprensivo y señaló el sofá.

—Siéntate, por favor —pidió y señaló acto seguido la puerta por donde habían entrado—. ¿Quieres tomar algo? ¿Cerveza? ¿Café? ¿Otra cosa?

Sacudió la cabeza.

—No te molestes…

—No me molesta atenderte —replicó al momento y añadió con suavidad—. Me alegra poder hacerlo.

Vale. Ese tono de voz merecía la pena ser embotellado y comercializado con el eslogan *«puro erotismo».*

—¿Una cerveza? —Al menos evitaría derramar el café sobre sí misma.

No tuvo que decírselo dos veces, salió por la puerta abierta y escuchó sus pasos por el pasillo. En su ausencia pudo echar un vistazo a la habitación. Había estanterías con libros, algunos marcos con fotos, un par de cuadros en las paredes… y una tele enorme. Resultaba acogedor. Masculino, pero bastante acogedor.

Se preguntó si el lobo que había visto entrar estaría por aquí, pero no encontró ningún colchón o manta que pudiese utilizar.

—He conocido a tu mascota. —Bueno. Suponía que era suya dado que era el dueño del lugar—. ¿Un enorme lobo con el pelaje blanco jaspeado? ¿Es hembra o macho?

—¿Te gusta? El lobo —la pregunta llegó del pasillo.

¿Gustarle? Eso se le quedaba corto, pensó mientras asentía.

—Es bellísimo. Aunque creo que no se fía de los extraños —mencionó y afirmó—. Pero eso está bien. Es señal de inteligencia. Los humanos somos un asco. No hacemos más que ocupar sus hábitats y destruirlo todo.

—Tú no eres una extraña para él. —La sorprendió su presencia, ni siquiera había escuchado sus pasos. Cogió la cerveza que le tendía y se lo agradeció con un gesto.

—*Él.* —Eso confirmaba el género del animal—. Así que es un chico.

El hombre asintió y la forma en que se quedó mirándola era tan intensa que la perturbó un poco. Debió darse cuenta, ya que retrocedió y se disculpó al momento.

—Perdona. Me cuesta asimilar que estés aquí —mencionó—. No esperaba que aceptases mi invitación. Pensé que tendría que viajar a Oak Hill para cumplir con la petición de tu padre.

—¿Qué petición?

¿Qué has hecho ahora, papá?

—En la carta que te mencioné, me pedía que te convenciese para que vinieses a Wolf Lake. No quería que estuvieses sola cuando él ya no estuviese —le dijo con tono sincero, para luego hacer una mueca y mirarla de forma soslayada—. Lo que olvidó mencionar es que no eras la niñita que yo recordaba.

Típico de su padre. ¿Por qué no le sorprendía? ¿No había hecho lo mismo con ella? Le había insistido en que tenía que conocer esta región de Virginia y el lugar en el que se había instalado su buen amigo. Que a su amigo le vendría bien un poco de compañía, como si fuese un hombre de la tercera edad solitario en su retiro…

La madre que lo parió.

—Papá olvidaba muchas cosas últimamente, algunas demasiado convenientemente —resopló.

—¿Qué pasó? —preguntó con sutileza—. Hemos mantenido el contacto, hablábamos de vez en cuando, pero en ninguna de sus últimas llamadas mencionó que tuviese enfermo.

—Leucemia. Se la diagnosticaron hace un año —le informó—. No se lo dijo a nadie. Se lo guardó para él hasta que su esposa lo descubrió y me lo dijo a mí. —Respiró hondo, recordando aquel día en particular—. Yo estaba en Baltimore. Me mudé de inmediato. Volví a casa para estar con él y ayudarle en lo que hiciese falta.

—¿Ya no vives en Oak Hill?

—No. Hace mucho que dejé la casa familiar. —Ada no entendía por qué le resultaba tan fácil hablar con él de estas cosas. Era un completo extraño y, aun así, desde el momento en que se encontraron frente a frente, fue como si lo conociese de siempre. Suponía que el hecho de haber escuchado tantas cosas sobre Zackary Green en boca de su padre, había hecho que el hombre le resultase familiar. Pero esto… Era como volver a encontrarse con un amigo al que no veías desde hacía mucho tiempo y con el que podías hablar como si lo hubieses visto solo ayer—. Regresaba a casa en vacaciones, en fechas señaladas, pero no me quedaba mucho tiempo.

Beverly dejaba claro que no la quería allí. No hacía nada por hacerla sentir bienvenida. Si bien era cierto que no la echaba, el ambiente era tan frío que se sentía incómoda en lo que una vez había sido su casa.

—Así que esa perra no ha cambiado un ápice… —Levantó la cabeza y se encontró con esos intensos ojos azules fijos en ella—. Llegué a decirle a tu padre que estaba cometiendo un error… —Le acarició la nariz como si le recordase algo en particular—, pero me dejó claro que para él era la decisión correcta. Él veía algo en ella que yo no. Decía que de algún modo… esa mujer lo…

—¿Lo complementaba? —Terminó por él.

Asintió.

—La quería, era todo su mundo —admitió Ada, recordando la manera en que su progenitor miraba a esa mujer—. Ella le hacía feliz. Y creo que esa felicidad era genuina.

Pero también egoísta. Beverly solo le quería para él, no soportaba que otra mujer, ni siquiera su propia hija, pudiese gozar de parte de ese cariño. Era como si tuviese miedo de perderlo.

—Lo era —mencionó Zack con gesto pensativo, como si estuviese recordando algún episodio pasado—. Desde luego, tu padre la adoraba, pero con el tiempo también fue consciente de la clase de mujer que tenía al lado… *Una perra*.

Casi se atraganta al escuchar la rotundidad en su voz, así como la palabra elegida para ello.

—¿Siempre eres tan franco? —tosió en un intento de ocultar una risa.

Esa mirada cayó una vez más sobre ella e inclinó la cabeza en gesto afirmativo.

—Intento serlo, pero me disculpo si he sido brusco. A veces olvido que no todo el mundo tiene el mismo criterio...

—No te preocupes. A mi juicio, la has retratado muy bien.

Él sonrió y, Dios, era guapísimo.

—He tenido la oportunidad de estar ante Beverly Jordan un par de veces para hacerme una idea de la clase de mujer que es —aseguró y no dudó en añadir—. Corbin no estaba ciego al respecto. Sabía que vuestra relación no era lo que esperó que fuera.

Sí. Su padre pudo ser muchas cosas, pero nunca fue un tonto. Era muy consciente de que entre su madrastra y ella solo había cordialidad, en el mejor de los casos, y poco más.

—Digamos que la señora Jordan siempre se ha visto a sí misma como la única mujer en la vida de mi padre —admitió en voz alta—. Lo quiso. No tengo dudas al respecto. Supongo que ese es el motivo por el que nunca me quejé en realidad.

—Corbin debió mantenerte en su vida, darte el lugar que te correspondía.

—Lo hizo. Pero también me dio lo que necesitaba para crecer —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. No tengo nada que reprocharle a mi padre, salvo quizá que te haya mandado una carta de la que yo no tenía constancia. —Sacudió la cabeza y se echó hacia delante—. Te libero de cualquier obligación que haya puesto sobre tus hombros si es con respecto a mí. No necesito que cuiden de mí.

—Quizá no, pero no me importaría hacerlo.

Se quedaron en silencio, mirándose, con esas palabras colgando entre ellos. Ada sintió calor en su interior, una creciente atracción hacía que desease decir *«sí, por favor»,* lo cual era una locura en sí misma.

¿Qué demonios le pasaba? Estaba frente a Zackary Green, el amigo de su padre, no un tío cualquiera al que pudiese echarle el ojo e insinuársele.

«Es el tío Zackary, ¿recuerdas?».

Tío Zackary, una polla.

Ese hombre era potente, la hacía sentirse muy consciente de sí misma y su feminidad. Y eso era tan extraño.

—Tu lobo. —Soltó de golpe. Necesitaba espabilarse y dejar de pensar en cosas que no venían a cuento—. ¿Está aquí? Lo vi entrar en la cabaña y… ¿Cómo se llama, por cierto?

—Lobo.

—¿El lobo se llama *«lobo»*?

—También responde a mi nombre.

—¿Le has puesto tu propio nombre al lobo?

—Él y yo somos uno.

Y esa era una forma sutil de escurrir el bulto, pensó.

Pero ¿ponerle su propio nombre al can? ¿En serio?

—Así que… *¿Zackary?*

—O Zack. Es más corto.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Un poco? —Dios. Esa sonrisa desarmaba—. Él es bastante independiente. Entra y sale cuando quiere. Suele mantenerse lejos de los huéspedes, pero estoy seguro de que hará una excepción contigo.

—No sé. No me dio la impresión de que le hubiese causado una buena impresión —admitió.

—Oh. Lo dejaste sin habla, créeme.

Parpadeó ante aquella respuesta y al final chasqueó la lengua.

—Vuelves a tomarme el pelo.

Le sonrió. Y Dios, menuda sonrisa.

—Algunas veces nos sorprende la vida de tal manera que nos quedamos sin saber qué decir. Una vez que somos capaces de volver a pensar con coherencia, es cuando reaccionamos —resumió él—. Le sorprendería encontrarse con una desconocida en su territorio, pero ahora que sabe quién eres, no se despegará de ti.

—¿Ahora que sabe quién soy?

—Mi invitada.

Y por qué esas dos palabras sonaban como si su significado fuese otro muy distinto. Reprimió un escalofrío de puro placer que la

sorprendió por lo inesperado.

—Está bien saberlo.

Lo vio llevarse su cerveza a los labios y se acordó de la botella que ella misma sostenía todavía entre los dedos. Le dio un sorbito y aprovechó para mirar de nuevo a su alrededor.

—Tienes… una casa de lo más agradable. Y las vistas son impresionantes. —Se levantó, motivada por la necesidad de liberarse del repentino nerviosismo que la recorría—. Es un entorno precioso.

—El otoño viste las montañas de marrón. —Ni siquiera lo escuchó abandonar el sillón, pero allí estaba, a su lado y su presencia era cálida a la par que embriagadora. Se encontró respirando hondo para llenarse los pulmones con su aroma, una esencia fresca y algo terrosa—. En invierno se congela el lago y se puede patinar. Con la llegada de la primavera, todo se vuelve verde, suele ser la temporada de mayor afluencia, al igual que el verano.

—¿Vives aquí todo el año?

—Sí.

—Qué suerte —asintió, pensando en cómo sería ver este lugar en cada estación—. No me importaría volver de visita en invierno o en primavera.

—Las puertas de Wolf Lake siempre estarán abiertas para ti.

Se volvió a mirarlo y se lo encontró tan cerca que se quedó momentáneamente sin respiración. El corazón se le aceleró y empezó a sentir ese cosquilleo de excitación por dentro.

Vale, sí. Era un hecho. Extraño como el demonio, pero un hecho a fin de cuentas. Encontraba atractivo a este hombre, lo bastante como para imaginarse cosas que no deberían ni pasarle por la mente.

Es el amigo de tu padre, joder. Recuérdalo.

—Te mostraré tu habitación. —Su voz parecía haberse vuelto más intensa y algo ronca.

—Mejor enséñame la tuya…

Lo vio enarcar una ceja. Sus labios se curvaron ligeramente y entonces comprendió que lo acababa de decir en voz alta. Ada se cubrió la boca con una mano, mortificada.

—Ni caso. Estoy… *Er.* Demasiadas horas al volante —intentó justificarse con rapidez—. De hecho, debería ir a buscar mi maleta.

La sonrisa en sus labios no desapareció, pero sí se tornó más ligera.

—Te enseñaré *«toda»* la casa para que puedas moverte con total libertad por ella —le dijo entonces él con la misma amabilidad que había mostrado hasta ahora—. ¿Me acompañas?

Ay, Dios. ¿Por qué no podía ser un adorable ancianito?

Más le valía poner los pies sobre la tierra y dejar de fantasear, porque de lo contrario acabaría diciendo alguna otra burrada.

CAPÍTULO 5

Zack no sabía cómo sentirse. La cantidad de emociones que giraban en su interior eran demasiado intensas, desordenadas y él no era alguien acostumbrado a dejarse llevar por los impulsos. No podía evitar comparar su propia vida antes y después de su llegada. Y todo se reducía tan solo a unas pocas horas, a un aroma que lo había cambiado todo.

Ada. Su nombre tenía una connotación muy distinta a la que debería haber tenido. No era solo la hija de su amigo, ni tampoco su invitada, ni siquiera su protegida y, al mismo tiempo, era todo eso y mucho más. Era su *compañera*, su pareja predestinada. La hembra humana que se movía detrás de la puerta de la habitación de invitados era suya.

¿Cómo era posible que sucediese esto? ¿Cómo podía ser la hija de Corbin su pareja? ¿Cómo pudo pensar que se trataba de una veinteañera? Había sido una niña la primera vez que estuvo en Oak Hill, sí, pero estaba claro que había transcurrido mucho más tiempo del que había pensado.

Sacudió la cabeza y se mesó el pelo.

Ada Jordan era una hembra humana, una mujer que desconocía por completo su naturaleza lupina, así como la evidente atracción que existía entre ellos y que pareciese haberse manifestado desde la nada.

Sí. Había olido su deseo, visto la apreciación femenina en sus ojos, su turbación al estar en su presencia, al acercársele. No le era indiferente, prueba de ello era la voluntaria respuesta que escapó de esos jugosos labios.

Lo había sorprendido tanto como agradado esa contestación. Qué demonios. Lo había hecho salivar como un jodido lobo. Estaba

claro que no quería decir aquello, pero sin duda lo pensaba.

El rubor que le cubrió las mejillas le pareció encantador, pero incluso en su turbación, no disminuyó el obvio interés que él le despertaba.

Al menos era un comienzo. Prefería resultarle atractivo y despertar su deseo a ser el destinatario de su repulsa. No dejaba de ser una gran ironía que estuviese pensando en cómo seducir a una mujer, a su mujer, cuando era un campo en el que nunca había tenido problemas.

La diferencia radicaba en que hasta ahora sus encuentros con el bello sexo habían sido en busca de simple y llana satisfacción, pero lo que quería de esta mujer, de su compañera, era más, muchísimo más y no tenía ni idea de por dónde empezar.

—No es una loba y tampoco tiene la menor idea de que yo sí lo soy —se dijo, como si pronunciar las palabras en voz alta le ofreciese otra perspectiva—. Tampoco tiene conciencia del vínculo de emparejamiento. Va a sentirse fuera de sí misma, sin entender absolutamente nada de lo que le pasa, de lo que nos une a ambos. —Resopló y se pasó ambas manos por la cabeza—. Sí, puedo ver lo bien que va a salir todo esto.

Zack era consciente de que no podía mostrarle de buenas a primeras a su lobo, ni tampoco introducirla en un mundo que para ella seguramente estuviese a la altura de lo sobrenatural. Tendría que ir paso a paso, con moderación, intentando crear un puente entre ambos. Tenían que conocerse primero, entenderse, y eso llevaría su tiempo, uno que no sabía si acabarían teniendo.

Ada parecía una persona cauta y observadora. Su manera de examinar todo lo que tenía alrededor hablaba de su curiosidad, de su necesidad de aprender sobre el lugar en el que estaba, sobre las personas que la rodeaban. Buscaba alguna pista que le indicase si podía confiar o no. También se había dado cuenta de que cuando hablaba de algo que le gustaba, sus ojos brillaban, su expresión cambiaba y prestaba mucha más atención.

Tendría que descubrir qué la apasionaba, qué cosa podría hacer que desease quedarse aquí, con él. La idea de seducir a su propia compañera le hacía la boca agua, pero debía actuar con

prudencia, sin precipitarse. Ella no era una hembra cualquiera, ni un capricho pasajero, Ada era para siempre.

Ahora entendía mejor que nunca a Nick y su desesperación por Helena. Una cosa era verlo desde fuera y otra muy distinta sentirlo en carne propia.

Se obligó a respirar despacio y alejarse de la puerta cerrada. La chica se había retirado para acomodarse y asearse ahora que contaba también con su maleta. Le había enseñado dónde estaba todo, mostrándole cada centímetro de la casa, explicándole la distribución de las cabañas, la existencia de cada servicio para finalmente emplazarla a reunirse de nuevo con él abajo.

Si tan solo encontrase la voluntad de dejarla y bajar a la primera planta.

Tenía que hablar con su gente. La entrada intempestiva que había protagonizado en su forma lupina había levantado bastantes preguntas. Si bien Daniel los había puesto al tanto, seguía necesitando de su colaboración para que todo saliese bien.

Y lo primero era que su amigo se guardase las manos para él mismo si no quería perderlas. Como volviese a acercarse a su novia, no podía asegurar que no hiciese algo más que gruñirle.

Era extraño pensar en cómo su mejor amigo despertaba sus instintos lupinos en estos momentos. Esto también era cosa del emparejamiento. Quería a Dan como a un hermano, pero al mismo tiempo lo veía como a un macho, un lobo soltero, y le entraba urticaria con solo pensar en que pudiese rondar a su mujer.

Oh, sí. Iba a ser realmente divertido estar a su alrededor a partir de ahora. ¿Días? ¿Semanas? No tenía la menor idea de cuánto tiempo le llevaría volver a ser él mismo o, por lo menos, a tener más dominio del que gozaba ahora mismo. Lo mejor era hacer ahora los ajustes necesarios, cuando todavía era capaz de pensar con cierta claridad, que dejar que su lobo tomase el mando durante estos primeros instantes y sus instintos lo volviese bipolar.

Obligó a sus piernas a dar media vuelta y bajó al primer piso. No podía evitar echar la vista atrás cada poco tiempo, algo que encontró tan ridículo como necesario para su salud mental.

—Esto va a ser el infierno sobre la tierra… —masculló tras conseguir dejar atrás el último escalón y entrar en el área del primer piso. Todo en él tiraba por volver al lado de su compañera, su lobo el primero. Quería contemplarla o, mejor aún, enterrar la nariz en su pelo y lamer ese lunar en su cuello…

—Bueno, ¿sigue viva?

Gruñó por instinto y Daniel dio un paso atrás.

—Tranquilo, hermanito. Soy yo.

—Lo sé —respondió mirándole a través de los ojos de su lobo. Su mitad lupina lo reconocía como su hermano, su otra mitad, pero también recelaba. No le gustaba que un macho estuviese bajo el mismo techo que su hembra—. Y por lo mismo será mejor que emigres a *Wolf Mountain* durante algunos días.

—Me llevaría la mano al corazón con gesto dolido por tus palabras, pero lo entiendo… ¡Vacaciones! —Se le dio por levantar los brazos a modo de victoria—. Hacía años que no tenía de eso. Haré las maletas y me largaré ya mismo.

Entrecerró los ojos sobre el lobo y bufó.

—Idiota.

—Yo también te quiero, lobito, pero ya sabías que lo nuestro estaba condenado desde el principio —le dijo con total sinceridad, entonces se encogió de hombros y admitió—. Me alegro por ti, Zack. De verdad. Me hace feliz que la hayas encontrado, así que ahora tienes que procurar no cagarla. Le diré a Nick que me has dado la patada y los motivos que te han llevado a ello y… V*olaré, oh, oh, oh, oh.*

—Llévate mi coche. —La parte todavía racional en él pensó en la seguridad del lobo—. No cojas la moto.

—¿Y perder la oportunidad de dejar mi melena al viento mientras le doy gas a la máquina?

—No tienes melena —gruñó, señalando lo obvio—. Coge el coche. Hablo en serio.

—Vale, vale. Me llevaré el coche —asintió y su capitulación lo calmó un poco—. Meteré mis cosas y mi bonito culo en el todoterreno y me iré a disfrutar de la hospitalidad del *Wolf Mountain Resort.*

—Lárgate de una vez —resopló. Estaba realmente incómodo y no era algo que le agradase—. Y avísame cuando estés allá para saber que no te has despeñado y mi coche sigue intacto.

—Tu coche, claro —bufó con gesto teatrero—. Y a mí que me den.

Lo agarró del cogote. Fue un movimiento instintivo y voluntario, un momento de íntima comunión entre lobos, que los llevó a estar frente con frente.

—Hazlo —pidió con voz queda—. Por favor.

—Siempre tan sentimental —replicó, pero escuchó su respiración haciéndose más suave, tranquilizándose y le devolvió el gesto, acercándolo más a él—. Sé que estás aterrado, pero no tienes por qué. Las cosas son como debían ser. El destino la ha elegido para ti y a ti para ella. Solo ten en cuenta en todo momento que ella es humana y que los humanos suelen ponerse un poquito… histéricos cuando hacemos esa cosa de *«ahora soy un lobo, ahora soy humano».*

Se limitó a asentir, respiró hondo y finalmente se separó.

—Largo.

Daniel sonrió, le guiñó el ojo y se retiró con el sigilo propio de un lobo.

Zack necesitó un par de respiraciones más para recuperar la tranquilidad. Su lobo estaba tan cerca de la superficie que prácticamente lo sentía bajo la piel. Cuando se sintió de nuevo dueño de sí mismo, dejó el pasillo y entró en el área de recepción donde Courtney y su compañero Ian hablaban en voz baja. En cuanto lo vieron entrar, la loba se volvió hacia él.

—¿Puedes explicarnos qué narices está…?

—Ada es mi pareja.

—Pensé que Daniel estaba de cachondeo, pero veo que no —admitió Ian—. Parece que a los Green os ha tocado el camino difícil. Una humana.

No podía decir lo contrario.

—Si necesitas alguna cosa… —mencionó la loba dejando en el aire el resto de la frase.

—Le he pedido a Dan que se vaya a Mars Hill. —Los puso al tanto de las novedades—. No aceptéis reservas para los próximos días. Solo por si acaso. No estamos en temporada alta, pero… No quiero problemas y no estoy seguro de poder afirmar al cien por cien que no los haya… conmigo.

—Solo ponla a ella primero en todo y olvídate de lo demás —sugirió Ian—. Eso a veces ayuda. Por esto no te preocupes, nosotros cuidaremos el fuerte.

Asintió.

—Gracias.

—Bueno. Lo primero es lo primero —señaló el lobo y le dijo—. ¡Felicidades, jefe!

Hizo una mueca.

—Sí, gracias.

Le habría gustado estar más emocionado que acojonado, pero lo segundo iba ganando la partida.

—Le he pedido a Ada que baje —mencionó y miró a su alrededor—. Voy a enseñarle los alrededores del lago y creo que sería buena idea que cene con nosotros. En el comedor. Para que vea cómo funciona esto y…

—De acuerdo. Yo me encargo —asintió Courtney siempre dispuesta a ponerse en los fogones—. ¿Es alérgica a algo?

Se quedó callado.

—No lo sé. —Miró hacia la escalera dispuesto a subir y preguntárselo. Esas eran el tipo de cosas que tenía que saber sobre ella. Cuál era su comida favorita, qué no le gustaba, qué manías tenía… Bien, era un buen tema de conversación para romper el hielo.

—Vale, lobo. Tranquilo. Lo averiguaremos. Tú solo respira, ¿vale?

—Estoy respirando —aseguró y tomó aire solo por si acaso—. Se suponía que era una niña, que la hija de Corbin era una jovencita…

—Las mujeres crecemos, ¿sabes? —le soltó la loba—. Y, por suerte para ti, tu compañera tiene la edad perfecta para que la hayas encontrado.

Sacudió la cabeza y decidió que sería mejor que esperase fuera y le diese el aire. Sin embargo, no llegó lejos. Antes de cruzar el umbral, se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Mi lobo. Es una mascota. Entra y sale cuando le da la gana y va por libre.

Ian bufó, pero asintió con la cabeza.

—¿Y también come croquetitas? —La loba se lo estaba pasando muy bien a su costa.

—Court, no seas mala.

Los fulminó a ambos con la mirada, lo que hizo que la chica sonriera aún más.

—Lo siento, no he podido resistirme —admitió risueña—. Venga, ve a hacer lo que tengas que hacer. Protegeremos el fuerte y tendré lista la cena para cuando volváis de vuestro paseo.

Zack abandonó la recepción y agradeció el aire fresco que le acarició el rostro. Olfateó de manera automática, dejando que su lobo percibiese la esencia que estaba buscando y la siguió sin problemas hasta el parking.

El vehículo de Ada. No era nuevo, pero tampoco viejo. Era un utilitario, pequeño, pero de calidad. Un coche seguro para su compañera. Se fijó en el par de objetos que colgaban del espejo retrovisor y cotilleó a través de las ventanillas, preguntándose qué tal conductora sería, qué cosas le gustaría hacer… No la había acompañado a recoger el equipaje, no quería que sintiese que la acosaba, pero había estado al pie de las escaleras para quitarle la maleta de las manos y subirla él.

Antes le había parecido interesada en el paisaje. Había admirado las vistas desde la terraza y señalado el lago, interesándose por recorrer el lugar. Eso le había dado pie a proponerle este recorrido por las instalaciones.

Le gustaba escucharla, aprender sobre su pasado, pero al mismo tiempo no podía evitar preguntarse por qué Corbin la había dejado ir. Tenía claro que quería a su hija, pero fueron sus propias elecciones las que la llevaron a irse de casa. Su amigo había querido darle una familia, pero sin saberlo, lo que hizo fue quitarle la que ya tenía. Ada solo lo había tenido a él y la sensación que percibía en

ella mientras hablaba de la mujer de su padre, era que Beverly Jordan había contribuido a separarla de él.

No le importaría encontrarse a la perra y decirle cuatro cosas. No sería la primera vez.

Con todo, se trataba de la vida de pareja, de su pasado, y él no tenía derecho a juzgarlo o a tomar decisiones por su cuenta. Y menos cuando estas podían afectarla directamente. Además, la chica le había parecido muy capaz de lidiar con sus propios asuntos. Tendría que aprender a mantenerse al margen y a caminar a su lado a partir de ahora.

Sus instintos lupinos lo alertaron al momento de su presencia. Acababa de salir por la puerta y contemplaba el paisaje. El viento le agitó el pelo y se lo apartó con la mano. Era extraño que un gesto así le resultase bonito, pero en ella tenía un efecto asombroso.

Demonios. No era de los que creían en el amor a primera vista. Era un lobo, después de todo. Creía en la química, en el deseo y la lujuria, en la pasión. Y sí, sin duda había advertido eso entre ellos, pero al mismo tiempo se encontraba interesado en saber más de Ada, en aprender lo que le gustaba, lo que la disgustaba, lo que hacía que sonriese en la forma en que lo había hecho arriba. Le gustaba cada pequeño detalle que descubría de ella y se encontraba ansioso por descubrir muchos más. Por supuesto, el vínculo instantáneo entre ellos tenía mucho que ver con respecto a sus necesidades, pero no podía evitar pensar al mismo tiempo que ella le habría llamado la atención incluso sin ser su compañera.

En muchos aspectos volvía a sentirse como un adolescente y eso era jodidamente perturbador.

Se dirigió a ella y, en cuanto sus miradas se cruzaron, reparó una vez más en ese creciente sonrojo en sus mejillas.

—Me dijeron que te encontraría fuera…

—Aquí estoy —afirmó, la miró de arriba abajo y preguntó—. ¿No vas a tener frío? El aire se vuelve más fresco junto al lago.

—Estaré bien —afirmó subiéndose la cremallera de una fina chaqueta—. Me gusta el aire frío de la noche. No tengo muchas oportunidades de pasar tiempo en el campo o cerca de las

montañas, así que pienso disfrutar de cada segundo que pueda estar bajo este magnífico cielo.

—De acuerdo, entonces —asintió y la invitó a caminar con él—. Ven por aquí. El camino discurre paralelo al lago y lleva también hasta el embarcadero.

CAPÍTULO 6

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Mi padre decía que te había salvado la vida, pero nunca entró en detalles. Decía que solo había hecho lo que cualquier otra persona haría en su lugar.

—Lo hizo. Me salvó la vida. Si no hubiese sido por él, no estaría hoy aquí. Es algo por lo que siempre estaré en deuda.

—¿Qué hizo? Quiero decir…

—Por aquel entonces trabajaba para el estado como agente de cumplimiento de la fianza. Lo que solía ser una tarea habitual se complicó más de la cuenta —respondió de manera directa—. No sabía que el tipo estaba armado hasta que me disparó. El terreno era desigual y caí al río, con tan mala suerte de que me golpeé la cabeza en unas rocas. Si tu padre no hubiese estado patrullando ese día, yo no estaría hoy aquí.

—Espera, ¿te dispararon? —jadeó recorriéndolo con la mirada, intentando entender—. ¿Dónde ocurrió eso?

—En el Wayne National Forest, cerca de Ironton. —Al escuchar el nombre del lugar, entendió el motivo de dicho encuentro fortuito. Su padre había trabajado como guarda forestal en la oficina de guardabosques de Ironton—. Corbin estaba por la zona, me vio caer al río y no dudó en lanzarse a por mí. Ese hombre tenía una voluntad de hierro y se negó a dejarme morir. Recuerdo que me dijo que si yo me hundía, él se hundiría conmigo. Sinceramente, no sé cómo lo consiguió, pero nos sacó a ambos de ese puto lugar. Lo siguiente de lo que fui consciente es que estaba en el hospital y me sentía como la mierda. Me habían sacado la bala. Tu padre no se

movió de allí hasta que me operaron y después me visitó casi a diario. En cuanto salí, le visité.

—¿Me estás diciendo que casi te mueres en un lago y has decidido venirte a vivir al lado de otro? —Señaló la masa de agua en cuestión.

—Mis hermanos lo llaman terapia de choque. —Se encogió de hombros—. Yo lo llamo *«dulce venganza».*

Ada no pudo evitar soltar un:

—Menudo idiota.

Zack se echó a reír ante su sincera respuesta, mientras ella se disculpaba.

—Perdona. Mi boca a veces le gana a mi cerebro.

—Me gusta tu sinceridad.

—No dirías lo mismo si tuvieses que escucharla todos los días.

Su padre nunca le había hablado de la naturaleza de aquel encuentro y ahora entendía el porqué. ¡Podrían haber muerto los dos! El solo pensamiento le provocó un escalofrío y le dejó una sensación horrible.

Corbin Jordan había trabajado como *sheriff* del condado antes de que ella naciera. Se había retirado y obtenido un puesto como guardabosques poco después de que su madre biológica la hubiese dejado en la puerta de su casa. Decía que ella había sido el mejor regalo de su vida, uno que ella había querido hacerle en el momento más difícil de la suya propia.

Ada no la conocía. Solo sabía su nombre y que había sido una aventura pasajera en la vida de su padre. No se trataba de un gran romance, ni de una historia de amor épica, la realidad era que ella era fruto de un polvo de una noche. Él nunca le había mentido al respecto y tampoco le habló mal de la mujer que la había concebido. Había existido un motivo de peso para que su progenitora la abandonase en la puerta de su padre y fue algo que él mismo descubrió tiempo después; su madre biológica había sido desahuciada y no tenía familia alguna a quien poder entregar a su hija.

Corbin la había criado. Dijo que se había enamorado de «esa cosita pequeña que le sonrió». No había sido fácil, pero dado que

era su padre biológico y su única familia, consiguió inscribirla legalmente como hija suya y a partir de ese momento solo fueron ellos dos. Algo que cambió con la llegada de Beverly.

Tuvo que ser durante esa época en la que los caminos de ambos hombres se habían cruzado. ¿Cuántos años habrían pasado desde entonces? Tenía que haber sido realmente pequeña para no recordar la visita de este hombre. Dudaba que incluso siendo una niña hubiese podido pasarla por alto.

—Papá siempre hablaba de ti con cariño y orgullo. Decía que eras un hombre de principios —mencionó—. Y que no le debías nada. Que tu vida era tuya.

—He oído esa frase demasiadas veces en su boca —afirmó él con un resoplido—. Corbin era un hombre íntegro. Tenía un gran corazón y me consta que te quería más que a nadie. Eras su primera prioridad.

—Lo sé —asintió, pero escuchar esas palabras de boca de alguien más fue agradable—. Siempre he sido consciente de ello y de todo lo que hizo para sacarme adelante.

No había sido fácil ser un padre soltero en un pueblo pequeño, pero él había conseguido sacarla adelante y la prueba era que aquí estaba. Y quizá por eso le costaba hablar de él sin emocionarse, contener unas lágrimas que tan a menudo querían salir. Le había llorado a solas, se había guardado su dolor delante de otras personas y eso le había valido adjetivos como *«fría», «insensible», «mala hija»,* pero le daban igual. No eran personas que le importasen o la conociesen, sus palabras no tenían efecto…

—No lo reprimas. Aquí nadie va a impedirte que le llores —la sorprendió él. Era casi como si le hubiese leído la mente—. Es tu derecho como hija. Nadie puede impedírtelo.

Lo miró y vio una comprensión que no había encontrado hasta ahora en alguien más.

—Mis hermanos y yo perdimos a nuestros padres siendo muy jóvenes —añadió él con voz queda—. Nos crio nuestro abuelo, pero seguimos echándoles de menos cada día de nuestras vidas. He perdido la cuenta de las veces que he tenido que preguntarle a mi abuelo por cosas que ya no recuerdo. Especialmente para que Alex,

mi hermano pequeño, pudiese tener algún recuerdo de ellos. De vez en cuando me encuentro preguntándome qué hubiese pasado si ambos hubiesen sobrevivido…

—¿Qué les pasó?

La miró y vio en sus ojos una mezcla de pena y rabia.

—Fueron víctimas de un atentado.

Su respuesta fue impactante y, antes de poder detenerse, Ada posó la mano sobre su brazo en un gesto de consuelo.

—Lo siento mucho.

Zack asintió a modo de agradecimiento y añadió.

—Nadie puede impedirte echarles de menos, sentir pena o nostalgia. Ni siquiera tú misma —le aseguró. No cabía duda de que hablaba con conocimiento de causa—. Si quieres estar sola, solo tienes que decírmelo. Me iré ahora mismo.

—No —respondió con demasiada rapidez—. No es necesario. —Se lamió los labios antes de añadir—. Esto te va a sonar raro porque acabo de conocerte, pero… Es como si siempre hubieses estado ahí. No eres un extraño. O no te siento de esa manera. Aunque tampoco eres quien esperaba que iba a encontrarme…

—¿Qué fue lo que te dijo Corbin exactamente sobre mí? —Había genuina curiosidad en su voz.

—Que eras un buen amigo. De niña, cuando le preguntaba, se refería a ti como el *«tío Zackary».* Supongo que nunca fui verdaderamente consciente de tu edad y me formé una imagen similar a la de mi padre, alguien de su generación.

—Por eso dijiste que estabas buscando a *mi padre*…

—Perdón.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Es comprensible. Eras muy pequeña cuando te vi y creo que solo fue durante un momento —añadió pensativo—. Estabas subida a un árbol, sentada en una rama con las piernas colgando…

—Ay, madre —jadeó mortificada—. Prometo que ya no hago esas cosas.

—Me alivia saberlo —afirmó, visiblemente divertido.

—Créeme, a mis veintisiete años ya estoy un poco mayor para seguir trepando a los árboles…

—Sigues siendo muy joven… —murmuró sin dejar de mirarla.

—¿Disculpa? —Ahora fue ella la que se rio—. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte.

—Y aun así te sigo llevando un buen puñado de años.

Lo miró de arriba abajo y se llevó las manos a las caderas.

—Se me da muy mal calcular la edad, pero estoy segura de que estás lejos de cumplir los sesenta —se burló.

—Cuarenta y tres —acotó.

—La edad perfecta para mí —afirmó. Y lo cierto es que lo pensaba de verdad. Él, por otro lado, acabó riéndose ante su rotunda respuesta.

—Me gusta tu espontaneidad. Es refrescante.

—No pensarás lo mismo después de tenerme unos cuantos días en Wolf Lake —aseguró y señaló el lago—. Es demasiado tentador quedarse aquí…

—Como ya dije, las puertas de mi hogar están abiertas para ti durante todo el tiempo que desees quedarte.

—No quiero ser una molestia. Tan solo vine a conocerte —afirmó con seguridad—. Esa fue su última voluntad. Que viniese a verte, a conocer este lugar. Le prometí que lo haría antes de… irse. Y tu invitación… Bueno. Digamos que llegó justo en el momento adecuado.

No iba a decirle que el testamento se leería en unos días y que quería estar lejos cuando eso ocurriese. Asistiría a la lectura por videollamada, pero no iba a estar presente en la oficina. No quería estar en la misma habitación que la viuda de su padre cuando descubriese cómo había repartido sus bienes.

—Parece que Corbin estaba decidido a unirnos bajo estas montañas.

—Le gustaba mucho este lugar. Dijo que se enamoró de él la primera vez que puso los pies aquí. Estuvo más de una vez, por lo que entiendo.

—Al menos un par —confirmó él—. Vino a la inauguración y otra vez, hará unos años, me hizo una visita fugaz con su esposa.

—Ahora entiendo por qué te gusta tanto Beverly.

Él bufó.

—No me gustó cuando la conocí. Se lo dije a tu padre y su respuesta fue romperme la nariz de un puñetazo.

—¿Qué? —Eso sí que no se lo esperaba.

Zack se frotó el puente de la nariz e hizo una mueca.

—Como ves, a veces mi boca también va por libre —respondió con ligereza y añadió—. Y si te sirve de consuelo, yo a ella tampoco le caigo bien.

—Ya solo por eso ya me gustas un poquito más.

Y mierda. Era verdad. No solo lo encontraba atractivo, le gustaba su forma de conducirse. Era amable, educado y mantenía una prudencial distancia para no agobiarla, aunque era obvio que ella no le era indiferente.

—¿Continuamos con el paseo? —sugirió. Necesitaba mantenerse en movimiento, porque pensar en él y en cómo se sentiría ser abrazada por esos brazos empezaba a convertirse en una obsesión.

Zack asintió y le mostró las cabañas de alquiler, incluso visitaron una. Continuaron hacia el embarcadero con el sol empezando a deslizarse en el horizonte hasta contemplar el más precioso de los atardeceres.

—Ojalá tuviese los colores exactos para plasmar esta belleza —murmuró embelesada—. Siento que ningún lienzo podría hacerle justicia.

—Todavía no he conocido a alguien que haya podido retratarlo de igual manera. Cada atardecer es distinto, la luz cambia…

—Me lo puedo imaginar —afirmó—. Este lugar es perfecto. Espero poder venir a dibujar algo mañana. Si es posible, por supuesto.

—Puedes hacer lo que desees, Ada. —La forma en que pronunciaba su nombre hacía que la recorriese un inesperado placer.

—¿Lo que desee?

Él asintió.

—¿Cualquier cosa?

—Lo que desees —confirmó y eso fue su perdición.

No se permitió pensar, solo hizo aquello que deseaba. Podría justificarse diciendo que se le fue la cabeza por completo, que se

confundió o mil excusas más, pero la realidad es que lo deseaba. Acabó frente a él, levantó el brazo y le rozó el rostro con los dedos antes de engancharlos en el borde abierto de la camisa y tirar de él hacia abajo, uniendo así sus labios a los suyos.

El beso fue cálido, húmedo y profundo. Zack no la detuvo, ni tampoco la rechazó. Le devolvió el beso, envolviéndola en su aroma y ciñéndola a su cuerpo con tanta suavidad que juraría que se estaba conteniendo. Pero no le importó, su boca sabía a gloria, su aroma era embriagador y se sentía maravillosamente entre esos brazos.

Cuando al fin se separaron, se quedó mirando esos ojos azules brillantes. Las pupilas parecían haberse dilatado un poco. Y, durante un instante, fue como si estuviese mirando a alguien más en esa mirada.

—Yo… Ah… —Sí, bien. ¿Cómo justificaba una lo que acababa de pasar?

—Está bien. —Zack le acarició los labios con el pulgar—. Yo tampoco tengo una respuesta. Solo sé… que me ha gustado.

Sonrió. No pudo evitarlo. Ese hombre era un cielo.

—A mí también.

—¿Quieres que volvamos? —sugirió él entonces—. Ya debe estar la cena. Suelo cenar con mi gente en el comedor de la primera cabaña. Somos pocos en esta época, así que nos reunimos siempre que podemos. Aunque si prefieres retirarte ya, puedo subirte algo.

—No tienes que cambiar tu rutina por mí —le dijo y señaló—. Si me aceptáis en la mesa, me uniré a vosotros.

—Siempre, Ada. Siempre —confirmó y extendió el brazo a modo de invitación para que caminase—. Vamos. Te presentaré debidamente a mi gente.

Asintió y volvió con él a la cabaña. Solo esperaba poder concentrarse en la cena y dejar de pensar en ese estupendo beso.

CAPÍTULO 7

Tenía su sabor en la boca. Nada lo había preparado para un manjar semejante, ni tampoco para una reacción tan inesperada; aunque deseada por su parte. En un momento estaban hablando y al siguiente, esa pequeña y curvilínea mujer lo estaba besando.

Ningún beso había significado tanto para él como este. Su sabor y dulzura eran un regalo inesperado que ni siquiera ahora podía quitarse de la cabeza.

Ada charlaba ahora con Courtney. La chica le estaba explicando a la pareja que era ilustradora. Había estado trabajando para una empresa en Baltimore, pero lo había dejado para volver al lado de Corbin cuando este enfermó. Desde entonces, se dedicaba a coger alguna comisión para ilustrar libros infantiles y otro tipo de proyectos. Era una artista y, escuchándola hablar, podía notar el amor por su profesión.

Durante el transcurso de la cena había preguntado también por *«Zack»* el lobo. Su alter ego parecía haberla conquistado y se la notaba interesada por volver a cruzarse con él. Con todo, era cauta, consciente de la naturaleza de un animal salvaje. Se sentía tentado de ausentarse con alguna excusa y volver en su encarnación lupina solo para complacerla, pero intuía que si lo hacía ahora y delante de sus empleados, tendrían material con el que hostigarle durante el resto de su vida.

Daniel también había cumplido con su parte. El lobo debía haber pulverizado los radares porque ya estaba en Wolf Mountain. Se lo había hecho saber con un *selfie* delante del resort. Tanto su coche como su hermano lobo estaban sanos y salvos en el territorio del mayor de los Green.

Un problema menos del que preocuparse.

—…pídele a Zack que te lleve. Las vistas desde allí son inmejorables, ¿verdad?

Miró a Ian sin tener la mínima idea de qué narices estaba hablando. Frunció el ceño y el lobo enarcó una ceja en respuesta.

—*Walker Mountain.* —Dio el nombre de un mirador de la montaña—. La ruta que lleva hasta el mirador. Está a tiro de piedra en moto y tiene unas vistas de lo más agradables. Aunque también puedes optar por la ruta senderista paralela al lago.

Asintió corroborando las palabras de su amigo y se volvió hacia ella.

—Al mirador hay que ir en coche o en moto, pero los senderos en torno al lago, puedes hacer un tramo en cualquier momento partiendo desde aquí —afirmó mirando de nuevo a su compañera. ¿Realmente había dejado de hacerlo un solo instante durante toda la cena? Es como si ella fuese un imán para sus ojos. Para todos sus sentidos, en realidad—. Si deseas subir al mirador, solo dímelo. Te llevaré.

—Nuestro lobo suele trotar también por la montaña cuando siente la llamada de la naturaleza —añadió Ian, lo que le ganó una mirada fulminante de su parte que el cabrón ignoró—. Quizás tengas oportunidad de verlo entonces. Es probable que su ausencia a estas horas se deba a eso…

—¿No se queda en la propiedad por las noches? —No sabía si era preocupación o decepción en la pregunta de Ada, pero le tocó la fibra.

—Duerme con Zack —mencionó la loba con tono inocente.

Ahora fue el turno de Cortney de morir bajo su mirada penetrante, pero esta le ignoró, mientras su marido ahogaba una risa.

—Es una criatura nocturna —consiguió pronunciar Ian en un intento por recuperar la compostura—. Estará entrando y saliendo de la cabaña. No te asustes si escuchas ruidos. *Z* a veces se pasea por la casa y, al ser de madera, es posible que notes sus pasos. Puedes estar tranquila con respecto a él, es totalmente de fiar.

—¿De verdad duerme contigo? —Ada se había quedado con la frase, ya que se volvió hacia él con gesto interrogante.

—Nunca está demasiado lejos —admitió. Era verdad, después de todo. Su lobo siempre estaba presente, al igual que ahora. Sus instintos lupinos estaban totalmente alerta al tenerla cerca—. Entra y sale a placer. Es su naturaleza y la respetamos.

—Absolutamente —confirmaron la pareja lupina a la vez, lo que hizo que ambos se miraran y Courtney dejase escapar una risa. Ella fue la primera en levantarse—. Iré a hacer café. Ian, ¿me ayudas con la cafetera? Creo que se ha atascado de nuevo.

—¿Qué le has hecho esta vez? —resopló siguiendo a su mujer —. La arreglé esta misma mañana.

Los dos miembros del personal desaparecieron por el pasillo dejándolos solos, algo que acababan de orquestar a propósito.

—Entonces… ¿Necesitas un lobo de peluche para conciliar el sueño?

—Es la compañía —replicó mirándola a los ojos—. Duermo mejor con alguien tumbado a mi lado.

Su disparo fue certero, pues la vio sonrojarse al momento.

—Parece que tenéis una buena relación. —Ada señaló el umbral por el que se había marchado la pareja.

—Tienen sus momentos. —Puso los ojos en blanco—. Supongo que es cuestión de acostumbrarse a ellos e ignorarlos cuando se pasan de la raya.

—¿Tienes muchos empleados? Quiero decir, el lugar es bastante grande, aun cuando las cabinas son independientes.

—En temporada baja solemos arreglárnoslas nosotros y Daniel, a quien conociste a tu llegada. —No pudo evitar un pequeño gruñido que disimuló con una tos—. Cuando empieza el trajín, vienen a echarnos una mano. Mi hermano mayor, Nickolas, tiene un complejo hotelero en Mars Hill, el Wolf Mountain Resort. Él nos manda gente cuando andamos cortos de personal. Esta misma semana acabo de enviarle de vuelta su último refuerzo. El chico está todavía un poco verde.

Y con su compañera cerca, no quería ningún lobo adolescente metiéndose donde no debía.

—Bueno, si te ves corto de personal mientras esté aquí, no dudes en decírmelo. —Lo sorprendió con su petición—. No me

importa trabajar por cama y comida.

—Tú eres mi invitada, no tienes que trabajar para hospedarte aquí —chasqueó—. Solo faltaría.

—Si me estoy ofreciendo a ayudar, es porque quiero hacerlo —le aseguró—. Así que tenlo en cuenta, ¿vale?

Asintió, aunque ni loco iba a ponerla a trabajar.

—¿Puedo preguntarte a qué te dedicas mientras estás aquí? —Señaló el lugar con una vuelta del dedo—. Entiendo que gestionas el lugar, pero dijiste que habías estado trabajando como agente de cumplimiento de la fianza cuando conociste a mi padre…

—Dejé el trabajo para dedicarme por entero a esto —admitió sin reservas—. Después de que me disparan en aquella misión, me di cuenta de que la vida es demasiado preciosa como para perderla de manera fortuita. Y mi lobo necesitaba un espacio propio para correr… Vi que el antiguo camping que había en la zona iba a cerrar y decidí hacerme con el lugar y recuperarlo. Hemos hecho una gran reforma y este año estamos construyendo dos cabañas más, como has podido ver. Esperamos terminarlas antes de que empiecen las nieves.

—¿Y no es muy solitario este lugar? Quiero decir. Es precioso, de eso no me cabe duda, pero no hay nada alrededor.

—Marion está aquí al lado y podemos proveernos de todo —señaló con sencillez—. No estamos tan aislados, Ada.

Su sonrojo aumentó.

—Y acabo de comportarme como la típica turista que no es capaz ni de entender el *Google Maps.* —Hizo una mueca—. Olvida lo que he dicho. Me he expresado mal.

—Piensa en este lugar como una zona turística y vacacional. No tanto para los extranjeros como para la gente de la región —le dijo él—. Sí, el otoño y el invierno son las temporadas más tranquilas y con menos afluencia, pero tanto en primavera como en verano, esto se llena de visitantes. A veces viene bien poder pasar unos meses tranquilos, sobre todo cuando llegan otros llenos de actividad en los que no tienes ni tiempo de leer un libro.

—La temporada alta debe manteneros muy ocupados.

—Te sorprendería la cantidad de idiotas que se llegan a juntar en temporada alta con la excusa de celebrar alguna reunión o cumpleaños y que acaban borrachos y en el lago. —Sacudió la cabeza—. Este pasado verano hemos tenido que poner carteles de advertencia y ni así.

—¿En serio?

Oh, sí. Tan en serio que tuvo que evitar que Daniel quisiera retorcerle el cuello a uno de los huéspedes después de haberlo sacado del agua, recordó para sí.

—El alcohol nunca es un buen compañero de juerga y menos si lo consumes junto a un lago —admitió con un resoplido.

—Vaya. —Se la veía genuinamente asombrada—. Pues sí que llevas al extremo la terapia de choque.

Sonrió al escucharla utilizar la respuesta que él mismo le había dado antes y se inclinó hacia delante para hablarle en modo confidente.

—Y por eso me gusta el otoño, pues no hay idiotas que quieran ahogar la borrachera en el lago y puedo retirarme a la terraza con una cerveza o un café y un buen libro —confesó. Y era verdad. Le gustaban esos momentos y ya se había visto a sí mismo compartiendo esos momentos con ella en el futuro—. ¿Te gusta leer?

—Mi padre decía que soy un demonio de biblioteca, porque no leo, devoro los libros —afirmó usando el mismo tono—. Me gusta mucho leer, aunque reconozco que lo hago por temporadas. Suelo comprar durante todo el año y, cuando al fin tengo un poco de tiempo, me doy el atracón.

—Suena bien —admitió y señaló con un gesto el techo por encima de ellos—. ¿Quieres que sigamos con la charla y el café arriba?

—¿Se sentirán insultados si nos vamos ahora?

—Se han ido para dejarnos solos, así que lo dudo —confesó.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla al momento.

—Entonces, vámonos.

Zack se levantó y le tendió la mano. Esta vez no hubo vacilación alguna por parte de su compañera, quien posó la suya

encima. Había algo muy agradable en cogerla de la mano, un gesto del que disfrutó hasta que entraron en su vivienda. No le sorprendió lo más mínimo encontrarse un termo con café recién hecho y una bandeja de galletas en la mesa de la pequeña cocina. Cortney debía haberlas dejado allí mientras conversaban en el comedor. Tendría que darle las gracias a la loba por la mañana.

No hacía demasiado frío a estas alturas de la estación, así que salieron a la terraza desde la que, durante el día, se tenía una vista bastante amplia del lago y las montañas en el horizonte. En plena noche, la oscuridad dominaba prácticamente todo el lugar, lo que también permitía apreciar el cielo estrellado cuando no había nubosidad.

—Si tienes frío, puedo encender el calefactor —mencionó dejando la bandeja con sendas tazas de café y un platillo de galletas sobre la mesita auxiliar que había entre dos butacas de jardín.

Ada sacudió la cabeza y se apoyó en la balaustrada de la terraza. Se había inclinado hacia delante, con el rostro alzado al cielo.

—No. Esto es perfecto —murmuró deslizando la mirada por la cúpula estrellada—. Él tenía razón. Dijo que vivías en el paraíso.

No era necesario que preguntase quién era ese «él», estaba presente en la tristeza que impregnaba su voz. La verdad es que le sorprendía su entereza. Hacía tan solo un mes y medio desde que Corbin partió de este mundo y su hija parecía contenerse cada vez que hablaba de él, como si el mostrar tristeza o añoranza delante de otra persona fuese un crimen. No se estaba permitiendo llorarle, no con la libertad que debía tener cualquier persona que ha perdido a un ser querido.

—Solía decirme que era un cabrón con suerte —respondió al comentario. Podía recordarlo con exactitud, ver a su amigo en el lugar que ahora ocupaba su hija. Había pasado mucho tiempo, más del que había creído posible—. Y hacía mucho hincapié en que cuidase lo que tenía y disfrutase de ello como si el mundo fuera a acabarse mañana.

—Sí, es algo que siempre decía…

Oyó el quebranto en su voz y olió sus lágrimas. Seguía dándole la espalda, la mirada fija en el horizonte, pero podía notarla temblar e intuía que no se debía al frío.

—Ada…

—Fue él hasta el final, ¿sabes? —mencionó la chica—. A pesar de que la enfermedad lo estaba consumiendo, su actitud y su amor por la vida no cambiaron un ápice en todo este último año. Pero verlo apagarse de esa manera ante mis ojos, ver que sus fuerzas mermaban día a día… fue duro, muy duro.

Zack acortó la distancia que los mantenía separados y se detuvo junto a ella, escuchándola.

—Y ahora que se ha ido… —La voz se le quebró aún más, las lágrimas le bañaban el rostro, pero seguía manteniéndose entera—. Le echo tanto de menos… Tanto.

Sacudió la cabeza y se pasó las manos por el rostro, limpiándoselo. Era obvio que no quería que la viese llorar.

—No podía quedarme más tiempo en Oak Hill. Ahora que él ya no está, no tiene sentido. —Respiró hondo y siguió hablando—. Ese ya no es mi hogar, dejé de sentirlo así hace mucho tiempo. Desde que Beverly entró en nuestras vidas, nada fue lo mismo. Y no es que ella haya sido una mala mujer o esposa, por el contrario. Sé que le hizo feliz hasta su último día. Amaba a mi padre y él la amaba a ella… No, el problema era yo…

Se giró hacia él, apoyándose ahora de espaldas a la balaustrada.

—Me enfadé muchísimo con él cuando supe que estaba enfermo. Me lo había ocultado. A mí, a su hija. Creo que jamás discutimos de la manera en que lo hicimos el día en el que volví a casa. Le dije tantas cosas de las que ahora me arrepiento, pero él no me echó nunca nada en cara, por el contrario, dijo que me comprendía y que lamentaba no haber hecho las cosas mejor para mí. —Se pasó las manos por esos bonitos rizos, alborotándolos—. Pensé que ya no me quería, ¿sabes? Realmente llegué a pensarlo muchas veces en los últimos años, pero ese día… Ese día supe la verdad.

—Siempre fuiste lo más importante para él, Ada. La primera en su corazón —le aseguró. Solo había que escuchar a Corbin hablar de su querida hija para darse cuenta. No había nada más importante para él.

—Lo sé. Ahora lo sé, Zackary. Y lamento haber tenido tan poco tiempo para darle las gracias, para decirle que yo también lo quería con todo mi corazón, que sin él… yo no estaría en este mundo. —Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas—. He tenido muy poco tiempo con mi padre. Se fue demasiado pronto y… lo añoro. Lo echo mucho de menos, muchísimo y… Y quiero que vuelva, pero sé que ya nunca más lo hará. —Se rompió, el dolor brotó de su pecho en forma de palabras—. No podía quedarme más en esa casa. No podía ver esos muebles, esas fotos… Verla a ella. Mi padre nunca volvería a entrar por esa puerta. Ya no era mi casa, sin él… ya no lo era. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. Estas últimas semanas he tenido que morderme la lengua demasiadas veces. Beverly no me quería allí, ambas lo sabíamos. Me quedé solo para arreglar algunas cosas después del funeral. Me reuní con su abogado y me dijo que se leería pronto el testamento. La idea de tener que sentarme en una misma habitación con esa mujer y escuchar las últimas voluntades de mi padre… —Negó con la cabeza una vez más—. Le dije que no lo haría, que podían leerlo sin mí. Después de todo, ya sabía cuál era el contenido. Mi padre me lo dijo y sé que a esa perra no va a gustarle un pelo…

Hizo una pausa para coger aliento, porque era evidente que se estaba ahogando en la rabia y el dolor.

—Entonces recibí tu invitación. Papá me había insistido tanto en que te buscase, en que viniese aquí para no estar sola… —Las lágrimas contra las que había luchado volvieron a deslizarse por sus mejillas—. Así que hice las maletas y me marché… Ella no tiene ni idea, pero yo ya no soportaba más, Zack… No lo soportaba.

—Ada… —Esos bonitos ojos marrones se alzaron para encontrarse con los suyos y no lo pensó, dio ese último paso que lo mantenía separado de ella y la abrazó—. Lo siento, mi niña, lo siento mucho.

El desgarrador llanto que salió de la garganta femenina le partió el corazón. Su lobo aulló en su interior, haciéndose eco del dolor y la soledad de aquella niña que había perdido a su padre y que por fin encontraba el momento de llorarle. Se quedaron allí, esos pequeños brazos envolviéndole, aferrándole como si no quisiera dejarle escapar mientras daba rienda suelta a todo lo que llevaba en su interior y que, por un motivo u otro, no había encontrado el momento de salir hasta ahora.

CAPÍTULO 8

—Lo siento.

Ada tenía la voz quebrada y se sentía igual que si le hubiese pasado un camión de mercancías por encima, pero esa congoja que llevaba semanas oprimiéndole el pecho se había diluido al fin.

—Nunca lamentes llorar por aquellos que ya no están —escuchó la tranquila y suave voz de Zack pegada a su pelo—. Es tu derecho y nadie puede arrebatártelo.

Estaba sentada en su regazo, rodeada por sus brazos y tapada con una manta de cuadros artesanal que olía a él. No tenía la menor idea de en qué momento había terminado ahí, pero estaba demasiado cómoda para moverse. Demasiado a gusto como para poner distancia entre ellos.

Estaba claro que había perdido el oremus. No era del tipo de mujeres que se lanzaba a los brazos del primero que le dedicaba una sonrisa. Y, desde luego, había dejado bien atrás esa fase rebelde en la que salía de fiesta con la única intención de pasárselo bien una noche y seguir con su vida a la mañana siguiente. Sin embargo, aquí estaba, con un hombre al que conocía desde hacía unas cuantas horas, al que ya había besado y seguía deseando hacerlo incluso ahora, en uno de sus momentos más vulnerables.

Si eso no era un claro indicativo de que había perdido la cabeza, no sabía cuál más podía serlo.

—Te he usado de paño de lágrimas —mencionó ella e hizo una mueca al darse cuenta de que *eso* era exactamente lo que había hecho.

—Mejor yo que una tonelada de pañuelos, ¿no crees?

Resopló ante lo absurdo de su respuesta, pero eso la hizo sonreír.

—Sí. Mucho mejor —admitió y volvió a quedarse callada.

—Lamento que hayas tenido que lidiar tú sola con su enfermedad —murmuró él, rompiendo el silencio—. Ojalá lo hubiese sabido. Habría ido a verle.

—Eso no habría cambiado el desenlace, Zack.

—No, no lo habría hecho, pero tú no habrías estado sola en unos momentos tan duros. —La manera en que la ciñó contra él era casi como de disculpa por no haber estado allí—. Me habría quedado contigo. Con los dos.

—Eso es muy dulce de tu parte…

—Es la realidad —respondió de un modo tajante—. Tenía una deuda con tu padre y ahora la tengo contigo.

—¿Conmigo? —Ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos—. No tienes ninguna deuda conmigo, Zackary. Y tampoco con mi padre. Si algo tenía claro es que no le debías nada.

—Le debo mucho más de lo que jamás sabrá —aseguró y sintió sus dedos acariciándole el rostro, apartándole de los ojos un indomable rizo—. Solo espero estar a la altura de lo que hizo por mí —musitó en voz tan baja que apenas le entendió y, antes de que pudiese preguntar, lo escuchó añadir—: Me gusta tu pelo. Tiene el color del bosque en otoño.

—¿Estás intentando seducirme? —La pregunta salió antes de que pudiese ponerle freno. Él se quedó quieto, los dedos todavía sosteniendo el mechón de su pelo.

—No me importaría hacerlo —admitió para su sorpresa—. De hecho, es algo de lo que disfrutaría y mucho.

—¿Eso quiere decir que no te molestó que te besase antes?

Sus ojos se encontraron una vez más y lo vio sonreír de una manera bastante particular.

—No solo no me molestó, sino que no me importaría repetir la experiencia. —Nadie podía acusar a este hombre de no ser brutalmente sincero—. Me gustó que me besaras.

—Y a mí besarte —confesó. Como siempre, su boca iba por libre—. Quiero decir. No estuvo mal y eso. No es que sea algo que haga continuamente, también he de decirlo, pero contigo… Solo… tenía que hacerlo.

—Conozco esa sensación —admitió inclinándose sobre ella, sus rostros ahora lo bastante cerca como para respirarse el uno al otro —. Desde que te vi allí de pie, no he dejado de pensar en una sola cosa…

—¿En mandarme de vuelta?

—Dios. No. —La ciñó aún más contra él, sus cuerpos tocándose más que nunca en aquella ya de por sí íntima posición—. Más bien todo lo contrario. Quería tenerte cerca, descubrir a qué olía tu pelo, si era tan sedoso y flexible como parecía. Y me estoy dando cuenta de que todos mis pensamientos no le hacen justicia a la realidad.

—¿Seguro que no pensaste *«quién demonios es esta lunática y qué hace aquí»*?

Se rio y negó una vez más con la cabeza.

—Supe quién eras nada más verte, Ada —declaró con tal seguridad que la confundió—. Supe que ibas a ser *mía.*

Esta vez fue él quien la besó. Una caricia de labios nunca significó tanto para ella como esta. El roce de su boca le provocó un escalofrío de puro placer y no pudo evitar suspirar. Y él aprovechó ese instante para introducirse en su interior, acariciándole la lengua con la suya con tanta delicadeza que la hizo sentirse extremadamente valiosa. Zack se tomó su tiempo. Era una seducción lenta, un beso destinado a dejar huella por su intensidad, pero también por su ternura. No había prisa, solo una exploración lenta que le permitía degustar a ese hombre del mismo modo en que él la estaba degustando.

—Podría pasarme la vida bebiendo de ti —murmuró con voz ronca y sexy—. Saboreando esta preciosa y dulce boca.

—Por favor —lo invitó a ello.

—¿Eso es lo que quieres, Ada? —Su voz fue como un susurro, una caricia que despertó algo en su interior—. ¿Estás segura?

—Quiero ese beso —afirmó con total sinceridad y no dudó en añadir—. Y todo lo que estés dispuesto a darme, Zackary.

Pronunciar su nombre fue una forma de decirse a sí misma que sabía qué estaba haciendo y a quién le estaba hablando. En estos momentos no quería pensar, ni echar la vista atrás, preocuparse por

el pasado o por lo que pasaría mañana, solo quería este momento y sentirse bien por una vez en la vida.

Se revolvió en su regazo hasta terminar sentada a horcajadas sobre él. Le acarició la mejilla mientras se perdía en esa mirada azul capaz de traspasarle el alma.

—Si tú todavía quieres —concluyó con suavidad, casi esperando que se echase atrás.

—Quiero, pequeña, quiero —afirmó y lo dejó claro al besarla una vez más, solo que, en esta ocasión, su beso fue algo más breve —. No hay nada que quiera más en estos momentos.

La levantó sin previo aviso, obligándola a rodearle la cintura con las piernas y evitar así caer al suelo cuando se puso de pie con ella. Esa posición la dejaba casi a su misma altura, lo que le permitió apreciar una vez más esa luz particular en su mirada.

—Vamos a dentro —le dijo manteniéndola cerca, envolviéndola con ese tono sexy y ronco—. Aquí hace demasiado frío para lo que quiero hacerte…

Y con esa promesa la llevó al interior de la casa. Dejaron atrás la terraza y se desplazaron al dormitorio del hombre, donde la bajó con suavidad sobre la cama y volvió a besarla hasta que todo en lo que pudo pensar era en lo caliente que la ponía.

***

Zack fue consciente en el mismo instante en que la tuvo sobre su cama de que nada volvería a ser igual en su vida. Ninguna mujer podría comparársele, no había nadie más para él y saberlo le provocaba vértigo y también algo de temor. Lo que le dijo antes era verdad. Si hubiese sabido que Corbin estaba enfermo, habría ido antes a Oak Hill, se habría encontrado allí con ella, lo que sin duda le habría permitido saber que estaba ante su compañera. No la habría dejado sola. Habría estado a su lado y al de su amigo hasta el final.

Con todo, este era su presente, la manera en la que sucedían las cosas, nada conseguía lamentándose por el pasado, por lo que habría podido suceder. Tenía que ocuparse del aquí y el ahora, lo

que incluía a la mujer que yacía sobre su cama, mirándole con ojos teñidos por el deseo y los labios hinchados por sus besos.

Ada Jordan era su presente y sería su futuro. Tendría que aprender a conocerla, porque quererla, en cierto modo, ya la quería. Puede que todavía no fuese ese amor del que hablaban otras parejas, pero no le sorprendería descubrirse despertando un día enamorado de esta hembra. Era ingeniosa, honesta y sincera hasta la médula, le resultaba atractiva, incluso bonita y tan sexy que se le hacía la boca agua por probarla.

Tenía que admitir que el emparejamiento lupino tenía ciertas ventajas, al menos para los lobos. Sabías desde el primer momento que la persona que tenías delante te pertenecía, que sería tuya hasta el fin de tus días. Era quien te marcaba el destino, así que no era necesario que buscases más o te preocupases por si fueseis compatibles o no. Las *Parcas* sabían lo que hacían, solo dependía de cada uno de los miembros de la pareja aprender a compartirse y descubrirse mutuamente.

—¿Has oído hablar alguna vez del *hilo rojo del destino*? —La pregunta salió de su boca incluso antes de poder refrenarla.

—¿El hilo invisible que se dice ata a dos personas destinadas a encontrarse a pesar de las vueltas y dificultades que pueda ponerles la vida en su camino? —Su réplica dejaba claro que sabía perfectamente de qué hablaba—. Sí, por supuesto que he oído sobre ello.

—¿Y qué pensarías si te dijese que ese hilo existe y mi pueblo es capaz de sentir a su otra mitad en cuanto se encuentra frente a ella?

—¿Tu pueblo? —Arrugó un poco la nariz, un gesto que le pareció de lo más bonito en ella—. No sabía que pertenecieses a una etnia o tribu en particular.

—¿Y si así fuese? ¿Eso supondría un problema para ti?

Sacudió la cabeza, haciendo volar su pelo sobre la cama.

—Depende, ¿vas a sacrificarme o algo después de follarme?

Sonrió de soslayo ante la manera en que dijo aquello.

—No.

—Bien. Entonces no hay problema. —Ada le guiñó el ojo—. No me importa a qué pueblo o tribu pertenezcas, Zack. En cuanto a tu pregunta… Sería bonito, ¿no? Tener la seguridad de que la persona que está delante de ti es tu otra mitad, que es esa y nadie más.

—¿Y si tú fueses la mía, Ada? —preguntó quitándose la chaqueta y luego la camiseta—. Mi otra mitad.

Esa mirada marrón descendió por su pecho desnudo y casi sintió sus ojos acariciándole la cicatriz del pecho antes de seguir bajando hasta el lugar en el que estaban ahora sus manos, en la hebilla del cinturón.

—Que me habría tocado la lotería —respondió y, a juzgar por el sonrojo que emergió en sus mejillas, supo que había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza—. Quiero decir… Que eso es poco probable. No soy lo que se dice un premio de primera y…

—¿Quién dice que no lo eres? —Apartó las manos del cinturón ya abierto y se inclinó sobre ella, apoyando las manos a ambos lados de su torso, de modo que quedó mucho más cerca de ese bonito rostro—. Tengo ante mí una mujer muy apetecible, que posee una refrescante franqueza, una mirada limpia y en estos momentos llena de deseo… No me parece un mal premio.

—*Um…* Tú quieres meterte en mis bragas.

—En realidad, quiero quitártelas, pero sí… —admitió bajando sobre su boca—. Es parte de lo que deseo…

—Me caes bien, Zack, lo cual, teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace… ¿Cuánto? ¿Un puñado de horas? Ya es de por sí algo… inconcebible —respondió con suavidad y no dudó en añadir—. Y me gustas. Todo tú. Supongo que es una cuestión de química, después de todo.

—Es más que eso, Ada —le acarició el rostro y buscó sus labios para rozarlos con su aliento—. Pero, por ahora, limitémonos a disfrutar de esa química, ¿te parece?

—Me parece —susurró en respuesta.

—¿Te desnudas para mí, mi pequeña loba?

Verla morderse el labio inferior fue de lo más erótico, solo superado por sus suaves y sensuales movimientos al ir quitándose la

ropa. Zack se quedó embelesado mirándola, disfrutando de cada pedazo de piel que iba quedando expuesta a sus ojos. Era menuda y curvilínea, muy femenina. No era del tipo de mujer que se contoneaba delante de un hombre, más bien mantenía un sensual recato, como si esperase que él encontrase algún defecto en ella. Y su sonrojo, no solo le cubría la cara, sino que podía extenderse al resto de su piel, una que estaba salpicada de pequeños lunares aquí y allá.

Si se había obsesionado con el de su garganta nada más verlo, el que adornaba el lateral de su seno derecho y el que le marcaba la nalga izquierda, se convirtieron en su nuevo panorama favorito.

Se obligó a tragar saliva y mantener su lado lupino a raya. Esa parte de él estaba igual de excitada viendo a su compañera como Dios la trajo al mundo. Su olor era incluso más intenso, matizado por el deseo, y le encantaba. Sus sentidos estaban mucho más afinados con la presencia de naturaleza lobuna, podía sentir a la bestia bajo su piel, deseosa de marcar a la hembra que le pertenecía.

—Mi dulce y bonita loba —murmuró. Sí, era humana, pero también era *su loba*. Su *compañera predestinada*. Su otra mitad. Podía no tener la naturaleza salvaje de su pueblo, pero le pertenecía —. No me cansaría jamás de mirarte, Ada.

Coqueta, se apartó el pelo del rostro y retrocedió hasta la cama, sentándose justo en el borde. Le tendió la mano en una tímida a la par que sensual invitación que no dudó en aceptar.

—¿Me ayudas? —le dijo, cogiendo esa mano y llevándola al cierre de los pantalones que todavía llevaba puestos. Su polla empujaba ya contra el *denim*, dejando clara su excitación.

—*Um,* ¿no sabes cómo se desabrochan unos pantalones?

—Oh, lo sé muy bien. Pero si me los quito yo, estarás de espaldas y con las piernas abiertas en menos que canta un gallo —declaró con total sinceridad, su voz ronca y profunda, matizada por su lobo—. Te mereces algo más que un polvo rápido para empezar…

—No sé, Zack, no me importaría empezar con un polvo rápido.

Un bajo gruñido emergió de su garganta, su lobo respondiendo por él.

—Sé buena, Ada. Intento ser un caballero.

Ella sonrió y, acto seguido, esos dedos le desabrochaban los pantalones y bajaban la cremallera.

—Eres demasiado dulce para tu propio bien, Zackary —murmuró ella con suavidad—. Cuando dices esas cosas, dan ganas de quedarse contigo.

—Entonces procuraré decirlas más a menudo.

—Sí, claro… Puedes decirlas más… Oh, *tío* —jadeó ella.

—Creo que ya habíamos dejado clara esa parte nada más conocernos, lobita —le soltó conteniendo la risa, mientras se deshacía por completo de los pantalones. No sabía si le causaba gracia o le ponía como una moto la manera en que esa pequeña humana le miraba la polla. Lo segundo, decidió al verla lamerse los labios.

—Perdón —replicó ella al momento sin saber muy bien dónde posar ahora la mirada—. Nada de *tío*. No tenemos parentesco alguno. Y gracias a Dios por ese regalo.

Zack se rio entre dientes y optó por actuar como si no se hubiese dado cuenta de nada. Se inclinó sobre ella y le cogió la barbilla entre los dedos.

—Sí, gracias a Dios por *ese* regalo. —Utilizó sus propias palabras antes de bajar sobre su boca y poseerla con un largo y húmedo beso. La empujó sobre la cama. Quería saborearla entera, pero tenía debilidad por sus labios. Quizá fuese su sabor o la manera en la que respondía a él, o cómo suspiraba en su boca. Solo sabía que le gustaba besarla—. Sabes a cielo.

—Tú a montaña —susurró ella y la sonrisa que le dedicó era tan dulce que casi lo pone de rodillas.

—Entonces somos la combinación perfecta —declaró, volviendo a besarla antes de bajar ahora sobre su cuerpo y recrearse en la suavidad de su piel y la plenitud de sus pechos. La boca se le hizo agua al llegar a la uve entre sus muslos, salpicada de un breve y pulcro triángulo de vello castaño.

Más tarde pensaría en qué fue lo que le hizo perder la cabeza, pero estaba casi seguro de que había ese triangulito y la promesa de lo que escondía entre sus piernas. Su naturaleza lupina estaba tan cerca del borde que se encontró dejándose llevar por ella y acabó

con la boca sobre su caliente sexo, lamiéndola como si fuese un hombre sediento y Ada la única bebida a mano.

Su sabor quedó grabado para siempre en su memoria. La lamió como si fuese un jodido helado, la enloqueció con su lengua. Sus gemidos se convirtieron en una preciosa canción que no hacía más que acicatear sus ganas de poseerla. Estaba duro por ella, tanto que le molestaba el simple roce de la sábana sobre el miembro. La idea de hundirse en su húmedo pasaje lo enloquecía por momentos y, cuando pensó que tendría que alejarse de ella para recuperar un poco de raciocinio, se encontró con esa preciosa hembra abriéndose completamente para él.

—Ni se te ocurra… —La escuchó mascullar, sus dedos se cerraron en torno a sus brazos en una muda súplica para que no se apartase de ella—. Te necesito, Zack. Solo fóllame. Puedes comportarte después como un caballero si quieres, ahora… Joder, ahora quiero al *lobo*.

Sabía que no era consciente de lo que significaban esas palabras, pero él sí y ya no hubo marcha atrás.

—¡Zackary! —Escucharla gritar su nombre cuando se hundió en ella casi lo hace aullar. Contuvo el sonido sobrenatural que pugnaba en su garganta y la clavó debajo de él.

—Rodéame con tus piernas, cariño —le susurró al oído. Sabía cómo sonaba su voz, pero prácticamente había cedido el mando a la bestia—. Ahora eres mía, Ada, solo mía.

Y se encargó de demostrárselo. Se hundió en ella y se retiró, intentó ser suave, pero solo quería marcharla, quería derramarse en su interior por primera vez y llenarla con su esencia. Dejar constancia para cualquier lobo que estuviese cerca de que ella le pertenecía a él y solo a él. Tomó su boca con gula, la devoró como deseaba hacerlo mientras se movía en su interior y, bendita fuera esa hembra, no dudó en salir a su encuentro con el mismo ímpetu y frenesí del que había caído prisionero.

Se la folló. La poseyó como quería su lobo, marcándola como suya. Su lado humano, el que deseaba hacer las cosas con suavidad, el que quería mimarla y venerarla, quedó relegado a una esquina de su mente. Ya habría otra oportunidad para hacerle el amor, ahora se

trataba de reclamar a su hembra, a su mujer, como lo hacía su pueblo.

Y eso fue lo que hizo. Se fundió con su lobo, notó su alegría, su deseo y ese instinto protector que crecía en torno a ella. Nunca caminaría sola por la vida, siempre lo tendría a él como guardián de su alma y corazón, se entregó al desenfreno y lo disfrutó. La sintió como nunca antes había sentido a una mujer, captó sus emociones, su deseo y lujuria, su propio éxtasis al ser reclamada de esa manera, cosa que apaciguó también su lado humano.

Mía.

Un pensamiento conjunto, dos pedazos de un mismo alma reconociéndose el uno al otro y fusionándose en lo que daba identidad a Zack. Se aferró a su lobo, se envolvió en todo lo que era y juntos alcanzaron el clímax definitivo, marcando a la hembra que el destino les había puesto en el camino.

El grito de liberación de su mujer se unió al propio, apretándole en su interior, aprisionándolo mientras remontaba su propio orgasmo hasta que ambos cayeron inertes y jadeantes sobre el colchón.

CAPÍTULO 9

Ada echó la cabeza hacia atrás y dejó que el chorro de la ducha se llevase los excesos de la noche anterior. Joder, se había quedado dormida. Apenas era consciente de que Zack le había dicho algo sobre dormir con él y de haberse acurrucado con el hombre para entregarse a los brazos de Morfeo.

Había muerto para el mundo, eso era un hecho, porque no había vuelto a despertarse hasta hacía una hora, con la luz del sol entrando a raudales a través de la cortina de la habitación de su

anfitrión. Estaba sola en una cama que no era la suya y lo sucedido tras la cena empezó a llover sobre ella como una jodida cascada con notoria claridad.

Vale. Sí. Se había follado a su anfitrión. O él la había follado a ella. Lo dejaría en que ambos se habían follado mutuamente para no sentirse como una rematada idiota.

—Está bien. Somos dos personas adultas que hemos decidido acostarnos —se dijo a sí misma. El ruido del agua apagaba las palabras, pero no tanto como para no escucharlas y querer irse ella misma por el desagüe. No podía decir que se arrepintiera, para nada. ¡Había sido el mejor polvo de su vida! Pero ahora se sentía extraña.

Él ya no estaba en la casa cuando abandonó la habitación. De hecho, cuando hizo las sábanas a un lado, estaba todavía algo dormida, porque no se dio cuenta de que le había dejado una nota hasta que la encontró tirada en el suelo. Debía haber volado cuando apartó la ropa de cama.

Buenos días, Ada.
Hay café recién hecho y bizcocho en la mesa de la cocina. Sírvete lo que quieras.
Cuando estés lista para bajar, pregúntale a Courtney dónde estoy y te indicará cómo llegar hasta mí si es lo que deseas.
Tuyo, Zack.

Ese «*tuyo*» es lo que la había dejado con la nariz pegada al papel durante un buen rato.

—Esto no era lo que tenía en mente cuando decidí venir a conocer Wolf Lake —suspiró. No. No se parecía en nada a lo que había imaginado que pasaría y ahora no sabía qué hacer al respecto. Una cosa era echar un polvo por alguien una noche y largarte a casa al día siguiente, pero con Zack… La sola idea de coger el coche e irse a casa le provocaba unas inexplicables náuseas—. Joder, Ada.

Que llevas aquí menos de veinticuatro horas y ya te has metido en su cama.

Bueno. En realidad, había sido él quien la había metido allí. Con su consentimiento y gratitud, claro estaba. No. No podía echarle la culpa a él, porque ella había propiciado todo esto con un primer beso.

Terminó de asearse y esta vez fue a su habitación, la que le había asignado ayer y que ni siquiera había llegado a utilizar. Se vistió rápidamente y se secó el pelo con la toalla. No había ni una pequeña posibilidad de que le metiese el secador a sus rizos si quería seguir pareciendo una persona y no el *Rey León*.

Media taza de café después y terminándose su segunda tostada mientras bajaba a la primera planta, se encontró con una recepción ocupada por un par de clientes a los que estaba atendiendo Courtney.

La chica, que parecía haberse dado cuenta de su presencia nada más puso un pie en el piso de abajo, le sonrió con calidez y señaló la puerta abierta con un gesto.

—Está fuera.

Intentó no sonrojarse. Ni tenía idea si Zack había mencionado algo de lo que había pasado entre ellos o si la pareja podía hacerse una idea, así que levantó el pulgar a modo de respuesta y cruzó la estancia a toda velocidad. Tuvo que frenar en seco nada más salir para no llevarse por delante una enorme masa de pelo blanco jaspeado que permanecía de pie en su camino.

—Ay, madre —jadeó mirando al can que ya se volvía hacia ella con unos enormes y bonitos ojos dorados—. *Ey.* Hola… *er*… *¿Zack?*

El lobo se la quedó mirando fijamente durante unos segundos, entonces sacudió la cola de un lado a otro, como haría un perro doméstico. Para su total asombro, empujó su enorme cuerpo contra ella, restregándose de la cabeza a la cola primero de un lado y luego del otro.

—Madre mía, pero qué bonito eres —gimió de pura felicidad e incluso bajó las manos para tocarlo. Solo fue un roce de los dedos, pero al lobo pareció gustarle, ya que buscó más mimos con la cabeza—. Entonces, ¿ya soy digna de tus atenciones?

El animal cerró los ojos y puso una cara de completo éxtasis perruno.

—Vale. Parece que eso es un sí —sonrió. Entonces frunció el ceño y levantó su propio brazo hasta la nariz—. Espera. No estarás siendo tan mimoso conmigo porque huelo a Zackary, ¿verdad? He usado su champú y su gel, pero…

El animal se sacudió entonces de la cabeza a la cola y la miró con lo que interpretó tenía que ser una inesperada y pura adoración. Raro. Muy raro.

—¿Sabes dónde está tu dueño, amiguito? —preguntó y miró a su alrededor. Cielos despejados, sin rastro de nubes. No tenían ese azul intenso del verano, pero tampoco es que le hiciera falta con todos esos tonos marrones y dorados que ahora veía bajo una luz menos mortecina. Incluso la superficie del lago parecía brillar—. Por Dios, qué belleza.

Sus pies se movieron solos y, antes de llegar siquiera al paseo que rodeaba el lago, ya había sacado el cuaderno de dibujo y el lápiz que llevaba consigo. Se había traído la mochila pensando en que podría dibujar un poco después de tener esa primera toma de contacto con Zack, pero parece que dicho encuentro iba a retrasarse en favor del arte.

Ada se sentó en uno de los bancos que su anfitrión le había dicho que habían sido colocados ese mismo año para sustituir otros más viejos y suspiró de puro placer al ver lo que tenía delante. Para su sorpresa, el lobo la había seguido y no dudó en subirse al asiento y ocupar todo el lugar que quedaba libre. No era un ejemplar pequeño, precisamente, pero se las había ingeniado para recoger su cuerpo de modo que no la molestase lo más mínimo.

—¿Siempre haces estas cosas o es que Zackary te ha dicho que me vigiles si no está cerca?

El can se limitó a lamerse el hocico con la lengua y olfateó el cuaderno en sus manos.

—Es mi cuaderno de bocetos —le dijo al tiempo que lo abría y le mostraba algunas páginas—. Son ideas para un proyecto que tengo en mente. Pero no se lo digas a nadie, es un secreto. —Lo

miró, entrecerrando un poco los ojos—. ¿Te gustaría que te dibujase?

Levantó la cabeza con tanta rapidez y puso las orejas tan erectas que no estaba segura de si la había entendido o simplemente había escuchado algo. Sacudió la cabeza y miró de nuevo el paisaje que tenía delante.

—¿Cómo lo llamaríamos? ¿*Peludito en Wolf Lake*?

Un bajo gruñido la hizo dar un respingo. Se volvió hacia el can y este parecía un angelito, como si no acabase de darle un susto de muerte.

—De acuerdo. Nada de *peludito*. —Mencionó, a lo que el animal reaccionó volviendo a lamerse la nariz—. No… Eres del Wolf Lake. Este es tu hogar, ¿no? Eres como su guardián…

Y ahí estaba el título y la imagen cobrando vida ya en su mente. Podía verlo tan claramente como si siempre hubiese estado ahí.

—De acuerdo. Empezaré con unos bocetos tuyos, por si tienes pensado irte a dar un paseo o algo y… —El lobo saltó del asiento y, tras pasearse de un lado a otro durante un rato, decidió que el césped a sus pies era el lugar adecuado para echarse y allí se quedó —. Vale. Eres igual de particular que tu amo. Qué novedad.

Dando por hecho que el animal no tenía el menor interés en lo que hacía o decía, se concentró en dar rienda suelta a su creatividad. Tal y como había mencionado, hizo algunos bocetos del lobo a sus pies, el cual ahora estaba profundamente dormido y, acto seguido, pasó a esbozar el paisaje central de su obra. Como era habitual, perdió la noción del tiempo entre trazos y sombreados. Desechó algunas composiciones y no paró hasta encontrar aquella con la que estuviese satisfecha. Cuando los primeros esbozos empezaron a convertirse en algo más firme, el sol ya había pasado de estar a un par de centímetros vista de las copas de los árboles en el horizonte a prácticamente haber recorrido mucha más distancia. Los brazos se le habían agarrotado, al igual que las manos. Tenía los dedos llenos de carboncillo y no dudaba que la nariz también, ya que tenía la manía de frotársela mientras dibujaba.

Dejó el cuaderno a un lado y empezó a hacer una serie de estiramientos. Lo último que quería era parecer una viejecita reumática cuando abandonase ese banco. Su peludo acompañante decidió seguir su ejemplo, ya que se incorporó, bostezó e hizo sus propios estiramientos. Se sacudió de la cabeza a la cola y la miró con esos bonitos ojos dorados. Había una inteligencia extraña en ellos, como si supiesen más de lo que parecía. Esa rosada lengua volvió a emerger de sus fauces para acariciarle la nariz y entonces, sin ni siquiera una despedida, giró su esbelto y enorme cuerpo y se fue trotando como si tuviese algo mejor que hacer en cualquier otro lugar.

—Bueno, adiós a ti también —le dijo agitando la mano a modo de despedida—. Está claro que va a su bola…

Miró el cuaderno y el dibujo que había empezado a tomar forma. Había dibujado al lobo tumbado, tal y como había estado hasta ese momento, solo que mucho más cerca del lago. Él era su guardián, el espíritu que custodiaba esos bosques llenos de secretos. La historia era parte del dibujo, una motivación que explicase la profundidad de lo que había plasmado. Todavía le quedaban horas y horas de trabajo para terminarlo, pero estaba satisfecha con lo que tenía hasta el momento.

—Falta Zackary —murmuró acariciando el lienzo con los dedos —. Dos guardianes.

—¿Me vas a incluir en tu boceto?

Ada dio un respingo, el cuaderno se le escapó de las manos y por poco acaba espatarrado en el suelo con el resto de sus utensilios de dibujo. Se volvió de inmediato con cara de pocos amigos para echarle la bronca al recién llegado, pero cualquier respuesta inteligente se esfumó de su mente en cuanto posó la mirada sobre el rostro del hombre que permanecía de pie detrás del banco.

—Me has… dado un susto de muerte.

—Lo siento. No me di cuenta de que estabas tan concentrada —respondió al tiempo que la rodeaba y se agachaba para recoger las cosas que le habían caído—. ¿Sueles abstraerte del mundo de esta manera siempre que dibujas?

—La mayor parte del tiempo sí —admitió cogiendo los utensilios que le tendía para guardarlos en su lugar—. Gracias.

Zack asintió y señaló el cuaderno.

—¿Puedo verlo?

Siempre había sido muy reservada con sus diseños, sobre todo cuando no estaban acabados, pero por algún motivo quería que él viese en qué había estado trabajando esa mañana. Cogió el cuaderno y se lo tendió.

—Tenías razón al decir que nadie podrá jamás plasmar realmente este lugar.

—Si no recuerdo mal, dije *«hasta ahora»* —respondió examinando la página y comparándola con el paisaje—. ¿Me lo puedo quedar cuando lo termines?

Bueno. Desde luego, eso no era lo que esperaba escuchar con respecto a su arte. Por lo general, siempre había críticos dispuestos a decir algo, entendiesen o no de arte.

—Solo si lo enmarcas y lo pones en la recepción para que todos vean la calidad del artista —replicó bromista.

—Me parece justo.

Ada abrió los ojos como platos.

—Era una broma.

—Yo hablo en serio —admitió y señaló el dibujo—. Es bueno. No solo has conseguido plasmar la esencia de Wolf Lake, sino también a mi lobo. Merece estar en un lugar de honor.

Se lo quedó mirando a la espera de que se echase a reír y le dijese que estaba de coña, pero él se limitó a sonreírle e inclinarse sobre ella.

—¿Cómo te encuentras? —Una pregunta que debería ser cortés y que, sin embargo, sonó de manera muy distinta saliendo de su boca—. ¿Te has tomado aunque sea un momento para desayunar?

—Sí. Gracias por el café —murmuró. ¿De verdad le costaba tanto hablar con él después de lo que habían compartido anoche—. ¿Qué tal tu mañana? ¿Mucho lío?

—Uno de nuestros últimos inquilinos se ha cargado el termo del agua —resopló—. No me preguntes cómo, porque no lo sé. Ian

fue esta mañana a comprar un reemplazo y ha requerido algo de ayuda para ponerlo.

—Que se han cargado un termo del agua —repitió un poco sorprendida—. Espero que el reemplazo salga de su bolsillo y no del vuestro.

Zack sonrió de soslayo y se encogió de hombros.

—Tenemos un seguro para estas eventualidades —mencionó, restándole importancia, entonces añadió—. Me habría quedado contigo si no me hubiesen llamado con tanta premura. No quería que te despertases sola.

Y ahí estaba de nuevo ese hombre siendo tan tierno y atento.

—Bueno. Eso me dio la oportunidad de tener la cama para mí sola —le dijo coqueta—. Se duerme muy bien, por cierto.

—Sí. Doy fe de ello. Ha sido la noche que mejor he dormido en toda mi vida —afirmó con total seguridad—. Ha sido la compañía.

—¿Tu lobo también durmió en la habitación?

—¿Por qué lo preguntas?

—Se ha pasado toda la mañana aquí conmigo. —Señaló un punto a sus pies—. Y me ha dado los buenos días con toda efusividad. No sé si es porque ha decidido que le caigo bien o porque he usado tu champú.

—Hueles a mí —afirmó aspirando el aire, como si pudiese oler su perfume—. Eso le gusta tanto como a mí.

—Ya decía yo que tenía que haber gato encerrado —chasqueó. Con todo, no pudo evitar sonreír—. Es precioso. Ha sido un sueño poder tocarlo y ni te digo tenerlo tan cerca. De hecho, si llegas a venir unos minutos antes, te lo habrías encontrado roncando.

—Mi lobo no ronca.

—Eso es que no lo has oído bien.

Sacudió la cabeza, pero su buen humor era obvio.

—¿Pasas conmigo el resto del día o vas a seguir dibujando? —señaló él.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Si me necesitan, tienen cómo localizarme —aseguró y señaló el lago—. Puedo enseñarte los senderos que discurren alrededor del lago, si estás en condiciones para hacer una pequeña caminata.

—¿Lo estás tú? En condiciones, digo —replicó recorriéndole de la cabeza a los pies con la mirada.

—Lo estoy, cariño —afirmó y escucharle llamarla de esa manera la calentó por dentro—. ¿Y bien? ¿Te apetece dar un paseo?

Dar un paseo, lo que significaba estar de nuevo a solas con él. ¿De verdad tenía que pensarlo?

—Sí, me apetece —corroboró y, tras comprobar que no dejaba nada atrás, le acompañó de vuelta a la cabaña principal para prepararse para la excursión.

CAPÍTULO 10

—No me había dado cuenta de lo inmenso que es este lugar.

—Wolf Lake solo ocupa un pedazo del terreno del lago, pero este embalse tiene una extensión total de cuarenta y tres hectáreas. Incluso hay una pequeña playa de arena del otro lado.

—Déjame adivinar. ¿Más idiotas borrachos dispuestos a ver si hacen pie?

Zack se rio. Tenía que admitir que le gustaba el sentido del humor de esa mujer, pues era muy similar al suyo.

—Si lo hacen, ya no es competencia mía —aseguró al tiempo que echaba el pulgar por encima del hombro, señalando a su

espalda—. Yo solo soy responsable de mi área.

—Pregunta de ignorante total en la región. Este paseo no rodea todo el lago, ¿verdad?

—Hay una ruta de senderismo que va bordeando todo el perímetro, pero no, no es esta —le informó y señaló las bajas montañas cubiertas de árboles a su alrededor—. No te he traído para hacer ejercicio, Ada, solo quería pasar algo de tiempo contigo. Este sendero termina un poco más adelante, en un pequeño saliente que se interna en el lago. Hay varios caminos así a lo largo de la carretera.

—Así que necesitas usar el coche si realmente quieres ir de una esquina a otra sin dejarte los pulmones caminando.

—O la moto —asintió señalando hacia la carrera por la que de vez en cuando se escuchaba el paso del tráfico—. Es una zona bastante cómoda para los moteros.

—Ian mencionó algo sobre una moto, sí —recordó ella, a lo que acto seguido preguntó—. Entonces, ¿tú eres más de coche o de moto?

—Ambas cosas. Aunque, teniendo en cuenta que Daniel se llevó mi coche, eso me deja con la moto.

—Así que, ¿te gusta la velocidad?

—Me gusta la libertad que me da subirme en esa bestia y conducirla, sí. —Le sorprendía su curiosidad, pero al mismo tiempo le agradaba que quisiera saber cosas sobre él—. ¿Y a ti? ¿Te gustan las motos?

—Me gusta verlas. No entiendo absolutamente nada de motores, marcas y esas cosas, pero algunas me parecen… ¿Bonitas? —Sonrió y sacudió la cabeza—. No sé explicarlo. Supongo que son las líneas del diseño, los colores… Tienen algo… sexy. Al igual que los hombres que las montan… Conducen. Lo que sea.

—Montar. Se monta en la moto. Se conduce el coche —la ilustró, intentando contener la sonrisa—. ¿Te gustaría probar?

—¿Conducir? He llegado aquí en mi coche, así que…

—La moto, Ada.

—¿Pero tú me has visto bien? Cualquiera de esas cosas es más grande que yo.

—Sí, cariño. Te he visto realmente bien anoche —admitió dejando que las palabras cayesen entre ambos—. Y me encanta lo que vi y lo que sigo viendo. En cuanto al tamaño… Yo me encargo de la conducción.

—No soy muy fan de la velocidad —admitió ruborizada, evitando la parte del comentario que la afectaba.

—Prometo no pisar demasiado el acelerador.

La chica lo miró y entrecerró esos bonitos ojos marrones.

—¿Por qué tengo la sensación de que ya no estamos hablando de la moto?

—¿Nos hemos desviado del tema?

—Zackary. No nací ayer. Aunque hubieses pensado que sí.

—*Auch!* —Se llevó la mano al corazón con fingida afectación—. Eso ha dolido.

—Estás perdonado. —Lo señaló con el dedo y añadió encogiéndose de hombros—. Yo también estaba equivocada con respecto a ti. Y bendita equivocación.

—Parece que ambos hemos salido ganando en nuestros errores de cálculo.

—Eso parece… —afirmó. Ada se detuvo entonces, se acercó al borde del sendero cimentado y se tomó su tiempo para contemplar el lugar. La brisa le movía el pelo, agitando esos sedosos rizos. Zack no pudo contenerse y tomó uno de ellos entre sus dedos, comprobando una vez más su textura.

—Me encanta tu pelo —mencionó—. Es tan suave… —Se inclinó para aspirar su aroma y se le hizo la boca agua al reconocer su propio champú entremezclado con el aroma natural de ella—. Y hueles a mí. Como ya dije, eso también me gusta y mucho.

Su compañera se movió lo justo para que sus miradas se encontrasen.

—De hecho, me gusta absolutamente todo de ti —añadió resbalando los dedos por el suave y obstinado mentón—. Ha sido una extraña suerte encontrarte.

—La química es una cosa extraña —admitió ella.

—Sin duda lo es —corroboró y no dudó en añadir—, al igual que el destino.

—¿De verdad crees en esas cosas?

—A mi pueblo no le queda otro remedio que creer en ello, es lo que rige nuestras vidas —asintió. Eran lobos, después de todo. Su continuidad y la supervivencia de la raza la marcaba ese propio destino por medio de sus compañeras y compañeros.

—Ya es la segunda vez que haces mención de tu pueblo —se interesó ella. Su mirada lo recorrió, como si buscase algo en sus facciones—. Pero no tienes rasgos nativos. No te ofendas.

—Mi familia era europea. Mis hermanos y yo salimos a nuestra madre —explicó—. Mi pueblo es… multiétnico. Europa, América, África… Estamos esparcidos por el mundo, pero todos tenemos una característica común… Un rasgo especial.

—¿Qué rasgo?

—Digamos que poseemos una naturaleza primigenia que nos diferencia del resto de la población. —Demonios. ¿Cómo hacía uno para explicarle a la persona que tenía delante, la cual no sabía de la existencia de su gente, lo que era sin provocarle un paro cardíaco? —. Nuestro lobo interior.

—Lobo interior. —Ada se lo quedó mirando, entonces asintió—. ¿Te refieres a algo así como un espíritu tótem? ¿Cómo el de los nativos americanos?

Sonrió, no pudo evitarlo. Ella buscaba una explicación razonable, algo que pudiese entender. Pero debía darle crédito por ello, pues lo aceptaba como algo real y no se había echado a reír acusándolo de extravagante, fantasioso o de haber perdido la razón.

—Algo así. —Le acarició una vez más el mentón con el pulgar y cedió al deseo de besarla. Llevaba queriendo hacerlo desde que la dejó en su cama, profundamente dormida.

No le había mentido al contarle el motivo de su ausencia. Algún imbécil se había cargado el termo e Ian no podía colocar el nuevo él solo. La tarea les había llevado solo unos momentos, por lo que había aprovechado aquellas primeras horas para dejar salir a su lobo y correr por el bosque. Él mismo necesitaba esa liberación después de la intensidad que había vivido la noche anterior.

Siendo honesto consigo mismo, había tenido miedo de reunirse con ella en esta forma. Era consciente de que su unión había sido

brusca, intensa. Y, si bien sabía que ambos lo habían disfrutado, Ada no dejaba de ser una hembra humana y no sabía qué cosas podrían estar pasándole por la cabeza.

Para él era natural esta atracción, el necesitar estar con ella, aunque solo fuese para hacerle compañía o hablar como lo estaban haciendo ahora, pero para la joven debía ser como si su mundo hubiese sido puesto patas arriba de la noche a la mañana.

Ahora que su lobo había asentado su reclamo sobre su compañera, que el vínculo entre ambos estaba sellado, era cuestión de tiempo que las emociones a flor de piel se fuesen apaciguando, que su necesidad de ella se calmase y no anduviese gruñéndole a todo el mundo.

—Sobre anoche… —murmuró dejando sus labios—. Quiero disculparme… Fui… brusco contigo y…

—Lo de anoche fue increíble —respondió ella, interrumpiéndole —. No hiciste nada que yo no hubiese deseado también… Fue intenso, sí, pero… Me gustó. Me gustó estar contigo de esa manera.

Zack se separó lo justo para mirarla a los ojos. No había mentira en su voz, ni tampoco en su mirada, solo un ligero azoramiento ahora que le prestaba toda su atención.

—A ver. No quiero decir que tenga que ser siempre así, pero… —Se mordió el labio inferior y escabulló la mirada visiblemente avergonzada—. Creo que era justo lo que necesitaba. No he sido yo misma últimamente. De hecho, creo que llevo sin ser yo mucho tiempo. Siento que tuvieses que presenciar… aquello. No suelo venirme abajo de esa manera.

—Tienes derecho a llorar a tu padre, Ada. —Le tomó la cara entre las manos con dulzura, buscando una vez más esos ojos castaños—. Nadie puede evitar que lo hagas. Si tienes que llorar, llora. No dejes que el dolor te carcoma por dentro.

Asintió con la emoción tiñendo su mirada. Unas lágrimas que se negaba a dejar caer, ya que la vio parpadear varias veces y respirar hondo.

—Estoy bien. Ahora estoy mucho mejor —afirmó y le dedicó una pequeña sonrisa a la que acompañó con palabras—. Gracias, Zackary.

Cabeceó a modo de asentimiento. Sabía que su compañera necesitaba un momento para componerse y se lo dio. Era extraño como podía leer con tanta facilidad sus emociones, pudiendo anticiparse a sus necesidades. Nunca antes se había sentido compelido a hacerlo con una mujer, de hecho, solía darle la espalda o escapar de los melodramas. Pero con Ada quería estar ahí para apoyarla y ayudarla.

Caminaron en silencio unos minutos. El final del camino apareció ante ellos con ese breve espigón que se internaba un par de metros en el agua. Se habían colocado unos troncos de madera a modo de bancos y su compañera no dudó en hacer uso de uno de ellos.

—No hay un solo recodo de este lugar que no inspire paz —mencionó ella deslizando la vista por el entorno—. Y vestido con esos dorados, naranjas y marrones… Es puro otoño.

—Es una de mis estaciones favoritas. No hace el excesivo calor del verano, pero tampoco ha llegado todavía el crudo invierno. Los senderos no están tan concurridos y puedo correr con libertad.

—¿Sales a correr? —Lo miró y Zack se dio cuenta de que había hablado sin pensar, sin diferenciar a su lobo de él mismo, ya que en realidad eran uno solo.

—Me ayuda a despejar la mente —afirmó—. Es cuando más libre me siento. En ese momento y cuando voy en la moto. Venir aquí ha sido un buen cambio. Me ha ayudado a sanar en cierto modo.

—Tuvo que ser un cambio bastante drástico. Quiero decir, el trabajo de *cazarrecompensas* no parece precisamente anodino y, en cambio, sí bastante peligroso.

—Fue un momento de mi vida en el que necesitaba estar activo. No estaba cómodo en mi propia piel y necesitaba salir al mundo. No es el trabajo que hubiese elegido, pero fue el que se me presentó y lo acepté. —Un momento de pura rebeldía, en el que tanto él como su lobo estaban enfadados con el mundo sin motivo aparente, quizá porque intentaba encontrar su propia identidad. No era un buen seguidor, pero tampoco era un líder. El alfa de la familia era su hermano Nickolas, lo llevaba en las venas, pero él tampoco

era un lobo sumiso, ni siquiera fraternalmente, así que su abuelo le había sugerido hacer algo con toda esa energía. Todavía no sabía cómo lo había hecho, pero habló con el Ejecutor de la raza y días después acabó bajo la supervisión de Aric, trabajando como recuperador—. Me sentó bien. Conseguí enfocarme y calmarme. Me ayudó a encontrarme a mí mismo y mi lugar en el mundo. No es un trabajo tan excitante o peligroso como puede parecer. La mayoría de las veces solo tienes que recordarle a tu cliente que tiene que pasar por el juzgado si no quiere una buena multa o terminar en la cárcel. —O en el caso de los lobos, frente a su príncipe o al ejecutor—. Lo que pasó esa vez fue una excepción.

Una que casi lo había matado. No habían tenido idea de que estuviese armado. Se suponía que tenían que encontrarlo y llevarlo de vuelta ante el *Ejecutor*, nada demasiado complicado. Daniel y él lo habían estado rastreando durante días, pero justo el día en que ocurrió todo, su hermano lobo no había estado cubriéndole las espaldas como siempre. Y él era el único culpable de ello. Tan solo la noche anterior habían tenido una bronca monumental, Zack había dicho cosas de las que luego se había arrepentido, pero no habían vuelto a hablar. Siguió adelante con la tarea él solo y eso casi le cuesta la vida.

—El tipo se había saltado la condicional —relató a su compañera, guardándose para sí los detalles que no podía explicarle dada su naturaleza—. Tenía que encontrarlo y llevarlo de vuelta a Lincoln, Nebraska, era allí donde lo esperaban. No sabía que iba armado. El hijo de puta estaba en buena forma y me hizo correr lo que no está escrito. Pensó que podía esconderse en el interior del *Wayne National Forest,* pero no contó con que soy un buen rastreador y acabé dando con él. Me quedó claro que no tenía intención de enfrentarse con la justicia cuando sacó un arma y me disparó.

—La cicatriz que tienes en el pecho. —Ada bajó la mirada como si pudiese vérsela a través de la ropa. La noche anterior habían sido sus dedos los que la acariciaron.

—La bala no impactó en el corazón de puro milagro. Perdí el equilibrio, me golpeé en la caída y acabé hundiéndome como una

piedra en el río. —Era lo que recordaba de aquel episodio, pues lo que vino después se lo habían contado—. Si Corbin no hubiese estado por la zona y hubiese escuchado el disparo… Yo no estaría aquí ahora, contigo.

—¿Y ese cabrón? Dime, por favor, que acabó entre rejas.

Lo cierto es que no había llegado siquiera a tocar la cárcel. Daniel no se había tomado nada bien que le hubiesen disparado y su Ejecutor tampoco. El tipo se había enfrentado al ojo por ojo de los lobos, pero no podía contarle eso.

—Se enfrentó a la justicia. —No iba a mentirle a su compañera.

—Bien —asintió satisfecha.

—El resto de la historia ya la conoces —mencionó—. Tu padre me sacó del río, me llevó al hospital y se ocupó de que viviese para ver otro día. Cuando me dieron el alta, fui a verlo. Fue en esos días cuando me encontré con cierta niña subida a un árbol. No llegué a verte el rostro, solo recuerdo unas piernas colgando, pero sabía que eras la hija de Corbin, ya que me dijo que tenía una.

—No tengo recuerdos de eso —admitió ella con un mohín—. ¿Cuándo fue eso exactamente?

—Yo tenía unos veintisiete años…

—Y ahora tienes cuarenta y tres. Eso serían… Once. Yo tenía por entonces unos once años —murmuró pensativa—. Es posible que me hubiese mandado a casa de Edna. Era nuestra vecina, una señora muy agradable que me cocinaba galletas. A veces dormía en su casa, cuando mi padre iba a llegar demasiado tarde o tenían que hacer alguna batida. Te sorprendería la cantidad de senderistas que se pierden.

—Me hago una idea —respondió no sin cierta ironía.

—Déjame adivinar, aquí también pasa.

—Más de lo que quisiera —confirmó.

—¿Viniste a Oak Hill alguna otra vez? —se interesó ella.

—Solíamos vernos en Ironton —le informó—. Al rancho no volví hasta que se comprometió con tu madrastra. No le gustó lo que le dije sobre ella. Después de eso, seguimos manteniendo el contacto, pero ya fue más bien telefónico. Largas conversaciones, eso sí. A veces parecía necesitar tan solo que lo escuchasen.

Era la sensación que le había dado más de una vez.

—Después de que se casara con Beverly las cosas cambiaron bastante —mencionó ella y su tono cambió—. En cuanto tuve que empezar el instituto, lo hice fuera de casa. Empecé a vivir en residencias estudiantiles y con el tiempo eso se convirtió en lo mejor. Ella se desvivió por él, lo adoraba, pero no tenía amor que darle a nadie más. Creo que ni siquiera a sus propios hijos. Tiene dos y prácticamente no han vivido con ella. Solo los veía en las fiestas y, aunque eran cercanos a mi edad, no hablaban conmigo más que un par de frases. —Sacudió la cabeza, como si quisiera borrar ese pensamiento—. Al final te haces adulta, te independizas y vuelves cada vez menos a casa. Me mudé al empezar en la escuela de arte. Tuve que buscarme un trabajo a media jornada porque no quería que mi padre me pagase todo, quería valerme por mí misma. Conseguí sacarme el título, empecé a trabajar en lo mío y ya no volví a Oak Hill hasta que Beverly me llamó para decirme que mi padre tenía leucemia.

—Has sido lo bastante fuerte y valiente como para labrarte tu propio futuro y salir adelante.

—A cabezota no me gana nadie —sonrió, solo para perder esa sonrisa un segundo después—. Y a mi padre tampoco. Le dije que no quería la propiedad, ni tampoco el dinero, ¿y qué crees que ha hecho? Me ha dejado la casa en herencia. Cuando su viuda se entere, pondrá el grito en el cielo. No me sorprendería que intente impugnar el testamento o algo, pero a juzgar por lo que me dijo el abogado, poco podrá hacer al respecto. He conseguido que me permita asistir a la lectura mediante videollamada… Así que es una pena que tengáis tan buena cobertura por aquí, en serio.

Zack resopló y sacudió la cabeza.

—Te pareces a él. También tenía una forma de lo más… particular de escurrir el bulto.

Le echó la lengua en fingida burla.

—Tenía que heredar lo mejor de él.

—Y lo hiciste, Ada, sin duda heredaste lo mejor de él —le aseguró, rozándole la mejilla con los dedos.

—Gracias —asintió ella—. Es algo que necesitaba oír.

—Un placer serte de ayuda. —Le dedicó una cortés inclinación de cabeza y señaló la cesta que había cargado durante todo el trayecto a modo de invitación—. ¿Comemos aquí?

—Iba a empezar a suplicarte si podíamos hacerlo porque la verdad es que me muero de hambre —confirmó. Señaló el tronco en el que había estado antes sentada—. Siéntate. Ya que has cargado todo el camino con la cesta, deja que al menos sirva yo la comida.

—No tendrás que decírmelo dos veces —afirmó, pero antes de seguir sus instrucciones, se inclinó sobre ella una vez más y le acarició el labio inferior con el pulgar—. Eres muy especial, Ada Jordan. No te haces una idea de cuánto.

—Primero lo que hay en la cesta —murmuró ella antes de atraparle el pulgar y chuparlo con suavidad—. Y de postre… Tantos besos como quieras.

—Vas a hacer que me impaciente esperando el postre, *lobita.*

—En ese caso, será mejor que me dé prisa en poner la mesa.

Dicho eso, se escabulló de él y se concentró en servir aquel pequeño picnic para dos.

CAPÍTULO 11

—No te creo. No podía estar en tan mal estado.

—Tengo fotos que lo demuestran. Aquí. Ve pasándolas de una en una y dímelo tú.

Ada cogió el teléfono móvil que le tendía Zack y abrió los ojos al ver las instantáneas del viejo camping que ahora ocupaba el complejo de cabañas del Wolf Lake. Estaban sentados uno al lado del otro en uno de los troncos después de haber dado cuenta de aquella tardía comida.

Entre que ella se había levantado tarde y perdió la noción del tiempo dibujando junto al lago, la idea de Zackary de hacer un picnic tras su paseo había sido más que bienvenida. No podía evitar pensar en lo mucho que disfrutaba de su compañía, sobre todo porque, en cierto modo, seguían siendo un par de extraños.

Sí, un par de extraños que nada más conocerse habían follado como locos.

Química. Se repitió. Todo era cuestión de química. Estaba claro que ambos encajaban y no solo en la cama. No recordaba cuándo fue la última vez que habló de sí misma con tanta ligereza, sin guardarse nada para sí. Por lo general, era muy reservada con su vida, pero en tan solo unas horas a este hombre le había hecho su biografía entera.

No lo entendía, pero tampoco sabía si quería hacerlo. No quería que nada estropease estos momentos de tranquilidad, pues eran los primeros de los que disfrutaba en meses.

—¿Esta es la cabaña principal? —Ladeó la cabeza para ver lo que parecía ser un *bungalow* de madera. Tenía una única planta y su color no podía ser más chillón—. No te has limitado a reformarla,

sino que la has ampliado. Ahora tiene dos plantas y, gracias al cielo, ha perdido ese color.

—La primera planta estaba bastante bien, pero hubo que cambiar toda la instalación eléctrica, las tuberías… Ya metidos en faena, decidimos darle una segunda altura.

—¿Decidisteis? —Lo miró. Eso implicaba a más de una persona.

—Nickolas me echó una mano con los diseños. Él había remodelado hacía poco su hotel y contar con su experiencia fue muy útil. —Deslizó la pantalla para cambiar de fotografía y se encontró con una en la que estaban cuatro hombres con características bastante parecidas—. Mis hermanos. Nickolas, Nathan y Alex.

—Y tú —lo señaló en la instantánea—. Os parecéis bastante, Nickolas y tú.

—Estos son Nick y su esposa, Helena, el día de su boda —le mostró una nueva foto en la que la mujer estaba vestida de novia.

—Qué novia tan bonita. —Se inclinó para verla mejor—. Se los ve muy felices.

—Lo son. Tanto que resulta empalagoso estar cerca de ellos.

Ada se echó a reír al escuchar el tonito de su voz.

—Recién casados, me imagino.

Él asintió.

—Ahora entiendo mucho mejor a mi hermano —afirmó Zack mirando la foto con gesto pensativo—. Él encontró a su compañera predestinada cuando menos lo esperaba. A pesar de que llevaba un año trabajando bajo sus propias narices.

—¿Cómo?

—Helena era su empleada. Le daba los *buenos días* cada mañana y Nick ni se enteró de que era la única para él hasta casi un año después. —Se encogió de hombros—. Supongo que el destino funciona de esa manera. Te pone las cosas delante y tú tienes que darte cuenta de que son para ti. —La miró al decir eso último—. Al menos yo te reconocí nada más ponerte los ojos encima.

—En realidad, no sabías quién era, genio.

Su sonrisa se volvió enigmática.

—Supe que eras mía en el momento en que posé los ojos sobre ti, Ada Jordan —declaró con una seguridad que le provocó

cosquillas en el estómago—. Ahora solo me queda convencerte de que es así. De que has nacido para estar conmigo y solo conmigo.

—¿No vas un poquito rápido? A ver. Nos hemos conocido ayer. *Literalmente*. —Se rio un poco nerviosa, porque sus palabras, más que asustarla la calentaron por dentro—. Sí, vale. Hemos follado, nos entendemos bien y eso, pero…

No pudo seguir porque ese pecaminoso hombre decidió que había hablado bastante y la calló con un beso. No pudo evitar suspirar en su boca. Cada vez que la tocaba era como si se olvidase de todo lo demás y solo existiese él.

—¿Decías? —musitó dándole un pequeño lametón final en los labios.

—No sé… He perdido el hilo completamente… —admitió y tuvo que apartarse un poco para poder recuperar la compostura—. Diablos, Zackary. No deberías de gustarme tanto y, sobre todo, no tendrías que tener tanto poder sobre mí.

—¿Qué clase de poder?

—El de desintegrarme las bragas.

El hombre dejó escapar una sonora y ronca carcajada que la hizo sonreír a su vez. Le gustaba verlo reír. Su expresión se volvía mucho más juvenil y despreocupada.

—Qué cosas más dulces dices, cariño mío. —Se las ingenió para decir entre risas.

—Sí, tú ríete. Pero es una verdad como una catedral —admitió ruborizada—. Yo no soy así. Pero por algún motivo, contigo me vuelvo… una loba.

—Eres una loba. *Mi loba* —aseguró él mirándola con una ternura que la licuó por completo. Ese hombre tenía una mirada y una boca que la desarmaban con suma facilidad—. El destino no se equivoca en estas cosas. Eres mi compañera, la mitad que nos complementa a mí y a mi lobo.

—Tienes suerte de que me guste tanto ese peluche —aseguró apuntándolo con un dedo—. Eres adorable, de verdad.

—Y es todo tuyo —afirmó con rotundidad.

—Solo porque hoy he usado tu champú.

—Puedes seguir usándolo todos los días —señaló y añadió—. O podemos comprar el tuyo en Marion. O traerlo si no lo hay.

¿Por qué esas palabras sonaban tan tentadoras? Se les estaba yendo la cabeza a los dos.

—Entiendes que he venido solo por unos cuantos días, ¿no? Tengo una vida fuera de aquí. Por no hablar de todo el tema del testamento… —Y según decía esas palabras, se dio cuenta de que no le gustaban. La perspectiva de irse le provocó un vuelco en el estómago. Se vio a sí misma de nuevo en esa casa, sin su padre junto a ella. Se imaginó de nuevo en su piso, retomando la vida que había dejado en pausa y, al contrario que otras veces, no solo le pareció solitaria, sino que la idea de volver allí sola… Era insoportable—. Y… Y… creo que voy a vomitar.

Se levantó a la velocidad de la luz con el estómago revuelto y una inesperada ansiedad brotando de su interior. ¿Qué le había sentado mal?

—Respira hondo, Ada. Está bien. No pasa nada. —Zack estuvo a su lado en un momento, firme, tranquilizador—. Estoy aquí. Solo siénteme. Sigues aquí, conmigo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando más pensaba en lo que había dejado atrás, en aquello a lo que iba a volver sola, sin… él, se sentía peor. No quería irse. No quería alejarse de Zackary, pero aquello no tenía el menor sentido.

—No… No lo entiendo —murmuró. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba temblando hasta que esos brazos la envolvieron y su aroma penetró en su nariz, calmándola—. Mierda. ¿Qué… qué coño me pasa? No tengo crisis nerviosas y… —Se aferró a él y enterró la cara en su pecho, necesitando sentirle—. No puedo respirar.

—Escúchame, Ada —le susurró al oído, su voz era suave, su aliento cálido y con cada palabra el temblor iba remitiendo—. Estoy aquí. No vas a perderme. Si te tienes que ir, me iré contigo. Si no quieres marcharte, nos quedamos aquí. No vamos a separarnos. Somos uno, pequeña. Somos compañeros y lo seremos hasta que alguno de los dos abandone este mundo. Respira hondo. Todo está bien.

Y una mierda que lo estaba.

—Es el vínculo —añadió él con un suspiro, como si eso tuviese que tener algún sentido para ella—. No debería afectarte de esta manera siendo humana, no cuando apenas acaba de forjarse, pero eres muy cercana a mi lobo.

—Zackary… Por Dios, habla en cristiano —pidió empujándose con las manos para apartarse de él, aunque lo que en realidad quería era seguir pegada a su pecho—. No entiendo lo que dices.

Lo vio soltar un profundo suspiro. Sus ojos azules se clavaron en ella con una culpabilidad que empezó a corroerle las entrañas. ¿Por qué la miraba así? ¿Por qué esa culpabilidad? ¿Qué había hecho?

—¿Qué has hecho? —preguntó en un hilo de voz. Una angustiosa sensación se le instaló en la boca del estómago. Buscó inmediatamente la cesta de mimbre, repasó mentalmente lo que había comido, lo que ambos habían ingerido o bebido. No había nada raro. Era comida sencilla y sabrosa. No había sabores extraños y aun así—. ¿Me… me has drogado? ¿Es eso? ¿Me has dado algo que…?

—No, por Dios. —Negó con vehemencia. Pareció sorprendido y dolido de que hubiese sugerido algo semejante—. Jamás le haría algo semejante a una mujer y mucho menos a mi propia compañera.

Le creía. De algún modo estaba segura de que no mentía, pero entonces, ¿por qué se sentía de repente tan extraña? ¿Por qué no se sentía ella misma?

—¡Qué has hecho! —Alzó la voz, no sabía qué pensar—. Dime qué has hecho. ¡Ahora!

—No soy lo que crees que soy. —Empezó a decir y esas palabras se clavaron en ella como una aguja—. Mi pueblo… Lo que somos… No somos humanos, no totalmente.

Abrió la boca con intención de mandarlo a la mierda y decirle que se dejase de gilipolleces, pero no pudo articular palabra en cuanto él empezó a desdibujarse. Literalmente.

—Soy un lobo. —Su voz se diluyó, al igual que su propia figura, la cual comenzó a deshacerse como si estuviese hecha de humo—. *Tu lobo.*

La silueta del hombre quedó completamente envuelta en esa especie de neblina, pues no sabía qué otro nombre darle.

—¿Zackary? —Se frotó los ojos. Venga ya. ¿Qué mierda le había dado? Estaba claro que lo que quiera que hubiese ingerido estaba afectando sus procesos cognitivos, porque esto no era ni medio normal.

La neblina perdió altura y forma, arremolinándose a poca altura del suelo y, cuando empezó a desvanecerse, en su lugar se sacudía un enorme ejemplar lupino de pelo blanco jaspeado cuya lengua acarició su propia nariz.

Ada se lo quedó mirando. No habló. No se movió. Se limitó a mirar al lobo que tenía delante y, acto seguido, sus alrededores. El lobo, el lago, el camino. Solo el can. Ni rastro de Zack.

—Vale, *Houdini.* Ya te has divertido. —Dejó escapar un profundo suspiro y caminó hacia el animal—. No sé qué mierda me has dado, pero esto se acaba aquí y ahora. Voy a volver al *camping*, recoger mis cosas y montarme en mi coche para…

«Sabes que no lo harás».

El sonido de la voz de Zackary se filtró en su mente, como si acabase de susurrarle esas palabras al oído, pero en cambio resonasen dentro de su cabeza.

«O puede que sí. Pero no serás capaz de llegar demasiado lejos si yo permanezco aquí».

El lobo empezó a caminar hacia ella, lo cual la hizo respingar porque parecía que era el can quien hablaba. Solo que no utilizaba la boca. No la movía, ni siquiera gimoteaba.

«Del mismo modo, yo tampoco podría irme dejándote atrás. Eso es lo que significa ser compañeros. En cuanto un lobo encuentra a su otra mitad, ya no hay separación posible. Duele estar lejos, la separación se convierte en angustia y no se pasa nada bien. Ahora lo sé».

Se sentó sobre sus patas traseras, esos ojos dorados fijos en su rostro.

«No hay muchos humanos que sepan de mi pueblo, que conozcan lo que somos». Las palabras se sucedían en su cabeza. ¡Dentro de su jodida cabeza! *«Quería decírtelo, pero no sabía cómo*

hacerlo. Quería darte tiempo, que aprendieses a confiar en mí, que me conocieses antes de desvelarte lo que soy, pero… Bueno. No sabía que podían darse este tipo de cosas entre compañeros. Que tú podrías ser tan sensible a mí siendo humana. Solo nos emparejamos una vez, eso si tenemos suerte y…».

—Para. —La palabra salió de su boca como un susurro, pero surtió efecto, ya que dejó de escucharle en su cabeza. A cambio, el lobo ante ella gimoteó y se agachó, acostándose por completo ante sus pies.

«He metido la pata hasta el fondo».

—¡He dicho que pares! —golpeó el suelo con el pie y se pasó una mano por el pelo—. Así. Calladito.

«Ada».

—Vuelve. Haz lo que tengas que hacer. No puedo… No puedo hablar con un perro.

No esperaba que sus palabras tuvieran una respuesta, no de la forma en la que la tuvieron. Estaba convencida de que Zackary saldría de algún lugar, que se desenmascararía solo y el lobo menearía la cola al ver a su amo. En vez de eso, el can también empezó a desdibujarse a sus pies. Su figura empezó a desvanecerse, a mutar y ganar altura, a tomar forma humana; la del hombre que emergió de esa neblina y la miró directamente con sus ojos azules.

—Si me dejas explicártelo, podría…

Sacudió la cabeza. Se apartó en el mismo instante en que él estiró el brazo y tropezó con la canasta que todavía estaba en el suelo. Intentó esquivarla, pero perdió el equilibrio.

—¡Ada!

Manoteó en el aire al darse cuenta de que caía hacia atrás, jadeó al ver a Zack apresurándose hacia ella, pero entonces el agua la recibió y el frío le cortó el aliento. Un segundo después, se hundía como una piedra.

CAPÍTULO 12

Acababa de cavarse su propia tumba.

Zackary dejó de pasearse de un lado a otro y se detuvo por enésima vez delante de la puerta cerrada de la habitación de invitados. Ada se había encerrado ahí dentro desde que volvieron del lago. Dios. Nunca pasó tanto miedo en su vida como cuando la vio perder el equilibrio y caer hacia atrás. El agua la engulló enseguida, provocándole un verdadero ataque de pánico. No se trataba tanto de la profundidad, como del hecho de que la zona no estaba libre de pequeñas piedras en las que podría hacerse daño. Saltó tras ella sin pensárselo un segundo. Por suerte, la joven sabía nadar y ya estaba emergiendo, escupiendo agua y maldiciendo a todo ser vivo del planeta.

El susto se lo habían llevado ambos.

Cuando consiguió izarla, devolviéndola al espigón, Ada tenía la mirada desorbitada y temblaba como una hoja. Fue incapaz de ponerse en pie. El peso de la ropa mojada le dificultaba la movilidad y el miedo que todavía tenía en el cuerpo la llevaba a apartarse de él, rechazando cualquier tipo de ayuda. Se quedaron un momento allí, intentando recuperar el aire. Entonces ella le había gritado a pleno pulmón.

Para ser honesto, no entendió la mitad de las cosas que le dijo la chica. Estaba histérica, lanzaba golpes al aire y lo señalaba con el dedo.

«Gilipollas», «lunático», «hijo de puta». Esas fueron algunas de las palabras con las que se quedó. Esa, y la de decepción que vio en su rostro cada vez que lo miraba. No le dirigió la palabra mientras volvían andando al complejo, a menos que fuese para mandarlo al infierno o a lugares igualmente encantadores. Se negó a contestar a sus preguntas sobre si estaba bien, si se había hecho daño. Si intentaba acercársele, lo fulminaba con la mirada y no le quedaba

otro remedio que dar un paso a un lado y dejarla seguir con su enfurruñamiento.

Todo había salido mal. Jodidamente mal. No debería haberle mostrado a su lobo, no tendría que haberle dicho nada al respecto. Todavía no. Pero cuando empezó a hablar de marcharse, de volver a casa y se agitó hasta el punto de que parecía que iba a tener una crisis, no supo cómo reaccionar. Entendía las emociones que percibía en ella porque eran las mismas con las que luchaba desde ayer. Por su parte eran esperables. Sus mayores les habían hablado sobre el *«celo del emparejamiento»* y lo que podía esperar un lobo cuando encontraba a su compañera. Lo había visto en Nickolas, lo mal que lo había pasado cuando tuvo que separarse de Helena poco después de emparejarse con ella. Había sido un infierno, le confesó tiempo después, uno que no deseaba a ninguno de sus hermanos.

Miró al otro lado del pasillo y barajó la idea de llamarle. La desechó al momento. Primero tenía que intentar arreglar las cosas por sí mismo. Necesitaba recuperar la confianza de su compañera o al menos conseguir que le hablase, porque este silencio lo estaba poniendo de los nervios.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Ada?

Silencio. Después de escuchar correr el agua de la ducha y a ella dando vueltas por la habitación, todo había quedado en silencio. Supuso que se había echado en la cama, porque había escuchado el crujido del colchón, pero no había vuelto a moverse después de eso.

—Pequeña, si no me respondes, voy a dar por hecho que te ha pasado algo y entraré.

Ni una palabra. Antes al menos lo había mandado a la mierda un par de veces, pero tras eso, no volvió a emitir un solo sonido.

Zack dejó escapar un resoplido y se pasó las manos por el pelo. Lo último que quería era tener que forzar la puñetera puerta, pero si ella no le respondía, lo haría y a la mierda las consecuencias. La prefería cabreada como una mona que muerta, herida o vete a saber.

—Ada, por favor. —Llamó una segunda vez—. Necesito saber que estás bien. Si deseas estar sola, te dejaré sola, pero primero

dime…

El ruido del colchón interrumpió sus palabras. Aguzó el oído y allí estaba, un nuevo movimiento, el sonido de pies descalzos avanzando hacia la puerta. Quitó el pestillo y abrió. Tenía el pelo alborotado, sus rizos estaban todavía húmedos, pero era la palidez de su rostro la que lo preocupó. Se había puesto el albornoz que siempre colgaba de la puerta del baño y olía a su propia esencia, lo que quería decir que había utilizado su jabón.

No habló, se lo quedó mirando, parapetándose con la puerta como si pensase que esta podía protegerla de él. Tenía los ojos enrojecidos, pero esos iris del color de la tierra seca parecían más intensos que nunca.

—¿Te encuentras bien? —A simple vista parecía más agotada que herida, pero no podía saberlo a ciencia cierta.

Ella dio un paso atrás y casi esperó ver cerrarse la puerta en sus narices, pero lo que hizo fue dejarla abierta y retroceder. No lo invitó a pasar, no de viva voz, pero tampoco le impidió hacerlo cuando empujó un poco más la hoja de madera y dio un paso adelante.

—¿Me has drogado? —La pregunta fue igual que una puñalada, pero entendible. Él habría pensado algo similar si de repente empezase a ver cosas extrañas.

—Claro que no. —Negó con firmeza.

Lo recorrió de la cabeza a los pies, como si intentase entender lo que había visto en el lago.

—¿Cómo lo has hecho? —Recelo, pero también curiosidad. Los olió en ella, viéndolos en cada gesto. Se estaba cuestionando lo que había presenciado, intentaba entender—. Lo tenías todo preparado, ¿no?

—Sé que no es fácil de comprender. Es mucho que asimilar y…

—Hazlo —zanjó con brusquedad, sus niveles de ansiedad subieron como la espuma. No necesitaba olerlo, lo veía en la manera en la que cruzaba los brazos, en su nerviosismo—. Si no lo tenías preparado, si no era un truco… Hazlo. Ahora. Aquí.

—No quiero causarte más ansiedad…

—A la mierda, Zackary. No voy a estar peor que ahora. O igual sí. Sobre todo si tengo que seguir haciéndome preguntas para las que no tengo respuestas.

Levantó ambas manos a modo de rendición y asintió.

—De acuerdo.

El cambio le llegó con un pensamiento. No necesitaba más que dejar salir al lobo. Su cuerpo se descompuso en moléculas. Era un proceso difícil de explicar. En un momento estaba de pie, sobre dos piernas y al siguiente su mente habitaba en forma lupina. Sus ojos dejaban de ver a través de la mirada del hombre para hacerlo con el espectro de colores del lobo. Se sacudió de la cabeza a la cola, reacomodando el pelo, y oteó el aire, probándolo con la lengua, humedeciéndose la nariz.

Su jadeo fue más audible en esta forma, su nerviosismo, un olor que le incomodaba, que quería hacer desaparecer. Sintió la necesidad de gimotear, de ir hacia ella y consolarla, pero se quedó quieto.

«Soy yo, Ada». Proyectó en su mente. Era algo que podía hacer gracias al vínculo que compartía con ella. *«Debajo de todo este pelo sigo siendo Zack».*

Se sobresaltó. La vio dar un respingo, pero no le quitó el ojo de encima. Temblaba, vaya que lo hacía. Igual que una de esas hojas de los árboles de ahí fuera. Durante un momento la vio tambalearse y avanzó hacia ella, deteniéndose tan solo al ver que se recomponía y retrocedía para dejarse caer sobre la cama. El albornoz se le abrió ligeramente y se dio cuenta de que debajo no llevaba ropa, estaba completamente desnuda.

—¿Cómo es posible? —preguntó. A decir verdad, parecía mucho más asustado y preocupado él de lo que lo estaba ella. Nada de gritos histéricos, ni carreras emprendiendo la huida… Estaba allí sentada, mirándole, ladeando la cabeza como si intentase averiguar cómo acababa de realizar el mago el truco de magia.

«Somos un pueblo antiguo, con un don primigenio y un alma salvaje». Le comunicó a través de su vínculo. *«Piensa en nosotros como otra raza. Ya sabes, hay asiáticos, africanos, europeos, norteamericanos… y también lobos».*

—Ninguno de los que has mencionado puede hacer lo que tú —bufó y se señaló a sí misma con un tembloroso dedo—. Yo soy norteamericana y no puedo hacer eso… —Frunció el ceño y se estremeció—. No puedo, ¿no?

«No. Tienes que nacer lobo para poder cambiar de piel».

—¿Es así como lo llamas?

«Cambiar de piel, transmutar… Elige el nombre que más te guste».

Sacudió la cabeza. Los rizos se desperdigaron de aquí para allá, al punto de que tuvo que apartarlos con la mano.

—¿Puedes volver a… cambiar de piel?

Un par de latidos después volvía a tener forma humana y caminaba ahora sobre dos piernas. Se acercó a la cama y se acuclilló delante de ella. Le cogió las manos y no dijo nada cuando la sintió respingar, pues no las retiró. Solo estaba en shock, asombrada por lo que acababa de presenciar.

—Sigo siendo yo. Lobo o humano. Siempre voy a ser *yo.* —Le rozó las manos con los dedos. Estaba helada. No se había dado cuenta hasta ese momento—. Por Dios, pequeña, estás congelada.

Actuó por puro instinto, sentándose a su lado y atrayéndola a sus brazos, dispuesto a dejarla ir si peleaba con él. No lo hizo. Se quedó completamente quieta, tiesa como un palo, pero solo durante unos segundos. Su cuerpo empezó a relajarse, se inclinó hacia él, buscando su calor y no se lo pensó. La subió a su regazo y aprovechó para buscar disimuladamente cualquier posible corte o herida.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

Negó con la cabeza.

—Me he caído al lago. Tú eres un lobo. Tu lobo. No, Zackary, no estoy bien.

Le frotó los brazos con suavidad y le cerró el albornoz, cubriéndola todo lo que podía para preservar su intimidad y proporcionarle al mismo tiempo calor.

—Quería marcharme. Empecé a recoger mis cosas y me eché a llorar como si me estuviesen arrancando algo del pecho —musitó ella en voz baja—. Y no tiene sentido. Tendría que poder recogerlo

todo, subirme a mi coche y largarme, pero… Tú estás aquí y la idea de no verte me pone de los nervios. ¡Y eso que ahora mismo no eres una de mis personas favoritas!

—Eres la pareja de un lobo —le dijo mirándola a la cara—. ¿Recuerdas lo que mencioné anoche sobre el hilo rojo del destino? Podemos estirarlo, retorcerlo y enredarlo, pero siempre nos va a conectar donde quiera que estemos. Y en el momento en que tú y yo nos encontramos por primera vez, ese hilo se encendió dando este resultado.

—¿Se puede romper, deshacer, disolver, lo que sea?

—No. —Negó con la cabeza.

—¿Y yo no puedo decir nada al respecto? —Sus ojos se abrieron un poco más—. ¿Y si no me gustas? ¿Y si no te soporto? ¿Y si… los pies te huelen a queso?

A duras penas pudo evitar sonreír ante semejante pregunta. Le aliviaba ver que todavía era capaz de hablar de esa manera.

—¿Me huelen los pies a queso?

—No. Todo tú hueles de maravilla, pero eso no es el caso… A menos que el que huelas tan bien también sea parte de ese… hilo.

—Eso es más bien cosa de higiene.

—Hablo en serio.

—Yo también —afirmó y esos ojos marrones se encerraron sobre él. Al menos la ansiedad había disminuido y ya no temblaba. Una pequeña victoria para él—. Tú también hueles de maravilla ahora mismo. A champú y gel.

—Repito. —No iba a desviarla del tema—. ¿No puedo decir nada al respecto?

—¿Crees que el destino uniría a dos personas si no estuviesen destinadas a estar juntas? —le respondió con otra pregunta—. ¿Qué nos ataría a alguien a quien no pudiésemos soportar?

—Quiero creer que todavía existe la libertad de elección en el universo.

—Y la hay. Muchas parejas no llegan a conocerse en toda una vida. Como lobo, puedo pasar toda mi existencia esperando conocer a mi otra mitad y nunca llegar a hacerlo. Puedo enamorarme de otra mujer, elegir otra pareja, pero sé que nunca sentiré por ella la

profundidad de emociones que sentiría por mi compañera. Lo que siento por ti —confesó y buscó la manera de que ella lo entendiese —. Supongo que es a lo que los humanos llamáis almas gemelas, solo que en mi caso no me lleva meses de citas interminables darme cuenta de ello.

—No. Lo tuyo es un «*aquí te pillo aquí te follo*» —rezongó.

—Pudiste haberme rechazado, Ada —replicó buscando su mirada, pues la había apartado—. ¿Por qué no lo hiciste? Es tan fácil como decir *«no».* Te prometo que no te habría tocado un pelo si me lo hubieses dicho. Me habría costado la vida misma, sí, pero habría respetado tu decisión aunque eso me matara. Pero eso no cambiaría nada, solo nos habría llevado más tiempo llegar hasta este punto, pero habríamos acabado en él antes o después.

—Y con eso no haces más que confirmar que no tengo posibilidad de elección. No podría decidir si quiero quedarme contigo o marcharme, coger mi coche y alejarme de este lugar —insistió en su propia visión. Y la entendía, antes de conocerla, de encontrar a su compañera, se había cuestionado su propia libertad de elección de esa manera—. ¿Y tú? Tú ni siquiera me habrías mirado una segunda vez de habernos encontrado por la calle un día cualquiera, ¿no es así? Estás hablando de algo que solo ocurre porque ese hilo, vínculo o lo que coño está alterando lo que sentimos…

—No, Ada. El vínculo no altera lo que ya hay dentro de ti, solo lo magnifica —le aseguró y añadió—. Y por supuesto que te habría mirado una segunda vez. No solo eso, en cuanto hubiese pasado unos minutos contigo, ya habrías despertado por completo mi atención. Y no solo porque te encuentre atractiva, sino porque me gusta tu franqueza, me resulta refrescante tu sinceridad y la manera en que te enfrentas a las cosas.

—Refrescante.

—Sí, Ada. Refrescante. No eres como ninguna mujer con la que haya coincidido hasta ahora, eres del tipo de chica que merece la pena conocer y conservar. No eres alguien para echar un polvo y ya. Y perdona que te hable de una forma tan cruda.

—Solo estás diciendo lo que ambos sabemos que hicimos.

—Sí. Y lo disfruté —admitió cogiéndole ahora la barbilla entre los dedos—. Y sé que tú también. Y no solo porque me lo confesases antes.

—No estamos hablando de nuestra compatibilidad en el sexo, sino del hecho de que eres un puto… *cambiante*. —Se libró de sus dedos y lo apuñaló en el pecho con uno propio—. Que eres un lobo, joder. Y uno de verdad. No un puto perro de peluche.

—¿Puedes dejar de decir tacos?

—¡No! Cuando estoy nerviosa juro como un camionero —zanjó con visible irritación—.Y ahora mismo tú me estás poniendo de los nervios, Zackary.

—Y aun así sigues en mi regazo —le recordó.

—No tengo fuerzas para bajarme —resopló con las mejillas ganando más y más color—. No creo tener fuerzas para nada ahora mismo. Siento que me va a estallar la cabeza. No hago más que verte. Que verle a él. Que… ¡Joder! No sé cómo sentirme al respecto.

—¿Quieres que te deje sola? —preguntó. Estaba dispuesto a dejarla aquí y quedarse al otro lado de la puerta, pero Ada negó con la cabeza.

—No. —Levantó la mirada y vio el agotamiento en ella.

—¿Por qué no te echas en la cama e intentas descansar? Creo que ya has tenido bastantes emociones para un solo día. —Señaló la butaca que había en una esquina de la habitación—. Puedo quedarme allí hasta que te duermas, si no quieres quedarte sola.

—No quiero estar aquí dentro. —Bajó de su regazo y se dirigió a la puerta, volviéndose hacia él en el último momento—. Me voy a la terraza. Necesito sentir el aire a mi alrededor o me volveré loca.

—Iré contigo. —Se levantó, dispuesto a seguirla—. Si eso es lo que deseas.

Una vez más negó con la cabeza, confundiéndole, para finalmente añadir.

—Lo peor de todo es que, en estos momentos, sigo deseándote a ti —admitió en voz baja—. Y con el cabreo que tengo, eso es lo último en lo que quiero pensar.

No pudo evitar sonreír para sí.

—Te prefiero cabreada que ahogada en un río, Ada.

Ella resopló, abrió la puerta y salió por ella dejando una simple frase en el aire.

—Puedes acompañarme.

Zack dejó escapar un suspiro de puro alivio y salió tras ella.

CAPÍTULO 13

—¿Qué es eso?

Ada sabía que había sonado brusca, pero era incapaz de apaciguarse. Esperaba que el aire fresco del atardecer la espabilase y le permitiese pensar, pero casi una hora después seguía dudando de que su cerebro estuviese en condiciones de funcionar correctamente.

Un lobo. El hombre que estaba de pie a su lado, depositando un par de tazas sobre la mesita auxiliar de la terraza, era un lobo. Un can de cuatro patas, con oreja, morro y cola. Un bellísimo ejemplar del que se había quedado prendada nada más verlo.

Si hasta lo había dibujado. ¡El muy canalla!

Su mente bullía de preguntas. No iba a perder el tiempo negándose algo que había visto con sus propios ojos. Sí. La primera vez podría muy bien tratarse de un truco, después de todo, ¿no eran capaces de hacer esas cosas en el cine? Pero la segunda vez… En el dormitorio no había nada que pudiese ayudar a Zack a llevar a cabo semejante representación. Lo había pedido solo para poder desenmascararlo, para obligarle a admitir que era un invento suyo, pero entonces el hombre se había esfumado y en su lugar había aparecido el lobo. Y viceversa.

Un lobo que, además, era capaz de hablarle dentro de la cabeza.

Bien. Los fantasmas existían, ¿no? Pues a ver por qué no iban a poder existir… *er*… lo que quiera que fuese él. Ponerse histérica y gritar a los cuatro vientos que se estaba volviendo loca no era su estilo. El mundo estaba lleno de cosas raras, muchas de ellas inexplicables, y tal parecía que Ada había sido testigo de una.

Miró sendas tazas humeantes que él colocaba sobre la mesa auxiliar y reconoció el aroma al instante.

—Chocolate —le informó dejando también un pequeño platillo con esponjosas nubes—. No sé si te gusta con nubes, así que no se las he echado.

—Me gustan. —Esta vez su tono fue más ligero. Se revolvió debajo de la manta que le había echado encima para que se abrigara mientras se iba a la cocina y cogió un puñado de nubes para dejarlas caer dentro del chocolate—. Gracias.

Sí, señor. Se estaba volviendo completamente bipolar.

—Ten cuidado. Está caliente.

La silla adyacente crujió cuando él la ocupó. Estiró las piernas delante de sí y juraría que incluso suspiró.

—¿Era cierto? ¿Lo del termo roto?

—Puedes preguntárselo a Ian, él te lo corroborará. Y te dirá también que suelo salir a correr por las mañanas por el bosque —mencionó con su habitual tranquilidad—. Acababa de regresar cuando percibí que estabas en la primera planta y unos segundos después apareciste por la puerta. Creí que preferirías… esa compañía y a mí me venía bien poder estar un rato cerca de ti.

—Podrías haberlo hecho igual sobre dos piernas.

—¿Estás segura? —La miró de soslayo.

No. Posiblemente no habría podido mirarlo a la cara en esos momentos. La mañana frente al lago le permitió enfocarse después de la noche que habían tenido.

—¿Mi padre lo sabía? ¿Lo que eres?

Negó con la cabeza.

—No. Nunca se lo dije —admitió con voz queda—. No vamos por ahí gritando a los cuatro vientos lo que somos. No es necesario. No somos diferentes de los humanos, de cualquiera de vosotros. Tenemos trabajos, contribuimos con nuestros impuestos o negocios, nos vamos de vacaciones, nos casamos, tenemos hijos… La única diferencia está en que nosotros tenemos también una naturaleza animal y podemos encarnarla.

Hizo un gesto con la mano, abarcando el lugar.

—Tengo un negocio, mis clientes son humanos…

—¿Y tus empleados?

—Courtney e Ian son lobos y pareja, como tú y yo.

—¿Ella es humana?

—No, es una loba.

—Entonces no son como tú y yo —zanjó ella y cogió la taza de chocolate con cuidado. Lo último que necesitaba ahora era quemarse.

—Helena, la mujer de mi hermano Nickolas, sí es humana. —Tan pronto como pronunció aquello le vino a la mente la foto de bodas del matrimonio—. Ella tampoco era consciente de la naturaleza de Nick cuando se emparejaron. La descubrió después y de una manera mucho más… complicada.

—¿Cómo de complicada?

—Una empleada del hotel, una loba, quiso matarla. Hizo que su coche se saliese de la carretera y habría acabado con ella si Everly, la gerente del resort, no la hubiese interceptado antes. —De todas las explicaciones que esperaba escuchar, esa no era una de ellas—. Helena lo presenció todo, la vio cambiar de loba a humana… No fue un momento agradable, no con el peligro que representaba para ella.

Se lo quedó mirando.

—Es una broma, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Jamás bromearía con algo así. —Fue tajante al respecto y Ada optó por no decir nada más.

Volvió a pensar en la foto y en lo feliz que se veía la pareja. Esa instantánea transmitía amor, no lujuria, sino amor. Miró a su acompañante por el rabillo del ojo y lo encontró contemplando el paisaje.

—Quizá podríais hablar —le oyó murmurar—. Ella ya ha pasado por esto y podrá hablarte sobre el vínculo que une a un lobo y a su pareja desde una perspectiva que yo no puedo aportarte. Puedo explicártelo desde un punto de vista lupino, pero me temo que no es nada comparable a lo que experimenta una compañera humana.

Claro. Hablar con una completa desconocida de algo que todavía estaba intentando procesar.

—No, gracias —musitó, sopló el caliente líquido y se aventuró a tomar un pequeño sorbo. Estaba caliente, pero delicioso.

—Se supone que esta intensidad en las emociones se va aplacando a medida que pasa el tiempo, que se hace más tolerable si permanecemos juntos —continuó él con tacto—. Lo que sentiste esta tarde, esa ansiedad ante la separación, se irá diluyendo.

Zack le estaba dando pinceladas de información, como si estuviese reuniendo todo lo que sabía para contárselo.

—Estás tan perdido en esto como yo, ¿no?

—Todos los emparejamientos son distintos. Conozco el proceso, lo que puedo esperar, pero no negaré que hay momentos en los que todo me sobrepasa y en los que estoy tan perdido como tú —admitió, ladeó el rostro para mirarla y señaló su taza—. Te cuidado. No te quemes.

Y ahí estaba el Zack que había empezado a conocer. El hombre amable, atento, siempre preocupándose por ella.

—Mañana volveré al lago a dibujar —murmuró y bajó la mirada a su propia taza—. Sola. Necesito tiempo para asimilar todo esto. Para entenderlo.

Y pensar, sobre todo para poder pensar, porque ahora era incapaz de hacerlo.

—No te molestaré.

Asintió mientras veía como nadaban las pequeñas nubes. Chasqueó la lengua, dejó la taza sobre la mesa y bajó de la silla. Dos pasos y estaba delante de él, mirándole, intentando entender que aquel hombre que le devolvía la mirada era Zack y también el lobo. No lo pensó. Si lo hacía, cambiaría de rumbo y se iría directa a la habitación. Se quitó la manta de encima y, sin preguntar o pedir permiso, trepó a su regazo, acomodándose en él.

—Mañana —murmuró apoyando la cabeza contra su hombro. Él cogió la manta que había dejado y la cubrió, tapándolos a ambos. Un momento después, sus brazos la rodearon y Ada cerró los ojos—. Ahora solo quédate así. Nada más que así.

—No te dejaré, Ada —le dijo en voz baja, pero su tono no dejaba lugar a dudas—. No importa lo difíciles que se pongan las cosas, ni el tiempo que te lleve entenderlo. Siempre estaré a tu lado.

Ella no respondió. No era necesario que lo hiciera. De algún modo intuía que esa era la única respuesta para ambos, una contra la que serían incapaces de luchar.

CAPÍTULO 14

Una semana después…

—¿Problemas en el paraíso, lobito?

—Vete a la mierda.

—Tomaré eso como un sí.

Zack dejó escapar un resoplido y se sentó en el mismo tronco de madera que había ocupado hacía una semana. Siete días. Habían pasado siete jodidos días desde la conversación que tuvieron en la terraza y las cosas entre él y su compañera no estaban mejor que entonces.

En realidad, no tenía la menor idea de cómo estaban. Seguían pasando tiempo juntos, sí, pero Ada era ahora más reservada. Se pasaba las mañanas sola con su cuaderno de dibujo y ya no compartían la intimidad del principio. Era como si se hubiese encerrado en sí misma y eso estaba poniéndole de los nervios.

—¿Quieres hablarme de ello o te has limitado a llamarme para que pueda apreciar mejor tu humor enfurruñado?

Miró la pantalla del teléfono. Nickolas enarcó una ceja, replicando su pregunta de forma silenciosa. Había marcado su número en un momento de pura desesperación lupina. De todos sus hermanos, era el único que se había emparejado y cuya compañera era humana, además. Esperaba que él pudiese orientarle sobre qué estaba haciendo mal y qué podía hacer para arreglar las cosas con su mujer.

—Ada sabe que soy un lobo. —Suponía que aquella era la información más importante a compartir.

—Tu compañera sabe que tienes el culo peludo, bien —asintió y añadió con tranquilidad—. ¿Le ha dado un ataque de histeria y se ha encerrado en algún lugar o ha salido corriendo?

—Se cayó al lago justo después de enterarse.

—¿Cómo? —Aquello sorprendió al hombre, que se inclinó sobre el teléfono—. ¿Está bien? ¿Está herida?

—Está bien. Gracias a Dios sabe nadar y la saqué al momento, pero… —Sacudió la cabeza—. Entendería que se pusiese histérica, incluso que tuviese un ataque de pánico, pero su mente funciona de otra manera. Es muy racional. Se quedó en shock, claro, pero estaba más interesada en convencerse a sí misma de que yo no era alguna especie de mago o ilusionista.

—Eso sin duda te ha allanado el camino, hermanito —admitió Nick.

—Me he precipitado, Nick. No era el momento para decírselo, para mostrarle quién soy —resopló, pasándose la mano por el pelo corto—. Estábamos hablando, compartiendo un momento, y ella empezó a decir que tenía una vida fuera de aquí, que debería volver a ella antes o después y… Tuvo un ataque de pánico.

—El vínculo —asintió su hermano—. Helena no lo pasó nada bien.

—Se echó a temblar, entró en pánico… —Sacudió la cabeza, no podía ni recordar aquel episodio sin sentirse como una mierda—. Y lo sentí, sentí todo lo que ella sentía magnificado hasta el extremo.

—Entiendo que ya la has reclamado…

Se limitó a asentir con la cabeza. No iba a dar más detalles al respecto.

—Esto es mucho más intenso de lo que llegué siquiera a imaginar. Quiero decir, soy un lobo, había escuchado hablar sobre nuestra necesidad, la manera en la que magnificamos las emociones, pero no sabía que nuestras compañeras humanas experimentarían lo mismo.

Nickolas frunció el ceño y se frotó la mandíbula.

—Para Helena no fue así —admitió su hermano con gesto pensativo—. Como acabo de mencionar, lo pasó mal, sobre todo al principio. No entendía lo que la atraía hacia mí, ni por qué le

entristecía o la deprimía el no tener contacto conmigo… Sé que fue un verdadero infierno para ella el que tuviese que dejarla durante esas horas que fui a Hope Valley, pero no ha tenido una reacción tan… visceral. Al menos que yo sepa o de la que me haya hablado.

—Ada se ha pasado cada una de las mañanas de estos últimos siete días sola. Deja nuestra cabaña temprano y se va al lago a dibujar o a dar largos paseos. —Y a él mientras lo llevaban los demonios—. Intento no estar demasiado lejos y darle al mismo tiempo su espacio, pero sé que algo no va bien. Puedo sentirlo en mi interior, mi lobo lo nota y no tengo la menor idea de qué hacer para solucionarlo.

—¿Os habéis peleado?

—Si nos hubiésemos peleado, al menos sabría que hay un motivo para esto —gruñó desesperado—. Ella solo me pidió que la dejase sola, que necesitaba tiempo para lidiar con todo esto y desde esa noche cambió. En un momento siento que quiere acercarse a mí, que me desea, y al siguiente, es como si se dijese a sí misma que no es cierto y da un paso atrás.

—Pues sí que estás jodido —silbó Nick—. La cercanía y la intimidad son lo que fortalecen el vínculo y disminuyen la ansiedad del emparejamiento. Es lo que hace que, con el paso de los días y de las semanas, puedas volver a pensar con claridad… y no como un lobo en celo.

—Sí, bueno. Mi mente se ha ido aclarando, no así mi necesidad de ella —resopló. Su lobo estaba tranquilo, era como si supiera que ella le pertenecía y que sus silencios eran tan solo un berrinche y que ya se le pasaría. Desde luego, su lado humano no tenía tanta paciencia. Sus emociones estaban continuamente montadas en una montaña rusa—. Tengo la sensación de que Ada piensa que le he quitado la opción de elegir por sí misma. Que hice algo para atarla a mí y que eso la deja sin opciones.

—Tú tampoco has tenido elección. En el momento en el que el vínculo se activa, en el que este se establece, no hay mucho que puedas hacer por reprimirlo —le confirmó lo que ya sabía—. ¿Había alguien en su vida? Quiero decir…

Sacudió la cabeza. Se le había pasado por la cabeza el que su compañera pudiese haber tenido una relación anterior a él, pero a juzgar por lo que habían hablado en aquellas primeras horas, Ada no estaba con nadie. Ese último año se había dedicado por completo a Corbin y antes de eso, bueno… No había querido meterse en esa parte de su vida. La idea de que cualquier hombre la hubiese tocado, la hubiese hecho suya… Su lobo gruñó por los dos.

—No recientemente —dijo en voz alta—. No me ha hablado de nadie significativo. Si hubiese existido una relación previa, lo sabría, pero ha estado cuidando de Corbin hasta el final.

—Siento mucho lo de tu amigo. Ha tenido que ser un golpe doblemente duro enterarte de todo esto. Daniel me ha puesto al corriente. Está preocupado por ti.

Asintió. Lo cierto es que él también extrañaba al lobo. Estaba tan acostumbrado a tenerlo junto a él, a poder recurrir a su confidente cuando tenía un problema, pero con Ada… Fue como si de repente todo se centrase solo en ella. Esta última semana era cuando más había pensado en Dan, pero no quería arriesgarse a pedirle que volviese cuando todavía estaba hecho semejante lío con respecto a su compañera.

—¿Te ha dado mucho la lata?

—¿Dan? En absoluto. Ha estado cubriendo los turnos de noche en la recepción por petición propia —le comunicó—. Durante el día apenas le veo. Sé que ha hablado con Helena alguna que otra vez. A mi mujer le cae bien tu hermano lobo y él se está comportando de manera caballerosa, así que… No hay problema por aquí.

—Bien.

—Zack. Él está bien —añadió Nickolas. Su hermano era muy perspicaz—. Está encantado con la idea de tener una nueva hermana y espera que dejes de gruñirle a las piedras para poder conocerla correctamente. Tú estarías igual si fuese él quien se hubiese topado con una mujer destinada a hacerle la vida más interesante. Sois como dos viejas alcahuetas, preocupándoos el uno por el otro.

Hizo una mueca, pero al final sonrió. Sus palabras aliviaron un poco su propia ansiedad.

—Hemos sido solo nosotros dos durante tanto tiempo que ni siquiera había pensado en encontrar a Ada —mencionó y, por primera vez, dejó que las palabras saliesen de su boca—. Hubo un tiempo en el que pensé que él y yo podríamos ser el uno del otro. Que el destino lo hubiese elegido para mí, pero nos faltaba algo… Decidimos no dar ese paso. Creo que ninguno queríamos joder la amistad que tenemos.

—Nadie manda en el corazón de un lobo, hermano. Y es lo bastante grande como para acoger a mucha gente y de muy distintas maneras. —Como siempre, Nickolas sabía qué decir y cómo tranquilizar a sus hermanos—. Ahora tienes a Ada y tu prioridad, en estos momentos, es ocuparte de ella. Tienes que arreglar lo que quiera que ande mal entre vosotros. En cuanto lo hagas, todo irá bien. El destino no se equivoca, Zack, aunque a veces se pone caprichoso.

—Deberías impartir terapia. Ya sabes, véndete como gurú o algo así.

—Ya me llega con tener que aguantaros a vosotros, hermanito. No necesito más trabajo.

Se rio entre dientes. Entendía perfectamente el punto del mayor de los Green. Nickolas estaba destinado a convertirse en el nuevo alfa de Carolina, algo que no le apetecía en lo más mínimo, pero que sabía aceptaría en el momento en que su abuelo se retirase por completo.

—¿Quieres que me deje caer por ahí con Helena? —sugirió finalmente—. Puede que mi compañera pueda ayudarte… O más bien, ayudar a Ada.

—No negaré que también te llamé por eso —admitió con un nuevo resoplido—. Esperaba que quizá Helena pudiese conocerla y hablarle o algo… No sé. Ambas son humanas y tu compañera ya ha pasado por esto…

—Se lo diré y os haremos una visita —asintió Nickolas—. Mientras tanto, intenta llegar a ella. A veces un culo peludo tiene más éxito que una cara bonita.

—Eso ya lo intenté y me ignoró absolutamente.

—Pues inténtalo otra vez y ponle actitud, lobito —le dijo—. Somos supervivientes, Zack. Si hemos podido sobrevivir al infierno, podemos con lo que nos echen.

Una verdad que los cuatro hermanos compartían como supervivientes a la masacre de la manada Daratraz. No habían sobrevivido al infierno para rendirse ahora.

—Gracias.

—Estoy aquí para lo que necesites, Zack. Siempre.

Con esa última frase, Nickolas cortó la videollamada y lo dejó pensando en qué podría hacer para volver a ganarse el favor de su compañera.

—Insistir. Y suplicar si hace falta —murmuró para sí.

Conforme con esa línea de pensamiento, se metió el teléfono en el bolsillo y abandonó el improvisado banco para ir en busca de su mujer.

CAPÍTULO 15

—Joder, Ada. Quítatelo de la cabeza.

Arrancó la página del cuaderno de dibujo que tenía sobre el regazo y la arrugó con saña.

No quería dibujar esos ojos, ni esa boca, ni recordar la suavidad de sus labios. No quería reconocer que echaba de menos sus besos, que necesitaba sus abrazos, ni que las noches que había pasado sin él eran una jodida tortura.

Nadie iba a imponerle nada. Ni siquiera el jodido destino. Ni un puñetero hilo rojo que ni siquiera podía ver.

Soy la compañera de un lobo.

Así. Sin más. Sin posibilidad de elegir si quería serlo o no. Se le había impuesto esa condición, una que no comprendía y que, sin embargo, padecía como si fuese una maldita enfermedad contagiosa. Porque si ella lo estaba pasando mal, sabía que Zack también lo hacía.

Un pequeño consuelo, que en realidad no resultaba para nada consolador. No quería que él sufriera. Bueno. Quizá a principios de la semana sí, un poco, pero a estas alturas lo único que deseaba era encontrar la manera de arreglar esta mierda.

Quería marcharse y no podía. O mejor dicho, no es que no pudiese, es que cada vez que lo había intentado se había arrepentido a los pocos minutos y acababa abortando la operación: *«me largo de aquí».*

Un lobo. Zackary Green era un jodido lobo. Y lo era en el sentido más estricto y animal de la palabra. Había intentado encontrar una justificación, una explicación razonable, pero nada de lo que había visto entraba en la categoría de *«razonable»*, sino más bien en la de *«sobrenatural».*

Y si bien le resultaba más o menos sencillo ignorar al hombre. Solo tenía que recordar que estaba enfadada, frustrada y decepcionada con él. Desentenderse del lobo era mucho más complicado y requería de mucha fuerza de voluntad. Y es que a ver, ¿quién no iba a querer achuchar y hundir las manos en semejante pelaje? ¿Y esa carita? ¿Y esas orejas? ¿Y sus gemiditos cuando no le hacía el menor caso? ¡Era muy difícil ignorarle!

Si es que prácticamente se había enamorado de ese lobo.

Del lobo. No del hombre. Se repitió a sí misma.

Aunque el hombre se había metido en su piel de una manera en que no lo había hecho nadie. Su voz, su tacto, su sola cercanía era casi tan necesaria para ella como respirar y, a pesar de todo el cacao mental que tenía encima, una parte de sí misma era consciente de que seguía gustándole demasiado, mucho más de lo que le había gustado un hombre hasta ahora.

Sí. Había tenido algunas relaciones en el pasado, pero habían sido superficiales. Al principio había pensado que era cosa suya, que no se esforzaba en hacer que funcionara, que había falta de química o que lo único que había era eso, química. Llegó un momento en que dejó de intentarlo, de buscar a alguien con quien compartir su vida y entonces su padre enfermó y su vida amorosa dejó de ser una prioridad.

Y ahora, sin embargo, ese hombre le había dado todo lo que necesitaba, aquello que ni siquiera sabía que quería, y no había necesitado ni veinticuatro horas para hacerlo. ¡Claro que era sobrenatural! Era imposible enamorarse de alguien a primera vista. Eso no era más que un cuento para justificar un ataque de lujuria o la falta de cordura. Era una excusa romántica con la que se justificaba la necesidad de no querer estar solo, de aferrarse a la primera persona que se te cruzaba en el camino por si acaso perdías ese tren.

Ella no era así. No creía en el amor a primera vista porque jamás lo había experimentado. Nunca se había encontrado en la tesitura de desear tanto a alguien a quien acababa de conocer, de querer ser parte de la vida de esa persona, de compartir todo lo que era con él. Y eso era lo que había hecho con Zack. Se había dado

por entero a él sin saber que había un motivo detrás que justificaba esta inesperada atracción.

Compañeros. *Almas predestinadas.* Destino.

No quería creer en todo eso y, sin embargo, ¿por qué se sentía cada día que pasaba más inclinada a hacerlo?

En su fuero interno quería seguir conociendo a ese hombre. Quería saber más sobre él, sobre quién era, pero al mismo tiempo tenía miedo de que le gustase cada vez más lo que descubriese de él y no fuese capaz de alejarse.

«Naciste para mí».

Esa frase se le había clavado en la mente y no era capaz de erradicarla.

¿Significaba eso que él también había nacido para ella? ¿Qué le pertenecía?

Le dio vuelta al cuaderno y se quedó ante una nueva hoja en blanco.

Esta era su vida ahora. Sin nada dibujado, sin un solo trazo que le diese una pista de lo que tenía que hacer a continuación. Había sido así desde el momento en que su padre la dejó, pero no el día de su muerte, sino mucho tiempo atrás, cuando había decidido rehacer su vida al lado de Beverly. Para Ada, su vida cambió en ese momento, pues todo lo que vino después no era sino partes de una hoja que se iba llenando por partes. Vacaciones, fiestas, momentos especiales, pero ya no era un cuaderno completo, Corbin Jordan ya no era solo para ella, pues había elegido dibujar su propia vida.

Y, sin embargo…

Volvió a abrir el cuaderno y empezó a pasar páginas hacia atrás. Cada una de ellas estaba llena de bocetos, de dibujos terminados. No había dejado de llenarlo desde que llegó aquí y cada uno de ellos le tenía a él como protagonista. Zack se había convertido, sin que se diese cuenta, en el motivo para empezar a rellenar esa hoja en blanco.

—Maldita sea, ¿no podías ser un sesentón amable y cariñoso con un montón de anécdotas que contar sobre mi padre? —resopló y echó la cabeza hacia atrás. Esta mañana el cielo estaba algo encapotado, había humedad en el aire, por lo que no le sorprendería

que acabase teniendo que recoger las cosas a la carrera y escapar del aguacero que podría caer—. No sé qué hacer contigo.

Dejó escapar un resoplido y volvió a prestar atención a su cuaderno. Escogió de nuevo la página en blanco, pero no llegó a dar ni el primer trazo. Ese enorme lobo blanco apareció caminando desde el sendero cimentado y fue directo a ella.

Ada sintió una mezcla de excitación y anhelo al verlo, pero se obligó a disimular el alivio que la inundó por su presencia. Era el mismo que solía sentir en presencia de su compañero, aun si no le dirigía la palabra o respondía de manera cortante.

Lo siguió con la mirada. El can no se detuvo delante de ella, como solía hacer, sino que saltó al banco que ocupaba. Fue un salto medido, delicado, que dejó ese enorme cuerpo peludo cerca del suyo. Un segundo después, la enorme y rosada lengua le azotó un lateral de la cara.

—Oye —jadeó, limpiándose la cara inmediatamente—. Eso da grima.

No hubo respuesta. Ninguna voz resonando en el interior de su cabeza.

—No lo vuelvas a hacer. —Lo apuntó con el dedo.

La respuesta del lobo fue levantar la pata derecha y dejarla caer sobre su cuaderno, lanzándolo al suelo.

—¿Pero qué demonios te pasa? —resopló, levantándose de golpe para recoger lo que ese maldito lobo había tirado.

El can saltó detrás de ella, olfateó el suelo y atrapó el lápiz que había estado utilizando entre los dientes. Se lo mostró como si fuese un trofeo, incluso le pareció que entrecerraba los ojos.

—Deja eso donde estaba.

Sacudió su peluda cabeza en una clara negativa y empezó a retroceder hacia atrás, estiró sus patas delanteras, bajando la cabeza hacia el suelo y dejando ese peludo trasero en alto. Emergió un ligero gruñido canino de su garganta.

—Dame eso ahora mismo.

Su respuesta fue gruñir de nuevo, pero no se movió. Seguía allí, en esa posición, como si se estuviese burlando de ella.

—Devuélvemelo. Ahora. —Señaló el lugar en el que estaba con el dedo, como si estuviese hablando con un perro cualquiera y no con un can con inteligencia humana. Y sus mismas malas artes.

Agitó la cola. El muy perro… ¡Agitó la cola!

—Zackary *Peludo* Green —pronunció dando un paso hacia él y luego otro, acercándosele decidida—. Dame ahora mismo mi lápiz.

Intentó cogerlo, pero justo cuando estiraba la mano, el lobo saltó hacia un lado.

—Maldito bicho —siseó y se lanzó de nuevo a por él, sin conseguir cogerlo—. ¡Dámelo!

Volvió a tirarse hacia él, con ambos brazos ahora estirados. A estas alturas no le importaba aferrarle el pelaje y quedarse con sus puñeteros pelos en la mano.

«Demasiado lenta». Escuchó su risa además de sus palabras en la cabeza. ¿Se estaba burlando de ella?

—¿Lenta? Hay que joderse.

«Puedes hacerlo mejor».

Su voz era como una caricia, una que había extrañado aunque no quisiera reconocerlo. Era una comunicación tan íntima que le provocaba pequeños escalofríos de placer.

—Te estás comportando como un crío —resopló. Se quedó quieta en el lugar que ocupaba y le tendió el brazo con la palma hacia arriba—. Devuélveme mi lápiz.

«Ven a buscarlo».

Esto era absurdo.

—Vale, pues quédate con él —le soltó y giró sobre sus pies para volver al banco donde había dejado sus cosas—. Tengo más.

Un borrón blanco la adelantó por la derecha y vio, entre incrédula y asombrada, como dejaba el puñetero lápiz y se llevaba su cuaderno entre las fauces.

—¡Deja ahora mismo ese cuaderno en su sitio, Zackary Green! —gritó acelerando el paso. Iba a despellejarlo. Como le hiciese un solo agujero al cuaderno con esos dientes, lo dejaría calvo.

«Ven a por él».

El lobo la miró ufano. Sus ojos dorados transmitían pura diversión. El hijo de puta se lo estaba pasando muy bien

provocándola y, por Dios, que le daba resultado.

—*Zack*, si ese cuaderno sufre algún daño, lobo o humano, ¡te castro!

Su gruñido ya no fue juguetón, sino una peligrosa advertencia.

«De eso nada». Escuchó su indignación. *«¿Qué sería entonces de nuestra descendencia? No puedo permitírtelo».*

—Pues devuélveme el jodido cuaderno.

«Tendrás que venir a cogerlo». Le soltó en tono cantarín. *«Venga. Mueve el culo. Si me atrapas, te lo doy».*

Y solo para provocarla, pues no encontraba otra explicación, empezó a trotar de un lado a otro, con la cabeza alta, como si se contonease con su trofeo.

«Mira que si se reseca la boca, lo dejo caer al lago».

—¡Por encima de mi cadáver, capullo!

Salió disparada detrás de él solo para que el desgraciado empezase a hacer requiebros, esperando a que estuviese lo bastante cerca para darle esquinazo. La hizo correr detrás del lobo y, antes de darse cuenta, pasó de amenazar a sus ancestros a reír entre resuellos.

Mierda. ¿Cuándo fue la última vez que se permitió jugar de esa manera? Porque eso era lo que estaban haciendo, *jugar*.

—Tú ganas, lobo —le dijo después de un buen rato, dejándose caer sobre el mullido suelo—. Mi forma física es una mierda. No puedo ni con mi aliento.

«Tienes que venir a correr conmigo por las mañanas». Lo escuchó mientras trotaba hasta ella y dejaba el cuaderno con delicadeza a su lado. *«Te pondré en forma en un periquete».*

Lo miró con los ojos entrecerrados mientras se dejaba caer delante de ella.

—¿Tú me has visto a mí con ganas de presentarme a una maratón o algo? —chasqueó y sacudió la cabeza mientras recuperaba el cuaderno y comprobaba que no había sufrido daños—. Ni hablar.

«No te voy a hacer correr toda la montaña».

—Oh, gracias por tal consideración, *señor Lobo* —rezongó mirándolo de soslayo—. Tienes suerte de que el cuaderno esté

intacto.

«Nunca dañaría algo que es importante para ti».

Sus palabras eran sinceras. Ese hombre nunca le había mentido. Sí, había ocultado cosas, pero no le había mentido ni una sola vez.

—Sé que no —admitió en un susurro, pero a juzgar por la manera en que movió las orejas y levantó la cabeza, estaba claro que la escuchó.

«Te echo de menos». Le dijo. *«¿Puedes rascarme detrás de las orejas?».*

—¿Quieres decirme qué tiene que ver el que me eches de menos con que te rasque detrás de las orejas?

«Nada. Es solo que quiero que me rasques».

—Pero qué morro tienes.

«Tú también quieres rascarme».

—Sí, no tengo mayor deseo en mi vida que rascarle las orejas a un perro.

«Soy un lobo».

—Eres un *chucho*.

«Me ofendes. Ofendes a mi raza. Ofendes a los lobos que pasean por la montaña. Ofendes a mis antepasados. Ofendes…».

—Vale. Ya lo entendí. Cállate de una vez —resopló y estiró la mano para acariciarle detrás de una de las peludas orejas. Sentir su pelo, la calidez que lo envolvía fue como un bálsamo. Hacía tanto tiempo que se negaba a ese contacto que fue como reconectar con algo muy profundo en su interior—. Eres un chantajista, que lo sepas.

«No te he chantajeado». Su voz se hizo más ronca en su mente, más sensual.

—Esto te gusta, ¿eh?

«Y a ti también». Su afirmación no dejaba réplica alguna. *«Un poquito más abajo. Oh, sí. Justo ahí».*

Ladeó la cabeza de tal manera que prácticamente acabó con ella sobre su regazo. Siguió rascándole el punto que le pedía y resbaló la otra mano por el espeso pelo de su lomo.

—Es tan suave… —murmuró.

«Túmbate a mi lado, si quieres».

—Me gustas en esta forma, peluche, pero no voy a abrazarte —declaró con total convencimiento, entonces añadió—. Sería raro.

«Raro, ¿por qué? Sigo siendo yo».

—Eres un lobo de casi dos metros y… ¿Cuánto? ¿Ciento cincuenta kilos de peso?

«¿Me estás llamando gordo?».

—Vete a la mierda, Zack.

Él se rio en su mente y añadió:

«Míralo de esta manera. Sería mucho más raro que te viesen abrazando al dueño del complejo, aquí, tirada en el césped». Dicho lo cual, empezó a arrastrarse sobre ella, empujándola hasta que prácticamente se le subió encima. *«Venga. Abrázame. Dame mimitos».*

—Esto no puede estar pasando… —jadeó, antes de echarse a reír—. Me aplastas… Dios, como pesas.

«No seas ridícula. Estoy en mi peso ideal».

Ada rompió a reír a carcajadas. No podía detenerse. Era lo más absurdo que había escuchado en su vida, lo cual, unido a lo que estaba sucediéndole ahora mismo, la convertía en la reina de lo extraño.

—¿Tu peso ideal? ¡Y una polla!

«Espero que estés pensando en la mía».

—Oh, por Dios. Para ya, Zackary. En serio. —Estaba llorando de la risa, le caían los lagrimones por la cara y era el pelo de ese enorme lobo el que se los secaba—. Tú ganas. Te abrazo. Pero no me aplastes.

«¡Gané!». Era la primera vez que veía a un lobo sonreír y es que solo podía interpretar de esa manera la forma en la que mostraba sus fauces al tiempo que agitaba la cola. *«Mimitos para mí».*

Y así fue como terminaron los dos en el suelo, Ada con las manos hundidas en ese denso pelaje blanco jaspeado y el lobo que la acompañaba con cara de estar en completo éxtasis. Por primera vez en una semana se sentía tranquila, sin ese nerviosismo

corriendo por sus venas, haciéndola mirar a su alrededor, buscando algo o a alguien…

Buscándole a él.

Hundió la cara en el pelo de su cuello. Le gustaba el tacto sobre ella, aunque le producía cosquillas. Olía a bosque y a algo más, pero era un aroma picante y agradable, no de perro mojado. Sonrió al pensar en eso, en lo fácil que se ofendía este lobito.

—¿Zack?

«¿Sí?».

—¿Podrías volver a ser tú ahora? —preguntó en voz baja—. Tu *otro* tú.

«Cierra los ojos».

—¿Por qué?

«No quiero que te asustes».

Ada sacudió la cabeza y habló con total sinceridad.

—Si tengo que acostumbrarme a… *esto*, será mejor que lo haga desde ya —replicó. Deslizó las manos sobre el pelo del lobo una vez más y se echó hacia atrás, dejándole sitio para moverse o incorporarse si es lo que necesitaba—. Venga. Hazlo. Necesitamos… hablar de algunas cosas.

Esta vez, dado lo cerca que estaba de él, sintió una especie de chisporroteo eléctrico emanando de esa *«desmaterialización».* No pudo evitar contener la respiración, pues no todos los días veías algo como esto. La figura lupina se desdibujó envuelta por esa neblina, se alargó, cambiando de forma para adquirir ahora la efigie humana. A sus ojos parecía que todo pasaba con lentitud, pero el proceso apenas duraba un parpadeo. En un momento estaba el lobo y al siguiente, eran los ojos de Zack los que la miraban tumbado en el suelo, tan relajado como si se hubiese pasado la mañana haraganeando allí mismo.

—Hablemos de esas cosas —fueron las primeras palabras que salieron de la boca masculina.

Asintió, pero en vez de iniciar la conversación, se inclinó sobre él, le acarició la barbuda mejilla y buscó su boca para darle un suave beso.

—Ayúdame a entender todo esto, porque yo ya no sé qué más hacer para comprenderlo —susurró buscando ahora su mirada—. Me siento perdida, Zackary, muy perdida.

—En ese caso deja que yo sea tu brújula —pidió hundiéndole los dedos en el pelo, enredándolos en los rizos—. Déjame estar a tu lado, Ada. Sé que todo esto tiene que ser muy difícil para ti, pero si estamos juntos, las cosas cambiarán. Permíteme intentarlo, al menos.

—No me ocultes nada —pidió en un susurro—. Si tienes que enseñarme algo más, que sea ahora. No quiero pasarme la vida alerta.

—Ya conoces a mi lobo, has visto como adquiero su naturaleza o vuelvo a la mía —aseguró mirándola a los ojos—. En mi encarnación humana poseo unos sentidos más desarrollados que la media. Tengo muy buen oído, un fantástico olfato… —Hundió la nariz en su pelo y aspiró—. Dios, echaba tanto de menos tu olor.

—Zack. Céntrate.

—*Um*… ¿Qué más? —murmuró y añadió—. Como compañeros, podemos comunicarnos mentalmente, lo que me permite hablarte en forma de lobo. Creo que tú también podrías hablarme de la misma manera, pero es algo que tendremos que experimentar.

—¿Te refieres a hablarte dentro de la cabeza?

Afirmó.

—Es un medio de comunicación que solo se da entre miembros de mi raza cuando estamos en forma lupina. También funciona cuando tienes la misma línea de sangre: entre padres e hijos, entre hermanos… Y cuando forjas un vínculo profundo con alguien, como puede ser el nuestro de pareja, el de un alfa con su clan o el que forja nuestro lobo con algún otro —resumió. Su voz cambió en ese último apunte y algo pasó por su mirada—. Este último tipo de vínculo es fuerte, casi tanto como el que tú y yo tenemos, pero de naturaleza distinta.

—¿Cómo de distinta? —preguntó curiosa.

—Ya te hablé de ello. Los lobos solo tenemos una compañera o compañero predestinado —parecía necesitar dejar claro ese punto—, pero no siempre lo encontramos. Hay parejas que nunca se

encuentran. Algunos prefieren quedarse solos, otros deciden formar una familia, como lo haríais vosotros los humanos. Eliges a alguien porque te gusta, porque te hace sentir bien, con quien sabes que puedes contar… A veces ni siquiera tiene que haber algo romántico, solo te importa esa persona y quieres lo mejor para ella y su bienestar.

Ada ladeó la cabeza y examinó ese atractivo rostro.

—¿Quién es? —Era curioso como podían despertar los celos cuando ni siquiera eras consciente de tenerlos. Como un solo comentario podía hacer que te dieses cuenta de que la otra persona te importaba lo bastante como para ponerte celosa—. La persona a la que ha elegido tu lobo.

No lo negó, lo que la alivió, pues necesitaba toda la transparencia que pudiese obtener para entender realmente en qué se había metido sin ser consciente de ello.

—Le conociste a tu llegada. —Zack se estaba abriendo a ella, estaba siendo completamente sincero, sin ocultarle nada—. Daniel es mi hermano, mi mejor amigo y en cierto modo, mi confidente. Puede ser un poco-demasiado intenso, de ahí que esté pasando estos días lejos de aquí.

—¿Y eso por qué? —Cualquiera pensaría que con la que les había caído encima, el lobo querría contar con apoyo.

—Cuando nos emparejamos, los lobos somos muy territoriales. No nos gusta que haya ningún macho soltero alrededor de nuestras compañeras. —Y ahí estaba la explicación—. Es algo implícito en nuestra naturaleza, que se magnifica con la aparición del vínculo de emparejamiento. Como todo lo que tiene que ver con este, se va haciendo más llevadero con el paso del tiempo, a medida que se asienta. Le pedí que se fuera unos días para evitar una situación comprometida.

—Pero Ian sigue trabajando aquí.

Hizo una mueca y masculló.

—A él no quería arrancarle la cabeza cuando lo vi cerca de ti.

Bueno. Si eso no era sinceridad, no sabía que podía serlo.

—¿Y solo pasa con los lobos o también con los humanos? Lo de… querer arrancarles la cabeza.

—Con cualquier individuo del sexo masculino que meta las narices donde nadie le llama —sentenció incorporándose ahora hasta terminar sentado—. He hablado con mi hermano, Nickolas. Le he pedido que venga con Helena.

La mención de la compañera de su hermano la hizo suspirar.

—Necesitas poder hablar con alguien que sepa por lo que estás pasando o que al menos haya estado antes en tu piel, Ada —añadió con voz suave, casi como si esperase que ella le quisiera arrancar la cabeza—. Lena es humana. Es una mujer muy agradable, no te hará sentir extraña.

—¿Y cuándo se supone que van a venir?

—En unos días. Nick me avisará antes.

El silencio cayó entonces entre ellos. Se mantuvieron unos instantes así, como si ninguno supiese qué más decir. El cielo decidió hablar por ellos enviando las primeras gotas de lluvia, así que recogieron rápidamente las cosas de ella y se dirigieron hacia la entrada independiente de la cabaña principal.

—¿Quieres que suba?

La pregunta la cogió por sorpresa. Había empezado a subir las escaleras y ni siquiera se había dado cuenta de que Zack seguía al pie de estas.

—Es tu casa, Zackary, no podría impedírtelo.

Él negó con la cabeza y subió un par de escalones.

—No me refiero a eso, Ada —admitió sincero, sus ojos azules reflejaban la profundidad de su deseo—. Y lo sabes.

Sí. Por supuesto que lo sabía. Había estado esquivando esa intimidad desde la noche en que se quedó dormida en la terraza, acurrucada en su regazo. Entonces le había pedido que se limitase a abrazarla, porque no podía enfrentarse a la atracción existente entre ambos. Habían pasado cada una de las últimas noches separados, ella había impuesto esa distancia, por lo que su pregunta era más que válida.

Bajó un único escalón. Desde allí quedaba a su misma altura. Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios.

—Yo también te he echado de menos —acabó confesando en un susurro—. Siento no ser… la mejor de las compañeras, pero no

sé… No sé cómo serlo.

—Mi pequeña novia. —Le cogió el rostro entre las manos—. Solo tienes que ser tú. No tienes que hacer nada más.

Su boca fue la que cayó esta vez sobre la suya. El beso empezó lento, tentador, un juego de seducción que la hizo subir las escaleras de espaldas entre risas y promesas de lo más lascivas. Ni siquiera estaba segura de quién fue el que abrió la puerta, pero cuando al fin la traspasaron, el beso ya se había convertido en el apasionado prolegómeno de su próximo encuentro.

CAPÍTULO 16

Había algo precioso en tener a su mujer completamente desnuda y tendida sobre el cobertor de su cama. La ropa de ambos había volado de manera frenética desde que atravesaron la puerta. No sabría decir dónde había acabado cada prenda, pero tampoco le importaba.

—Si no soy el lobo más afortunado de la tierra en estos momentos, no sé quién puede serlo.

Ella sonrió. Una sonrisa suave, invitante y algo tímida. Era fascinante ver como su rostro se transformaba cuando estaban en la intimidad, como toda esa fortaleza que esgrimía frente al mundo se diluía un poco cuando todo lo que tenía para escudarse era su propia piel. Ada era una criatura frágil que se había visto obligada a fortalecerse ante otros, había aprendido a vestirse con una coraza, pero aquí, en el dormitorio y con él, aparecía su verdadera compañera.

—Te miro y me quedo sin palabras —admitió en voz alta—. Deseo poseerte como un loco y, al mismo tiempo, quiero abrazarte para que nadie más te haga daño. Esto es lo que despiertas en mí, lo que solo tú, compañera mía, despiertas en este lobo.

La acechó como lo que era, una bestia en cuerpo humano, un humano con corazón de bestia. Trepó sobre ese voluptuoso cuerpo, encontrándose con unos brazos cariñosos y unas manos dulces que no dudaron en atraerle hacia ella.

—Sé que no lo entenderás, porque ni yo mismo lo entiendo, pero creo que ya te quiero —murmuró bajando sobre su boca—. No solo porque estás destinada a mí, sino porque me gusta la mujer

que se ha cruzado en mi camino. Me gusta lo poco que sé de ti hasta ahora y quiero continuar averiguando qué más cosas van a gustarme de ti.

—Para quedarte sin palabras, tienes un piquito de oro, lobo —le dijo ella mirándole a los ojos—. Yo no soy de las que se enamora, Zackary. De hecho, creo que nunca me he enamorado en toda mi vida, pero te confieso que lo que has despertado en mí no se parece a nada que haya experimentado antes. Quién sabe, lobito, quizá te estés convirtiendo en mi primer amor.

—Y el único, *lobita*. Quiero ser el primero y el único —aseguró con un bajo gruñido.

—Ese sonido… Me gusta —murmuró en respuesta—. Es… muy tú.

—¿Muy yo? —sonrió divertido.

—Sí. Ya sabes. *Todo*… tú.

—Todo yo. Sí. Sin duda.

—No te burles… —protestó, sus mejillas ganando cada vez más color.

—Nunca me burlaría de ti, aunque he de reconocer que me gusta tu forma de *«verme»* —afirmó bajando sobre sus labios—. Veamos si te gusta también mi forma de… saborearte.

Se apropió de sus labios y disfrutó del sabor de su boca, de su lengua enredándose en la suya. Se tomó su tiempo en saborearla, en disfrutar de esa dulzura mientras la recorría con las manos, recordando vívidamente cada curva de su cuerpo, la textura de su piel y la manera tan perfecta en la que sus pechos encajaban en sus manos.

Esta vez, su lado lupino le acompañaba, como una sombra bajo su piel, experimentando lo que experimentaba su lado humano. No necesitaba el control, no lo deseaba. Esta hembra ya era suya y se contentaba con disfrutar de su placer. Eso le permitió a Zack tomarse su tiempo para saborearla a placer. Bañó su piel con la lengua, la dibujó como si ella fuese uno de los lienzos en blanco sobre los que pintaba. Se dio un festín con sus pechos, demorándose en ellos y haciéndola gemir de placer. Le encantaban sus pezones contra la lengua casi tanto como los ruiditos que salían

de la garganta femenina cuando los succionaba. Su pequeña novia era una criatura muy sensual, se entregaba de buena gana y gozaba de todo lo que quería darle.

—Oh, pequeña, soy un lobo hambriento cuando se trata de ti… —Gruñó al posicionarse entre la uve de sus piernas. Aspiró su aroma almizclado, no había un perfume que se le igualara ni que lo hiciese salivar de semejante manera. Se moría por probarla, por saborearla como ya había hecho una vez—. Deliciosa.

—Por Dios… —jadeó con el primer lametón—. Zackary…

Sonrió contra su sexo y volvió a deslizar la lengua con lentitud, recreándose en cada pequeño pliegue, saboreando su néctar.

—Creo que voy a pasarme un ratito aquí abajo, querida —le informó travieso—. Acabo de darme cuenta de que hoy no he comido.

—No me vengas con… ¡Oh, joder!

Zack se rio y se dio el lujo de disfrutar de semejante manjar durante un buen rato. Los gemidos y chillidos de Ada se convirtieron en su banda sonora preferida. Se retorció bajo él, contra su boca, gimoteó e incluso lo amenazó creativamente, pero ella era su hembra y estaba a su merced, así que no la dejó hasta estar plenamente satisfecho.

—Zackary, te lo ruego… —gimoteaba, aferrando el cobertor en puñados—. Deja que me corra.

—Todavía no —se rio, sabedor de que la estaba torturando, pero sin causarle daño alguno. Nunca la lastimaría, ni en la cama ni fuera de ella.

Se permitió lamerla unas cuantas veces más, succionándola, jugando con ese húmedo coño hasta que él mismo necesitó parar para prestar atención a su propio sexo. Estaba duro e hinchado, deseoso de hundirse en ella y montarla a placer, pero antes tenía que asegurarse de que la dulce tortura a la que la había estado sometiendo acabase en premio.

Solo necesitó estimularle el clítoris para darle lo que deseaba. Su grito fue como música celestial para sus oídos. El saberse el artífice de su satisfacción era algo que lo llenaba de un modo primitivo y satisfacía su lado lupino.

A pesar de su estado de excitación, se tomó su tiempo para disfrutar de su obra. Había algo asombroso en ver el placer de su mujer y como se relajaba, todavía jadeante sobre la cama. Tenía los labios hinchados por sus besos, los pechos desnudos coronados por los enrojecidos pezones que se alzaban y bajaban al compás de la acelerada respiración. Era preciosa, tanto que necesitó besarla en la boca para asegurarse de que no estaba teniendo alucinaciones y ella era suya.

—Tú… quieres… matarme… —jadeó ella, lamiéndose los labios después de su beso. Los ojos le brillaban con un desnudo y lujurioso deseo—. Lobo malo.

Se rio entre dientes.

—Tú eres la que está matando a tu lobo malo, dulzura —aseguró y le rozó la cadera con su erección, un gesto que lo sacudió de la cabeza a los pies—. Mira cómo me tienes, compañera.

—Oh… Ah… —Sus mejillas se oscurecieron un poco más y añadió en un susurro—. Me gusta tenerte así, la verdad.

Volvió a reírse, esta vez a carcajadas.

—Ada, ten un poco de piedad.

Ella le devolvió la sonrisa e hizo lo último que podía imaginarse en ese momento. Intercambió posiciones, empujándole de espaldas sobre el colchón. Su pequeña compañera se deslizó sobre su cuerpo, hasta recalar entre sus piernas.

—¿Piedad? ¿Qué es eso?

Dios. Verla abrir la boca y meterse la punta de su polla dentro fue algo para lo que no estaba preparado. Cristo. Esa mujer iba a acabar con él. No es que nunca antes le hubiesen hecho una mamada, pero ninguna de las mujeres que había estado antes de rodillas ante su sexo podía compararse con la visión de su novia de otoño alrededor de su polla.

El primer lametón de esa traviesa lengua le produjo una descarga que le apretó los testículos. Se sostuvo sobre los antebrazos a fuerza de voluntad, pues no quería perderse un solo segundo de esa preciosa cabecita de rizos trabajando sobre su hinchado sexo. Quería pedirle que se apartase el pelo de la cara para poder verla mejor y, no sabía si acabó diciéndolo en voz alta o

fue fruto de la casualidad, pero ella se lo apartó. Le dedicó una mirada traviesa por encima de su cuerpo, incluso le guiñó el ojo antes de tragárselo. Y, por Dios, qué imagen. Se quedaría para siempre grabada en su memoria.

Esa muñequita tenía una boca prodigiosa. Lo chupó como un jodido caramelo, succionándolo con sus labios mientras se ayudaba de la mano para masturbarlo y aumentar más y más su placer. Era buena, jodidamente buena, y así se lo hizo saber.

—Dios, pequeña. Tu boca es el puto paraíso.

Se rio en torno a él y notó la vibración de su garganta. Un estímulo más a su ya sobreexcitado sexo. Iba a correrse, era cuestión de segundos y la idea de derramarse completamente dentro de ella lo lanzó al borde. Eyaculó, no podía contenerse más. Sentir como tragaba, bebiéndoselo por completo, tirando de su polla como si quisiera dejarlo seco, acabó con todo el control que tenía.

—Cristo, Ada —jadeó dejándose ir por completo, disfrutando de los últimos coletazos de su orgasmo en la boca de esa pequeña loba.

Cuando quedó satisfecha, su pequeña novia lo dejó ir y trepó sobre él, cubriéndolo como una manta. Tomó su lengua cuando ella lo besó, saboreándose a sí mismo en ella.

—¿Te gustó? —Un murmullo tímido, cauteloso. ¿Lo decía en serio?

Se esforzó por levantar la cabeza y mirarla.

—¿Gustarme? Amor, puedes follarme con tu boca siempre que quieras.

Los ojos marrones brillaron ante su respuesta y una pequeña sonrisa le curvó los labios.

—Guay.

Ahora fue él quien se tuvo que reír. Sus respuestas eran siempre tan inesperadas como sinceras.

—Eres la horma de mi zapato, niña.

—Solo intento estar a la altura, lobo, solo intento estarlo —respondió buscando de nuevo su boca. No cabía duda de que le gustaban sus besos y, por Dios, que a él también los de ella.

—Ya lo estás, cariño —aseguró contra su boca mientras deslizaba las manos sobre su cuerpo, y hundía los dedos entre sus nalgas, alcanzando su sexo desde atrás. El que fuese pequeña tenía sus ventajas.

—Zackary… —jadeó ella al notar sus dedos en su sexo.

—Me gusta tu culo.

—¿Un fetiche lupino?

—Un fetiche propio que descubrí al mirártelo —confesó introduciendo medio dedo en su coño—. Me imaginé a mí mismo follándote desde atrás.

—*Um* —ronroneó, moviendo el trasero para empalarse más en su dedo.

—Tú, sobre manos y rodillas. Y yo hundido profundamente en este delicioso coñito —añadió con voz ronca. Se le hacía la boca agua de solo pensarlo—. Tus pechos bamboleándose al compás de mis embestidas, los pezones rozándose contra las sábanas…

—Joder, no sigas… —jadeó ella y él se detuvo en el acto.

—¿Quieres que pare?

—¡No! —Gritó, lo que lo hizo reír—. No pares. Mejor aún. Solo haz realidad lo que estabas diciendo.

—¿Estás segura? —Buscó su rostro.

—¿Si estoy segura de que quiero que me folles como quieres hacerlo? Dios, sí —afirmó y sus ojos brillaron de pura lujuria—. No sé por qué demonios me pone tanto que digas esas cosas, pero… Si tú lo quieres, yo lo quiero.

—Eres una cosita generosa, ¿eh? —murmuró y la besó suavemente en los labios—. Y jamás digo que no a un regalo semejante.

No necesitó darle instrucciones. Su novia parecía estar en su mente, leyéndole el pensamiento, lo cual resultaba inquietante y también muy erótico. Tenerla sobre manos y rodillas, con toda esa suave espalda hacia él, el pequeño y respingón trasero meneándose invitante… Dios, era más de lo que podía soñar. La parte lupina en él se hizo aún más presente. A su lobo le encantaba esa posición por lo primitiva que resultaba. Ada era puro erotismo, su mirada lasciva, su pelo rizo alborotado, cayendo sobre sus hombros. Zack estuvo

completamente erecto en un momento, tan duro como antes de que esa mujercita lo hubiese vaciado en su boca.

—¿Necesitas una invitación, *señor Lobo*?

—Ni una sola, *Caperucita* —replicó posicionándose detrás de ella. La penetró con cuidado, deslizándose en su interior. Estaba tan mojada y caliente, deliciosamente apretada—. Soy lobo muerto. En serio. Me vas a matar de placer.

—Es una buena forma de morir un poquito —ronroneó ella empujando hacia atrás, lo que hizo que se empalase aún más. Ambos gimieron al unísono—. Dios, Zack. Dime que no es posible que hayas crecido de repente.

Se rio entre dientes.

—No, amor. En eso sigo siendo completamente humano.

—Los humanos no la tienen tan grande.

No pudo evitar reírse, sobre todo porque sabía que Ada acababa de dejar salir un pensamiento íntimo en voz alta.

—Gracias por alimentar mi ego, compañera —declaró y resbaló las manos sobre su espalda, deteniéndose sobre sus hombros. Se dobló sobre ella para poder alcanzar su oído—. Si es demasiado para ti, dímelo y me detendré.

—Solo fóllame. Hazme tuya, lobo —le respondió volviendo la cabeza hacia él. La besó. Un beso suave, lleno de ternura y quizá incluso amor. No sabía por qué, pero cada vez estaba más convencido de que amarla sería muy, muy fácil.

—Será un placer, lobita.

Le acarició el centro de la espalda con un dedo haciéndola estremecer. Sus paredes lo apretaron, aumentando su propio placer. Resbaló fuera de ella con lentitud, disfrutando de cada sensación y, cuando ya solo quedaba la punta en su sexo, empujó de nuevo. Empezó con un movimiento lento, pausado, un enloquecedor vaivén que lo puso al borde. Quería ser suave, amarla con tranquilidad, con dulzura, pero esa parte salvaje de su naturaleza pedía más. Exigía que reclamase a su hembra, que la marcase como suya cada vez que la tomaba y pronto esa necesidad se hizo propia.

Se entregó a la lujuria. Su deseo acicateó el de su compañera, convirtiéndolos a ambos en dos seres codiciosos que necesitaban

más el uno del otro. La montó como deseaba hacerlo, rápido, fuerte, hundiéndose en ella y extrayendo de su garganta pequeños gemidos de puro placer. Se apropió de sus pechos, jugó con sus pezones, estimulándola hasta hacerla lloriquear de puro placer. La usó como un lobo usaría a su hembra, la hizo disfrutar como un amante humano haría con su pareja y, cuando ya fue demasiado para soportarlo, ambos se unieron corriéndose al unísono.

CAPÍTULO 17

Horas después…

—¿Quieres más?

Ada sacudió la cabeza y levantó al mismo tiempo las manos formando un aspa.

—Si como un bocado más, bajaré rodando por las escaleras.

Zack sonrió. Estaba radiante. O tan radiante como puede estar un hombre después de haberse dado una ducha y vestirse solo con unos pantalones de chándal.

Habían vuelto a follar en la ducha, justo antes de que pidiese piedad y la sacase, envuelta en un albornoz, y la depositase en el sofá del salón. Se había pasado la media hora siguiente chafardeando en la cocina, lo que dio como resultado una olla de macarrones a la boloñesa de la que se estaba terminando su segundo plato.

No había nada como una buena sesión de sexo como para que se te abriese el apetito y estuvieses tan relajada como después de un día de spa. Una comparación curiosa, sin duda, pero así se sentía Ada ahora. Quizá tuviese también mucho que ver el hecho de que hubiese pasado toda la semana evitando precisamente esto, comiéndose la cabeza intentando encontrar respuestas que no tenía y frustrándose porque el destino la había entregado a un hombre sin tener en cuenta su opinión.

Si bien todas esas preocupaciones no se habían esfumado como por arte de magia, había cambiado la luz bajo la que las miraba y todo gracias al mismo hombre que las había generado para empezar.

Él estaba tan jodido como ella en ese sentido, con la salvedad de que Zack había sabido que esto podía llegar a pasarle y estaba preparado para lidiar con ello. Su pareja, compañero, novio o como quisiera llamarse a sí mismo, estaba dispuesto a darle una oportunidad a esto que tenían, lo que quiera que fuese, y hacerlo junto a ella.

Ada ya no estaba sola. No tenía que enfrentarse a todo este asunto del emparejamiento sola. Él estaba allí para ella, lo estaría a cada paso del camino y, por muy frustrante que le hubiese parecido todo al principio, saber aquello la aliviaba.

Además. No podía negar lo evidente. Zackary Green estaba bueno, era un hombre encantador, un amante de primera y la había tratado con más respeto y ternura que ningún otro ligue en su vida. El hecho de que fuese un lobo era algo a lo que tendría que ir acostumbrándose.

Suponía que si se ponía en plan *«ráscame tras las orejas que quiero mimitos»,* acabaría conquistándola incluso con ese culo peludo.

—¿Más vino? —sugirió llegando con la botella.

—Eso sí. Un poco —señaló su copa sobre la mesa auxiliar—. Gracias.

—Un placer. —Rellenó también su propia copa y la cogió para brindar con ella—. Por nosotros y las segundas oportunidades.

—Por nosotros, las segundas oportunidades y los macarrones a la boloñesa —añadió señalando su plato casi vacío—. No sé cómo se te dará el resto de la cocina, pero la pasta estaba deliciosa.

—Daniel me obligó a aprender a hacerlos. Así como otro par de platos no demasiado complicados —mencionó sentándose ahora a su lado—. Digamos que perdí una apuesta y ese fue mi castigo.

—¿Qué apostaste? —Lo miró curiosa. Su voz parecía cambiar cuando hablaba del hombre al que le había descrito como su hermano lobo.

—Que no aprobaría el examen para entrar en el cuerpo de Policía —respondió y sus labios se curvaron en una sonrisa—. Lo hice solo para que se esforzase más. Estaba dispuesto a tirar la toalla después de haberse pasado mucho tiempo intentándolo.

—Entonces, ¿él es policía?

La miró de soslayo y asintió.

—Sí, pero decidió dejar el cuerpo. Se hizo cazarrecompensas, pero se cansó de tener que lidiar con imbéciles, palabras suyas, no mías, y lo dejó también poco después de mi accidente. En cuanto le dije que iba a comprar este lugar y levantar mi propio hospedaje rural, decidió que se venía conmigo. Y, de momento, parece que sigue en el barco y no va a dejarlo.

—¿Eso quiere decir que no le arrancarás la cabeza? —preguntó inocente. La mirada azul cayó sobre ella y sus labios se curvaron un poco.

—Cuando le conozcas debidamente, tú misma querrás arrancársela de vez en cuando, créeme. —Ladeó la cabeza y la apoyó contra el respaldo—. Él es importante para mí. No como tú, pero… Es parte de mí y de mi lobo.

No podía decir que sus palabras la sorprendiesen. Cada vez que hablaba de ese lobo, su voz cambiaba, su rostro adquiría nostalgia o cierta preocupación. Se lamió los labios y preguntó con suavidad.

—¿Él es… o era tu amante?

—No. No lo es ni lo fue nunca. —Y ahí estaba de nuevo su sinceridad—. No llegamos tan lejos, aunque… ambos llegamos a pensar en algún momento que podríamos ser la pareja del otro.

—¿Sí?

Asintió y se pasó la mano por el pelo.

—Nosotros somos muy parecidos, nuestros lobos se complementan, pero no así nuestra parte humana. —Dejó escapar un resoplido—. Es complicado. Dan es mi mejor amigo y le quiero, pero… no le quiero de esa manera. No de una manera romántica. —Se volvió hacia ella y la miró como si le estuviese pidiendo que lo entendiese—. Tú eres mi única compañera. Lo que siento por ti no lo he sentido jamás por nadie. Eres tú y solo tú. Siempre será así. Pero Daniel… A él también lo necesito en mi vida.

—Bueno, mientras no me pidas que hagamos un trío, a mí me vale.

—Por encima de mi cadáver. —La respuesta fue tan gutural y fiera que la hizo respingar en el salón.

—Zackary, estaba bromeando.

Él masculló algo y se puso en pie de un salto.

—Lo siento. Es que… Tú eres mía. No quiero que otro hombre te toque. No de esa manera.

—Acabas de ganarte un minipunto, que lo sepas. —Como siempre, dijo lo primero que le vino a la cabeza, pero al menos sirvió para calmar los ánimos—. No me gusta la idea de que nadie que no seas tú me toque.

Y esa era una verdad cada vez más presente para ella.

—Perdóname. No pretendía perturbarte.

Sacudió la cabeza.

—No me has perturbado, lobo. —Empezaba a acostumbrarse a llamarle así—. Y te agradezco que hayas sido sincero conmigo con respecto a tu amigo Daniel. Si él es importante para ti, haz todo lo que puedas para conservarlo. No dejes que nadie te lo quite.

—A ti tampoco te vas a apartar de mí. De eso tenlo por seguro —le dijo él. Zack era lo bastante perspicaz como para leer entre líneas—. Eres lo primero en mi vida, Ada Jordan. Y siempre lo serás.

—Vale. Te creo.

Zack puso los ojos en blanco, pero esa pequeña broma aligeró del todo el momento entre ambos.

—Entonces, ¿ya hay fecha para la lectura del testamento? ¿Te han llamado?

Agradeció el cambio de tema y asintió.

—Recibí la llamada del abogado hace… ¿Dos días? —Empezaba a perder la noción del tiempo—. La lectura será el próximo lunes. A las diez de la mañana. Le he confirmado que mi asistencia será mediante una videollamada y está conforme. Tampoco es que me necesite para la lectura, pero la viuda de mi padre se las ha ingeniado para seguir adelante con el paripé, así que… Supongo que aguantaré el trago y colgaré cuando empiece a despotricar.

—El lunes tengo que ir a Marion por la mañana —gruñó su inconformidad—. Van a llegar unos materiales para las nuevas cabañas y tengo que ir a verlos en persona.

—No te preocupes. No va a atacarme a través de la pantalla. Sería digno de verla intentarlo.

—No quiero que enfrentes esto tú sola —sentenció. Acto seguido, añadió—. Puedes atender esa videollamada desde cualquier lugar, ¿verdad?

—*Er*… ¿Sí?

—Pues te vienes conmigo a Marion.

—¿Disculpa?

—No vas a quedarte aquí sola mientras estoy fuera y lidiar además con esa perra —zanjó—. No quiero que vuelvas a pasar por la misma montaña rusa que has atravesado esta semana, Ada. Si vamos a darnos una oportunidad, hagamos las cosas bien.

Asintió. No estaba diciendo nada incoherente, más bien todo lo contrario.

—De acuerdo. Iré contigo a Marion. Así aprovecharé para comprarme champú. —Hizo una mueca al pensar en lo que había gastado esta última semana en duchas.

—Compra lo que necesites. Y si hay algo que no encuentras, dímelo. Podemos encargarlo en Melia´s House.

—Solo voy a necesitar champú. Y puede que gel. Aunque no me importa usar el tuyo —mencionó, olisqueándose a sí misma—. Huele bien.

—Tú sí que hueles bien —declaró recorriéndola con la mirada —. Y me gusta que huelas a mi gel de ducha. En realidad, me gusta que huelas a mí.

—No me había dado ni cuenta —replicó con fingida inocencia.

Zack sonrió de esa forma que prometía todo tipo de eróticas respuestas. No había dado ni dos pasos hacia ella cuando empezó a sonar un teléfono.

—Te llaman —canturreó ella, pues no era la melodía de su teléfono.

Su compañero giró sobre sus pies y buscó el aparato, guiándose por el oído. La particular melodía debió alertarle, porque su expresión cambió, dejando el erótico juego que se traían entre manos para otro momento.

—Es Daniel. —Oyó que le decía desde la cocina. Ada se arrebujó en el sofá y recuperó su copa de vino, dispuesta a disfrutar de los minutos que seguirían para sí sola, pero el lobo volvió al salón con el teléfono—. Atenderé la llamada en la terraza.

—Tómate tu tiempo, Zackary. Todo está bien —le aseguró—. Ponte al día con tu amigo y tráelo de vuelta cuando creas conveniente.

—Hace mucho tiempo que no coge vacaciones. Démosle una semana más… —le dijo al tiempo que se dirigía a la puerta corredera que daba paso a la terraza y lo oía farfullar—. O todo el mes. Dime, Dan. ¿Qué has hecho?

Ada sonrió ante la última frase de Zack y sorbió su vino. Sería interesante llegar a conocer mejor a Daniel. Tenía que ser alguien realmente especial para que el lobo lo protegiese de la manera en que lo había hecho incluso con sus palabras. Cuando mencionó la relación existente entre ambos, lo hizo con mucha sutileza, protegiéndole en todo momento, prefiriendo cargar él con cualquier prejuicio que ella pudiese tener al respecto antes de ponerlo sobre el otro hombre.

Tenía que admitir que no conocía ese tipo de lealtad, nunca la había vivido, pero no era una persona prejuiciosa. No tenía nada que reprocharle a Zackary, lo que quiera que hubiese existido o existiese entre ellos, solo les pertenecía a los dos. Además, él le había dejado claro que la quería para él solo, lo cual había borrado de un plumazo cualquier duda o preocupación futura.

Volvió a pensar en el día en que llegó a Wolf Lake. Él fue quien la recibió y le trajo después a Zack. Le había llamado la atención. Era un tipo atractivo, amable y educado y, ahora que pensaba en ello, tenía que haberse marchado justo después de eso porque no lo había vuelto a ver.

Las puertas de la terraza volvieron a abrirse.

—…espera. No. Ni lo sueñes. Porque no me da la gana. —Zack gruñó, un sonido muy lupino, cerró la puerta tras él y se dirigió a ella con el teléfono en la mano—. Ada, Daniel quiere asegurarse de que estás viva y no has salido corriendo. Por favor, ¿puedes decirle *hola* a ver si así calla la puta boca y me deja en paz?

—No hables de esa manera y menos delante de tu compañera. ¿Dónde están tus modales? —Escuchó a través del altavoz—. Por cierto, ¿hiciste mis macarrones? ¿Le gustaron?

—Sí, los hizo y me han encantado. Gracias por enseñarle a cocinar ese platillo, Daniel —respondió cortando la conversación del otro hombre—. Zackary me ha estado hablando de ti, por cierto. Dice que puedes volver a casa cuando quieras…

—Por encima de mi cadáver —gruñó al mismo tiempo su amante.

La carcajada que emergió del teléfono fue encantadora.

—Me alegra que hayas disfrutado de la cena, querida Ada —escuchó que decía el hombre—. Y gracias por no haber escapado corriendo. Mi muchacho puede ser un poco intenso algunas veces, pero es un buen chico y un lobo excelente. Dale una oportunidad, no te arrepentirás.

Miró al aludido y asintió.

—Estoy en ello… —murmuró en respuesta—. Espero que podamos hablar más cuando regreses. Me gustaría escuchar cosas sobre Zackary.

—Dalo por hecho, hermanita —respondió el otro lobo.

Zack vocalizó un *«gracias»* y quitó el altavoz para llevarse el teléfono al oído.

—¿Satisfecho? —le dijo al auricular. Ada solo escuchó un murmullo en respuesta—. Sí. Lo haré. Lo prometo. En cuanto a eso, ¿no decías que hacía tiempo que no cogías vacaciones? Aprovecha estos días. —Vio a su compañero poner los ojos en blanco y asintió con la cabeza, aun si su interlocutor no podía verle—. Lo raro es que no lo hicieras. Estamos bien, ¿vale? Te veré pronto. Adiós.

Después de colgar, dejó escapar un largo suspiro.

—Lo siento. Estaba preocupado por nosotros. Él… es así.

—Si yo tuviese un hermano o un mejor amigo que se preocupase por mí de esa manera, no lo dejaría ir en un millón de años —aseguró levantando la copa a modo de brindis.

—Bueno, Ada, ahora lo tienes —afirmó con esa naturalidad tan suya—. Dan no llama *«hermanita»* a nadie. Eres la primera.

—Nunca he tenido hermanos…

—Cariño, eso está a punto de cambiar —le aseguró inclinándose sobre ella para besarla en los labios—. Solo espero que puedas conocerlos de uno en uno para que no decidas, ahora sí, salir corriendo.

Ada solo pudo echarse a reír mientras disfrutaba del beso de su lobo.

CAPÍTULO 18

No iba a arreglar el mundo en un solo día, pero al menos habían conseguido dar unos pocos pasos en la dirección correcta. Zack se sentía más él mismo y, sobre todo, más seguro en cada paso que daba. El que Ada estuviese con él era gran parte de ese cambio.

Seguridad. Todo se reducía a eso. Una base sólida sobre la que empezar a construir el futuro. Era consciente de que su compañera todavía tenía dudas, pero le gustaba que las compartiese con él.

Solo habían pasado tres días desde su reconciliación, pero el cambio para ambos era tan palpable que parecía que hubiese pasado mucho más tiempo.

Bajó a la primera planta desde el interior. Ada le esperaba charlando con Courtney. La loba estaba siendo un apoyo inesperado para su compañera. Desde el primer momento se había mostrado afable con la chica, pero en estos últimos días de transición para su chica, se había volcado en ella. Ya fuese porque era hembra o que le importaba una mierda el mutismo de su compañera, había conseguido acercarse cuando él no podía, manteniéndose a su lado, algo por lo que siempre le estaría agradecido.

Era curioso cómo, siendo ambas de la misma edad, la loba actuaba como una madre protectora con su cachorro, algo que le hacía especial gracia a su propio compañero, quien no dejaba de reírse por ello.

—…asegúrate de visitar *Shines*. Está en la calle principal. Tiene de todo.

—Court, eso está al otro lado del pueblo, no en la calle principal —la corregía su marido.

—No. *Shines* está al lado de *Melia´s House*. Es esa tienda de flores con maceteros colgando.

—Esa es *Target*.

—Oh.

—Sí. *Oh.*

Ada se rio por el intercambio y ese sonido fue lo más bonito del día.

—Court, cielo, dile a tu compañero que te lleve a Marion y te lo muestre de nuevo porque no das una.

La aludida le echó la lengua y se volvió a su novia.

—Fúndele la tarjeta. Hazlo por mí.

—Oh, no. No, no, no. —Ada negó rotundamente—. Yo me costeo mis caprichos, gracias. Bastante hacéis todos vosotros ofreciéndome techo y comida.

—Eres nuestra invitada —le recordó Ian.

—Además de mi compañera —añadió él.

—Lo que significa que ahora eres parte de Wolf Lake —remató Courtney con un guiño—. Así que no tienes nada que agradecer. Por el contrario, somos nosotros los que te damos las gracias por permanecer a su lado. Se le ve mucho más feliz desde que estás aquí.

—Court… —carraspeó.

—Es la verdad, amigo mío —afirmó también Ian y añadió—. Me gusta tu novia, Zack. Te ha hecho mucho bien.

—A mí también me gusta —admitió mirándola ahora a ella—. Mucho.

Como era habitual, sus mejillas se sonrojaron, pero esta vez le dedicó una bonita sonrisa.

—¿Lista para irnos?

—Lista —asintió—. Te sigo.

—¿Te llevas la camioneta? —preguntó Ian y, nada más asentir, le lanzó las llaves—. Bien. Pásate entonces por lo de Arthur y tráeme las pinturas que encargué. Voy a empezar con la imprimación de las dos nuevas cabañas. Vete haciéndote a la idea de que hay que ponerse ya con ello.

—Mi actividad favorita, la brocha y el rodillo.

—Y la mía. —Zack usó el mismo tono que la loba.

—Si es con brocha y rodillo, aquí tenéis un par de manos más —anunció Ada levantando la mano—. Me gustaría hacer algo más que estar mano sobre mano.

—¿Te tengo mano sobre mano? —La miró y enarcó una ceja con gesto divertido.

—Últimamente sí.

La pareja que los acompañaba rio con disimulo.

—De acuerdo, lobita, te tomo la palabra.

—*¡Yupi!* —se burló ella.

—Bueno, parece que todavía hay esperanza para vosotros —murmuró Courtney, dándole un empujoncito con la cadera a Ada.

—Estamos en ello —respondió él mirando a su chica.

—Ahí vamos —replicó también ella, devolviéndole el empujoncito a la loba—. Poco a poco.

—Qué monos.

—A mí me vale —declaró Ian—. ¿Cuándo vuelve Dan? Necesitamos más manos.

—La última vez que hablé con él me dijo que aprovecharía la visita de Nickolas y Helena para volver con ellos —le informó—. Están poniendo a punto la estación de esquí para el invierno, así que vendrán el fin de semana.

—¿Te gusta la nieve, Ada?

—Depende. ¿De cuántos metros estamos hablando? ¿De una pala o de un quitanieves? —le miró al preguntar aquello.

—¿Aquí? Con una pala es suficiente en invierno. —Señaló con un gesto hacia el exterior—. El quitanieves se lo dejamos a las vías principales y a Wolf Mountain. Ellos están mucho más altos que nosotros.

—¿Tu hermano también tiene una estación de esquí?

—La adquirió el año pasado y la han estado acondicionando para abrirla este invierno.

—¿Los lobos esquiáis?

—No me veo ni con esquíes ni con raquetas de nieve para las patas. Sería un poco raro —replicó divertido—. Prefiero correr y hundirme en la nieve. Es más divertido.

—Y camuflarse en ella —tosió Ian.

—Ventajas de tener el pelaje blanco. —Se encogió de hombros y la miró—. Si te gusta la nieve, podemos cogernos un fin de semana y hacerles una visita… ¿en diciembre?

—Estamos en septiembre —le recordó ella.

—Lo que nos deja unos tres meses por delante para planificarlo.

Sacudió la cabeza, pero no le dijo que no y eso para él ya era una pequeña victoria.

Sabía que tendrían que hablar en algún momento de cuál sería su futuro juntos. No quería arrancar a Ada de aquello que conocía, pero, en honor a la verdad, él no deseaba abandonar Wolf Lake. Con todo, sabía que haría lo mejor para ella. Su compañera era lo primero y ahora mismo necesitaba tiempo para adaptarse a ser la pareja de un lobo y lo que eso conllevaba.

En estos últimos tres días habían estado hablando de sí mismos, de sus respectivos pasados y también de Corbin. Su novia estaba agradecida por haber tenido este último año para estar con su padre. En cierto modo, la había ayudado a sanar las heridas que su progenitor había dejado en ella sin ser consciente de ello. Su amigo había adorado a su hija y lo sabía, pero tal y como él mismo le había vaticinado, la mujer que había escogido para compartir su vida no era lo que su pareja necesitaba en aquellos momentos. Y, por lo que había escuchado de boca de la pequeña humana, su vaticinio se había cumplido.

Ada estaba ahora en un periodo de transición propio. Acababa de perder la única verdadera conexión que tenía con el pasado y se enfrentaba a un futuro incierto. Tenía que lidiar con el duelo y decidir qué iba a hacer con su vida a partir de ahora, empezando con el tema del testamento, que esperaba poder zanjar hoy mismo.

—Bien. Vámonos —indicó. Miró el reloj y calculó que tendría que atender su cita telefónica en un par de horas. Eso le daría tiempo para hacer sus compras—. Si hay alguna urgencia insalvable, llamadme. Para todo lo demás estáis al mando.

—Aprovechad el día y cambiar de aires —los echó Courtney—. Nosotros cuidaremos el fuerte.

Tras una rápida despedida, fueron al aparcamiento en el que les esperaba la camioneta con el logo del lugar.

—Voy a tener que encender mi coche, no quiero que se muera la batería —mencionó ella señalando el vehículo aparcado al otro lado.

—Sin problema. Podemos sacarlo a la carretera y subir hasta el mirador o incluso visitar la playa al otro lado del lago.

—Hecho —asintió. Se subió a la camioneta y se acomodó—. No veo la hora de acabar con este tema del testamento. Quiero poder dejar de pensar en Beverly y en sus majaderías. Ya es hora de que ella siga su camino y yo el mío. Sin papá… ella ya no significa nada. No es que alguna vez lo haya significado en mi vida, la verdad.

Y eso no hacía más que confirmar lo que le había contado estos días.

—Puedes quedarte en la cabina del coche y atender la videollamada desde aquí. —Señaló el habitáculo—. Tiene una buena insonorización.

—El lugar más indicado —respondió irónica—. La verdad es que será divertido. Me la imagino entrecerrando los ojos y preguntándose dónde estoy.

—Bueno, siempre puedes optar por la calle principal de Marion. Tendrás ruido, gente paseando, repartidores tocando la bocina e incluso podrás parar a picar algo en el proceso.

—No me des ideas, Zackary, no me des ideas.

Se rio por lo bajo.

—Vivo para hacerte la vida más fácil, tesoro.

—Qué mono, *mi lobo.*

Sabía que estaba siendo irónica, pero no pudo evitar sentirse bien al escucharla llamarle de esa manera.

—Lo soy —afirmó cogiéndole la mano y besándole los nudillos —. Tu lobo.

Ada recuperó su mano con lentitud y señaló el salpicadero.

—Céntrate, lobo. Tienes que conducir —le recordó—. Deja la seducción para otro momento.

—Tus deseos son órdenes. —Le guiñó el ojo y encendió el motor. Un momento después, abandonaban el aparcamiento y se

dirigían hacia el núcleo de población más cercano; Marion.

CAPÍTULO 19

Y la videollamada salió tan bien como había esperado que saliese.

No había mejor manera de poner de los nervios a su madrastra que hacer algo que fuese completamente en contra de lo que ella denominaba *«normas sociales».* Después de quejarse audiblemente durante un rato y que el notario de su padre le dijese que ella había solicitado este método de teleasistencia, el cual era perfectamente válido, se había sentado muy recta en la silla del despacho del abogado, entre sus dos vástagos.

Le había sorprendido un poco ver que ella estaba acompañada de sus dos hijos y más aún que sus hermanastros la hubiesen saludado e incluso volviesen a darle el pésame por el fallecimiento de Corbin; ellos jamás lo habían llamado papá. Tras agradecerles el gesto, había dado comienzo la lectura.

Al final había optado por atender la videollamada en la camioneta. Una cosa era su desinterés por Beverly y otra faltarle el respeto a la memoria de su padre. Zack había aparcado en una zona tranquila que le daba toda la privacidad necesaria y le mostró dónde estaría mientras ella atendía sus propios asuntos. El lobo era

consciente de su necesidad de hacer esto por sí misma, pero estaría cerca en caso de que le necesitara.

Al menos, ya no le daban las crisis que había experimentado la semana pasada. Su mente no creaba escenarios apocalípticos, lo que le permitía respirar con normalidad y no sucumbir a la ansiedad de una hipotética separación. Seguía sin gustarle la idea de subirse en su coche y marcharse de Wolf Lake, pero era más bien un pensamiento propio que algo condicionado. En el poco tiempo que llevaba en el complejo rural, había experimentado más cosas de las que lo había hecho en toda su vida, al menos a nivel emocional. Y su creatividad había despegado como un cohete. No podía dejar de dibujar lo que le había venido de maravilla para acabar algunos bocetos e incluso preparar ciertos encargos. De hecho, había empezado una serie de ilustraciones para una historia que tenía en la cabeza.

De algún modo, venir a este lugar estaba suponiendo un antes y un después en su vida. No solo se había permitido iniciar el duelo de la pérdida de su padre, sino también analizarse a sí misma. Puede que conocer a Zack y descubrir lo que era, la forma en la que eso influía en ella, hubiese puesto todo su mundo del revés, pero en medio de toda esa vorágine estaba descubriendo también a la verdadera Ada y debía admitir que le gustaba lo que veía.

Y por si eso fuese poco, estaba dispuesta a arriesgarse y admitir, aun si solo fuese para sí misma, que incluso se estaba enamorando.

¿Cuántas posibilidades había de que eso sucediera? ¿De que llegase aquí buscando cerrar el círculo con su padre y acabase encontrando su propio futuro?

Un lobo. Tenía que haberse cruzado en el camino de un hombre tierno y considerado, con una paciencia infinita y lo bastante sincero como para saber que nunca le mentiría. Alguien que no solo era atractivo y protector, sino que contaba con un lado sobrenatural que la tenía loquita.

Sí. Puede que nunca hubiese creído en el amor a primera vista, que nunca se hubiese enamorado, pero eso era porque no había encontrado al hombre adecuado… hasta ahora.

Se pasó más de una hora en el vehículo. Era una pena que la conexión telefónica fuese tan estable, porque no le importaría haber terminado con aquella reunión por problemas técnicos. Tal y como esperaba, el resultado de la lectura fue el que ella esperaba. Su padre no había cambiado una sola coma de todo lo que le había dicho en vida. A su querida esposa le dejaba un porcentaje del dinero que tenía en el banco, así como las pertenencias que habían adquirido en común durante su matrimonio, pero la vivienda en la que ella había crecido, esa era suya. Su casa de la infancia, el porche donde su madre la había dejado con la esperanza de que su padre le diese el futuro que ella no podía, el rancho por el que había corrido, los árboles a los que había trepado de pequeña… Todo eso era suyo, así como también un buen colchón económico con el que podría hacer mejoras y reparaciones. Su padre había pensado en todo.

Beverly, por supuesto, había tenido cosas que decir al respecto.

¿Dónde iba a vivir si ella se quedaba la casa? ¿Cómo podía su marido haberla dejado en la calle? Y, por supuesto, la culpable de que su padre hubiese escrito ese testamento era Ada. De la consentida y manipuladora Ada Jordan. ¿Por qué tenía que quedarse con el rancho cuando ni siquiera vivía en él? ¿Cuándo había hecho su vida en otro lugar?

En ese momento se preguntó si Beverly realmente había amado a su padre o se había limitado a buscar la comodidad de alguien que la abasteciera y la protegiera del mundo. Que ella supiera, esa mujer no había trabajado en su vida, pero tampoco se había privado de llevar una buena vida, quizás incluso por encima de sus posibilidades.

Fuese como fuese, eso ya no era asunto suyo. Lo hecho, hecho estaba. Tendría que pasar por la oficina del notario a firmar y recoger el título de propiedad. A su madrastra le habían dado treinta días para desocupar la propiedad, pero ella decidió ser generosa y permitirle quedarse hasta final de año. No había prisa en que se mudase, pues Ada no pensaba tomar posesión del rancho por ahora. Había demasiados recuerdos allí y ella necesitaba tiempo para llorar

a su padre, para hacer las paces consigo misma y con él antes de volver a la casa en la que tan feliz había sido de niña.

Quería recuperar esos recuerdos, hacer que valiesen la pena, pero ese momento no era ahora. No, ahora tenía algo más importante a lo que enfrentarse; el comienzo de su futuro.

Cuando al fin pudo colgar la llamada, se sintió realmente liberada. Ya podía cerrar ese capítulo de su vida. Se desperezó, estirando los brazos por encima de su cabeza, aunque el cubículo de la camioneta le impidió hacerlo con cierta libertad.

—Hora de tomar un poco de aire —se dijo. Quitó los seguros y bajó, llevándose consigo la llave del contacto que Zack había dejado para ella.

Ahora sí. Abrió los brazos e hizo unos cuantos estiramientos para desentumecerse. No se había dado cuenta de la ansiedad que había tenido encima hasta que esta desapareció, dejándola completamente agotada.

—Hoy es un buen día para…

Sus palabras quedaron interrumpidas por un petardazo. El sonido reverberó en la zona, pero no venía de allí, sino de alguna de las calles adyacentes. Escuchó una segunda detonación y se agachó por instinto.

—Eso no son petardos —comprendió con repentino horror.

Eran disparos. Esos eran jodidos disparos. Pero ¿quién demonios disparaba en un jodido pueblo?

Cualquiera, se dio cuenta. En este puto país cualquiera podía tener un arma. De hecho, lo raro sería que no fuese así. Su propio padre tenía una escopeta y le había enseñado a disparar, aunque le habría arrancado la piel a tiras si se le hubiese ocurrido utilizarla para algo que no fuese protegerse a sí misma.

No tardó mucho tiempo en escuchar los cláxones de los coches, así como gritos ahogados. El eco traía los sonidos hasta ella, pero no conseguía discernir qué demonios decían. El instinto le decía que volviese a la camioneta, se encerrase en la cabina y se agachase, pero su mente, esa que últimamente tenía vía libre para elucubrar todo tipo de situaciones catastróficas, la arrastró hacia el otro lado de la calle.

¿Dónde estaba Zack? ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si le habían disparado? ¿Y si estaba muerto?

—¡No! —Se cubrió la boca al momento para ahogar el inesperado alarido que brotó de su garganta ante semejante idea.

No te dejes llevar por el pánico. Piensa, Ada. Piensa y mantén los pies sobre la tierra.

Tenía que mantener la calma, ser racional y no dejarse llevar por su hiperactiva imaginación. Respiró hondo y, pese a todo, dejó atrás la camioneta estacionada y avanzó con cuidado, pendiente de cada sonido, de cada rincón, lista para agacharse y esconderse de ser necesario.

Dejó atrás el aparcamiento y recorrió las calles tal y como lo había hecho con Zack al regresar a la camioneta con sus compras. Había encontrado su champú y también había comprado un par de cosas más que necesitaba. Su compañero se había empeñado en pagar su última compra y, después de una batalla épica, él sacó la tarjeta, la pasó por el terminal y perdió la batalla.

Se lamió los labios y empezó a caminar más deprisa. Cuando se dio cuenta, estaba corriendo, dejando atrás calle tras calle, girando en alguna esquina y precipitándose finalmente hasta la calle principal. Para ese momento las voces eran ya completamente audibles. Había alguien gritando en algún lado y un par de agentes uniformados corrían, con la mano sobre la funda de la cadera, hacia un nutrido grupo de gente.

Ada sintió que se le paraba el corazón cuando reconoció aquella parte de la calle. Allí estaban las tiendas que habían visitado antes y los almacenes que surtían a Wolf Lake de los materiales necesarios para las reparaciones. Su compañero iba a regresar allí para traer un par de cosas que recordó a última hora.

—No… No, por favor. No… —El miedo se coló como una serpiente en su mente y en su corazón. El mantra que se había repetido hasta el momento se esfumó y la fantasiosa psicosis tomó el mando. De repente lo vio en el suelo, con un charco de sangre creciendo en el pecho y esos preciosos ojos azules abiertos mirando el cielo. Solo que no veía nada. Estaba muerto. Zack estaba muerto —. ¡No! ¡Zackary!

En la vida había corrido tan rápido como en ese momento. Las lágrimas ya se agolpaban en sus ojos, vidriándole la mirada, impidiéndole distinguir lo que tenía delante. Tropezó con la gente, gritó, se desesperó intentando que la dejasen pasar.

—¡Apartaos! ¡Dejadme pasar! ¡Zack! ¡Zackary! —Lloró. Tenía que encontrarle, tenía que…

—¿Ada?

Se frenó en seco. Miró a su alrededor, frenética.

—¿Zackary?

—¿Qué coño pasa ahora? —Habló otra voz—. Cliff. Mantén a la gente lejos. Esto no es una puta feria. ¿Dónde mierda están los sanitarios? ¿Qué coño haces, Green? No te muevas.

—Es mi mujer… Tengo que…

Era su voz. Estaba vivo. Esa afirmación se instaló en su mente mientras se libraba del brazo que la retenía y le clavaba el codo en el estómago a alguien.

—Suélteme. Tengo que ir con él. Es mi compañero.

Un gruñido. Una mortal advertencia y esa mano desapareció por arte de magia. Se echó hacia delante y consiguió librarse de la gente y del policía que se interpuso en su camino.

—¿Zackary? —pronunció su nombre, buscándole y entonces lo vio. Sentado en la acera, con la mano apretándose el brazo y una flor carmesí manchando la tela bajo esta.

—Está bien, amor. No es nada. Estoy aquí. Ven.

No tuvo que decírselo dos veces. Se lanzó hacia él como si fuese su puerto seguro, pero en cuanto estuvo a su lado y clavó la mirada en su brazo, se quedó sin respiración.

—¿Qué coño? ¿Eso es sangre? Oh, Dios. Es sangre. Estás herido. —La repentina rabia sustituyó al miedo, se puso en pie como un resorte y miró a su alrededor, buscando al culpable de semejante afrenta—. ¿Quién lo ha hecho? ¿Quién demonios le ha disparado a mi novio?

Uno de los policías y otro hombre corpulento mantenían contra el suelo a un individuo. Había un arma a pocos pasos de él y aquello fue suficiente para que lo viese todo rojo. Se lanzó hacia el maldito como una verdadera gata. Consiguió pegarle una patada y le habría

arrancado todos los pelos de la cabeza si no la hubiesen sujetado y tirado de ella hacia atrás.

—Señora, por favor —jadeó el tipo que la estaba sujetando.

—¡Sácale las manos de encima a mi mujer, Coulter! —La voz de Zackary volvió a penetrar en su mente, aclarando un poco esa repentina neblina de mal genio. Se volvió hacia él y recordó al momento que estaba herido.

—Una ambulancia. Necesitamos una puta ambulancia, ¿por qué coño nadie la ha llamado?

—Señora…

—Señorita. —Lo fulminó con la mirada.

—Es solo un rasguño, Ada. Estoy bien. —Un brazo la envolvió y estuvo a punto de luchar contra él hasta que reconoció el aroma que la envolvía—. Estoy aquí. Soy yo. Está bien.

—No. No está bien. Estás herido. Te han disparado —gimió y añadió—. ¿Por qué demonios te han disparado?

—Porque tiene la manía de meterse donde nadie le llama —resopló el sheriff alternando la mirada entre uno y el otro—. De verdad, Zack. Con Daniel tengo suficiente, no empieces tú también.

Su compañero puso los ojos en blanco y señaló con un gesto al tipo del suelo.

—Mételo en el puto calabozo antes de que decida arrancarle la garganta —siseó por lo bajo—. Y sácalo de Marion.

—¿Vas a decirme cómo hacer mi trabajo? —replicó el tipo.

—Ni se me ocurriría —bufó. Entonces la miró y su rostro se dulcificó—. No pasa nada. John es de los nuestros.

—Ve a que Jacob te vea eso, héroe —resopló el *sheriff*, que al parecer también era un lobo—. Y luego te quiero en comisaría. Necesito una declaración completa.

—El hijo de puta entró en la tienda con un arma y exigió que le diesen todo el dinero que hubiese en la caja —relató con sencillez—. Está claro que es un puto novato. Le temblaba el brazo como si estuviese enchufado a una toma de corriente. Se asustó cuando Arthur salió del almacén y se le disparó el arma. Esa fue la bala que rompió el cristal. Me abalancé sobre él para desarmarlo y el muy

imbécil, en vez de soltar la pistola, como todavía tenía el dedo en el gatillo, disparó. Me atravesó limpiamente.

—¿Te atravesó? ¿Cómo que te atravesó? ¡Dijiste que solo era un rasguño! —jadeó ella. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿Cómo se te ocurre exponerte de esa manera? ¡Y más habiendo un arma de por medio! ¡Eres un idiota!

—Es un hijo de puta con suerte, eso es lo que es —resopló el *sheriff*—. Así que te has emparejado y de forma reciente, por lo que puedo apreciar.

El hombre los miró a los dos y su novio asintió.

—Estupendo —resopló y la miró a ella—. Está bien. Es duro como una roca. Deberías acompañarle a la clínica para que le vean esa herida. Y después, arrástrale a la comisaría, por favor.

—No le quepa duda de que lo haré, *Sheriff*.

—Llámame John —pidió y no esperó que le respondiera. Se levantó y fue a hacerse cargo del inútil que seguían reteniendo contra el suelo. El tipo temblaba y no hacía más que moverse—. ¿Qué mierda se habrá metido? Joder. Estos humanos cada día son más tontos.

—Ada. —Se volvió de inmediato hacia su pareja. Los ojos azules se posaron sobre ella con gesto tranquilizador, pero había una profundidad en ellos extraña y la entendió al momento—. Tranquila. No es nada.

—Y una mierda que no lo es —siseó y miró con aprensión la manga cada vez más roja de la camisa. Alguien le había atado un paño en torno al brazo bien apretado, posiblemente para detener la hemorragia—. Levanta. Nos vamos a la clínica ahora mismo.

No podría respirar tranquila hasta que le viesen el brazo y le curasen la herida.

—Primero tranquilízate. Estás temblando como una hoja. —Incluso en su estado, Zack se preocupaba de ella, poniéndola primero.

—¿Qué esperas? Oigo disparos, llego aquí y te encuentro sentado en la acera agarrándote el brazo ensangrentado. —Señaló con ambas manos, su histeria in crescendo—. ¡Podría haberte matado! ¿Y si en vez de darte en el brazo te da en el pecho, o en el

estómago, o Dios no lo quiera, te mete un tiro en la puta cabeza? ¡Podrías haber muerto, pedazo de idiota! ¡Me habrías dejado tú también! ¡Y no quiero! ¡No quiero quedarme sola otra vez!

El llanto le atenazó la garganta y ya no pudo seguir hablando. Se echó a llorar. Le había dado un susto de muerte. No solo se había puesto en lo peor, como toda esa jodida semana, sino que al verlo allí, con el brazo ensangrentado… Dios, se moriría si le pasaba algo.

—*Shh,* mi vida. Estoy bien. Estoy aquí y no voy a dejarte. —Una vez más se sintió rodeada por su aroma, su calor, por ese cuerpo grande y fuerte que la protegía de todo y de todos—. Ada, no llores.

—No puedo perderte, Zackary —lloriqueó, aferrándose a él—. A ti no. No ahora que has entrado en mi vida.

La abrazó más fuerte y permanecieron así el tiempo suficiente como para que su cerebro pudiese volver a lo importante. Una vez sus neuronas volvieron a hacer conexión, se despegó de él y lo empujó para que se moviera. No iba a perder un segundo más en ir a esa maldita clínica.

CAPÍTULO 20

Tal y como había supuesto, la bala le había atravesado el antebrazo limpiamente.

Ahora que la adrenalina había cedido y su compañera estaba más tranquila, era cuando notaba el dolor en el brazo. Por suerte, el analgésico que le habían dado, junto al antibiótico, estaba haciendo su efecto. Se había llevado unos cuantos puntos y tenía un inmaculado vendaje. Había desechado el cabestrillo hasta que Ada amenazó con ponérselo de sombrero si no obedecía las órdenes del médico.

El médico de Marion no había dejado de sonreír mientras veía a su compañera darle órdenes como un sargento. La chica era un manojo de nervios, pasaba de los regaños al llanto en un abrir y cerrar de ojos, aunque al menos, últimamente predominaba solo lo primero. Prefería tenerla enfadada y soltando sapos y culebras por la boca que escucharla llorar otra vez. Se le había encogido el estómago al oírla.

Entendía su miedo. Él mismo no había sido consciente de a lo que se estaba exponiendo hasta que la escuchó gritar. Si esa bala no le hubiese dado en el brazo, si le hubiesen herido de verdad, su compañera se habría quedado completamente sola. Sí, por supuesto, su familia se habría ocupado de ella, pero habría vuelto a perder a alguien que le importaba; porque él le importaba.

Se merecía todos sus insultos y que le gritase hasta dejarle sordo. No había pensado en ella cuando se metió en medio y eso era imperdonable. Se había dejado llevar por los viejos hábitos y ahora ya no se trataba solo de él, tenía que pensar también en su mujer.

—Esta es la receta de lo que tiene que tomarse —decía el médico a su chica—. Cójalo en la farmacia de aquí abajo. Y no se

preocupe. Se va a poner bien. Este chico se cura con increíble rapidez.

Y lo decía con conocimiento de causa, pensó con una mueca.

—¿Daniel ha salido ileso esta vez? —le preguntó el doctor, dejando claro que los conocía bien a ambos. En especial a su amigo, cuyo trabajo lo había dejado en peores condiciones más de una vez.

—Dan se ha tomado unos días libres —respondió.

—Magnífico. Con un imbécil que atender al día es más que suficiente.

Ada dejó escapar un resoplido de risa, lo que, dadas las circunstancias, era el mejor sonido del mundo.

—Veo que los conoce bien.

—Son buenos chicos, pero pasan demasiado a menudo por mi consulta —aseguró el hombre—. Esperemos que eso cambie a partir de ahora, señorita.

—Haré todo lo posible para que así sea, doctor, lo prometo —asintió y lo miró—. Mantendré a esos dos lejos de un arma de fuego o cualquier cosa lo bastante puntiaguda como para atravesarlos.

El hombre estalló en carcajadas.

—Bien, bien. Ya hacía falta una mujer con carácter en Wolf Lake —asintió complacido y añadió como colofón final—. No muevas el brazo durante un par de días y nada de esfuerzos, que nos conocemos.

—Ya has oído al doctor —le advirtió ella y añadió—. Iremos a ver al *sheriff* y luego derechito a casa. Yo conduzco.

—Sí, señora —replicó con un mohín, pero lo que realmente quería era abrazarla y comérsela a besos.

—Buen chico —le soltó ella, lo que lo hizo reír—. Gracias por todo, doctor Jacob.

—Hago mi trabajo. Cuídese, Zack.

Tras despedirse del hombre, salieron a la calle. Para entonces todo se había calmado ya, la gente seguía con sus rutitas y lo más probable es que todo quedase en una anécdota más. Se hablaría de ello en los cafés y restaurantes o en la tienda afectada y acabaría olvidándose.

—*Um*, ¿dónde queda la comisaría?

Zack la envolvió con el brazo bueno y la acercó hacia él.

—Te quiero, lobita mandona. —Le salió con naturalidad, porque era lo que sentía, lo que ella le hacía sentir—. Y la comisaría está enfrente del ayuntamiento. Por allí.

—No vuelvas a hacerte el héroe, ¿estamos? —rezongó ella, envolviéndole a su vez la cintura con el brazo—. No quiero volver a pasar por algo así nunca más en la vida.

—Haré todo lo que esté en mi mano para evitarlo. Lo juro —prometió inclinándose hacia ella para mirarla a la cara—. Perdona por haberte asustado.

—¿Asustado? No, Zackary. No me has asustado, me has provocado un puto ataque de pánico —masculló, la preocupación bailaba en sus ojos—. No quiero perder a nadie más. No puedo. Y, por encima de todo, no puedo perderte a ti. —Fue muy directa—. Mira. No soy una chica enamoradiza, ¿vale? Pero tú te has metido muy, pero que muy dentro de mí. Sé que esto que tenemos es lo más especial a lo que podría aspirar cualquier mujer, así que no lo estropees. No quiero enamorarme de ti para perderte a continuación.

—No vas a perderme —recalcó de nuevo sus palabras—. Donde tú estés, estaré yo. A donde tú vayas, iré yo. No hay Zack sin Ada ni Ada sin Zack.

—Prométemelo —farfulló ella.

—Te lo prometo, lobita. —Se movió para acunarle el rostro con la mano libre y pellizcarle la barbilla—. Siempre estaré a tu lado.

La besó en los labios, sellando una promesa que estaba más que dispuesto a cumplir.

—No te mereces que te quiera, Zackary Green, hoy no —refunfuñó bajo su boca.

—Pero me quieres, ¿no es así? —Sonrió—. Claro que me quieres.

—Lobo idiota.

La besó otra vez, solo por el placer de hacerlo, y continuaron caminando hacia su próxima cita.

—¿Qué tal ha ido la lectura del testamento? —le preguntó. Usaría cualquier excusa que tuviese a mano para hacerla olvidar el

mal rato que había pasado.

Ada hizo una mueca, pero su expresión cambió.

—Tal y como esperaba que fuese —admitió—. Se hizo la lectura. Mi padre me dejó íntegramente la casa a mí, con un buen fondo de contingencias. Y su viuda se lleva todo lo que adquirieron durante el matrimonio, lo que incluye su coche, el dinero que tenían en la cuenta común y otras menudencias que relató el notario, pero a las que ni siquiera le presté atención. Le han dado un mes para abandonar la casa, pero le he dicho que puede quedarse hasta final de año. No voy a echarla a la calle de una patada. Yo no soy así.

—Sé que no lo eres.

—La verdad es que no estoy preparada para volver allí —confesó con voz queda—. Hay demasiados recuerdos de mi infancia y luego está todo este último año. No estoy lista para enfrentarme a todo eso, necesito hacerme a la idea de que ha partido y que si entro por la puerta, no me abrirá los brazos para recibirme.

—Tiempo, Ada. Todo requiere de algo de tiempo.

Ella asintió en conformidad y lo miró.

—Tiempo. Parece ser la clave para todo últimamente, ¿no?

—Es una solución universal.

Dejó escapar un suave suspiro y miró a su alrededor.

—¿Este lugar es siempre así? Me ha dado la sensación de que el sheriff John está acostumbrado a este tipo de… situaciones.

—Marion es un pueblo tranquilo la mayor parte del año. No existe un alto índice de delincuencia como en las grandes ciudades, pero siempre hay algún imbécil que aprovecha que estamos a las afueras para cometer una tontería.

—¿Y por qué os mencionó a Daniel y a ti específicamente? Y no fue el único —echó el pulgar por encima del hombro—. El doctor Jacob parece teneros fichados.

—Ya te dije a qué nos dedicábamos antes de llegar a Wolf Lake —le recordó—. John Thompson es un lobo, pertenece a la manada de Brian, pero lo han relocalizado aquí. Nuestros caminos se cruzaron cuando Dan y yo ejercíamos como cazarrecompensas, así que nos conoce. En el tiempo que llevamos en el área de Marion nos

hemos topado con algunos… problemillas aislados y él es quien hace el papeleo.

—¿Problemillas aislados? —preguntó con evidente desconfianza.

—Trabajando de cara al público te encuentras de todo y más aún cuando gestionas un negocio de cabañas de alquiler rural. —Se encogió de hombros—. Vandalismo, desórdenes públicos, idiotas borrachos, clientes que se niegan a pagar… Y ya no hablemos de los que montan tal fiesta en las cabinas que después cuesta más la reparación que la estancia.

—Pensé que habías dicho que Marion era un sitio tranquilo.

—Y lo es. Imbéciles los hay en todos lados, no solo en Virginia.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—En eso tienes razón.

Siguieron caminando hasta su destino. Por suerte, el sheriff Thompson decidió no retenerlos durante mucho tiempo. Recogió su declaración, la firmó y mencionó que el chaval, pues era un puto veinteañero, estaba de camino al hospital. El chico no era de la zona, había aparecido con una moto y esa pistola. Estaba claro que estaba bajo los efectos de alguna droga, pues les había costado reducirle incluso en plena calle. Los paramédicos que acudieron al lugar tuvieron que inyectarle un sedante para poder trasladarlo. Tendrían que esperar al informe toxicológico para saber qué se había metido, pero el sheriff tenía claro que el imbécil iba a pasarse una temporadita en el calabozo por su intento de robo con arma de fuego.

—Espera, genio. Ya te pongo yo el cinturón —le dijo Ada después de que lo hubiese obligado a sentarse de copiloto. Con el brazo derecho inmovilizado no podía manejarse bien.

—¿Estás segura de que no quieres que nos quedemos a comer por aquí? —Insistió. Se suponía que iban a aprovechar el viaje para pasar tiempo juntos en la ciudad y cambiar de aire, pero el atraco frustrado y su herida lo habían echado todo por tierra.

—Tú tienes que descansar —le recordó mientras adecuaba el asiento y los espejos a su altura—. Y vas a hacerlo mejor en casa que en la mesa de un restaurante. Además, la comida de esa tienda

de *take away* tiene una pinta estupenda. No tienes que hacerte el macho por mí, lobito, puedo ver que te duele.

Resopló. Un gesto muy lupino, pero no negó lo evidente.

—Ian y Courtney se van a cabrear —masculló por lo bajo.

—¿Por qué te ha disparado? Normal. A todos nos preocupa que le hagan daño a nuestros amigos o a nuestra familia —afirmó ella—. Y está claro que ellos lo son.

—Si se lo dicen a Daniel, estoy muerto —bufó y empezó a palparse el pantalón.

—¿Qué haces?

—Intento encontrar mi teléfono —resopló. No podía alcanzarlo en el bolsillo en el que estaba—. Si Dan se entera de esto por otro que no sea yo…

—Lobos… —resopló ella. Se inclinó sobre él y lo miró—. ¿Dónde?

—En el bolsillo derecho, atrás.

—¿Por qué será que todos tenéis la manía de poneros el móvil en el bolsillo trasero? —chasqueó y hundió la mano entre él y el asiento hasta conseguir el aparato—. De acuerdo. Llamando. Pongo el manos libres.

Dos tonos después obtenían una respuesta.

—¿Qué pasa? ¿Ada está bien? —La preocupación en la voz de su amigo fue instantánea.

—Ella está bien. Está sentada a mi lado —respondió mirando a su compañera.

—Hola, Daniel.

—Hola, hermanita. —El alivio en la voz del lobo fue pasajero, le conocía bien para saber que no le llamaría de repente sin una buena razón—. Dime. ¿A qué debo el placer de esta llamada?

—Una bala me ha atravesado el brazo. Herida limpia. No hay daños. Me han dado puntos y…

—*Wow.* Frena, vaquero. —Su gruñido era puramente lupino y cuando volvió a hablar, su tono era mucho más oscuro y bajo—. Ada, ¿puedes contarme qué ha pasado?

—Han intentado atracar una tienda en Marion. Zackary estaba dentro y, al intentar desarmar al atracador, el arma se disparó y la

bala le atravesó el brazo. —Escuchar a su mujer relatar el suceso con voz temblorosa le dolió en el alma—. Está bien. Lo han curado en la clínica de Marion y le han recetado antibióticos. Ahora voy a llevármelo a casa y lo mataré si vuelve a intentar hacerse el héroe.

—Perfecto. Lo dejo en tus manos, lobita —declaró su amigo con tono mucho más tranquilo. La explicación de su compañera lo había tranquilizado—. Y no te las ensucies, Ada. Ya lo mato yo en cuanto vuelva a casa.

Ninguno de los dos le dejó añadir una sola palabra, pues Daniel colgó la llamada y su compañera encendió el motor.

—Creo que me va a gustar mucho mi nuevo hermano, Zackary —mencionó ella saliendo del parking—. Sí. Creo que me va a gustar mucho.

CAPÍTULO 21

Daniel apareció a la mañana siguiente y no lo hizo solo.

No podía decir que le sorprendiese. Zack le había advertido que su hermano mayor acabaría enterándose y se presentaría aquí. Y su predicción se había hecho realidad pasadas las once, cuando dos vehículos aparcaron en el parquin y sus ocupantes se encontraron con Courtney en la recepción.

Daniel había sido el primero en subir. Al menos el lobo se había tomado la molestia de llamar antes, lo que había evitado que le diese un ataque al corazón. Fue extraño sentir su abrazo, como si se conociesen de toda la vida, pero no le molestó. Había algo en él que resultaba tranquilizador y le recordaba a su compañero. En cuanto este había asomado la nariz desde el salón, el hombre la había soltado y se lo había quedado mirando. Lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies, clavando finalmente unos ojos marrones, tan claros que casi parecían dorados, sobre el cabestrillo de su compañero. Fue este, con un resoplido quien estiró el brazo libre hacia el recién llegado y ambos se fundieron en un abrazo.

No sabía por qué, pero le enterneció ese momento. La manera en la que ambos pegaron sus frentes, solo para empezar a escuchar a Daniel llamándole de todo menos guapo. Sí, el lobo sabía cómo sacarle la mierda a gritos a su hermano. Una vez pasado ese momento de pura intensidad, se había sosegado, volviéndose a ella para disculparse.

En ese ratito que tuvieron los tres juntos, pudo conocer un poco más a Daniel y encontró que, efectivamente, iba a gustarle tenerlo como hermano. Él fue quien les puso al tanto de que había llegado acompañado por el mayor de los Green y que Nickolas y su esposa, Helena, esperaban en la recepción.

El dueño de *Wolf Mountain Resort* era tal cual lo había visto en la foto, solo que en persona impresionaba bastante. A su lado, una mujer vestida con suéter y vaqueros hablaba animadamente con Courtney, pero en cuanto ambos hicieron acto de presencia, su expresión cambió a una genuina preocupación mientras ponía los ojos sobre Zackary.

—Estoy bien. Es más aparatoso de lo que parece, en serio, hermana —declaró su compañero al momento.

—¿En qué mierda estabas pensando? —Nickolas gruñó. Sus ojos azules cayeron sobre su hermano, comprobando que estaba de una pieza—. Maldición, Zack. Pensé que al fin te había entrado algo de sentido común en la cabeza, pero veo que me equivoqué.

—No lo busqué, créeme —resopló—. Fue un estúpido accidente.

—Uno con el que casi te vuelan el brazo —le recordó Daniel, quien había bajado con ellos. El lobo se quedó al lado de su amigo, como si creyese necesario cubrirle las espaldas.

—Estoy bien, así que dejad de poneros fatalistas, que preocupáis a mi compañera. —Su respuesta llegó matizada de un gruñido de lo más lupino.

—No creo que nadie pueda preocuparme más de lo que ya lo has hecho tú, pero gracias —le soltó, cosa que hizo reír a Daniel en voz baja y tiró también de los labios de la pareja presente—. Hola, soy Ada.

—Es un placer conocerte al fin en persona, Ada —asintió Nickolas, dedicándole una encantadora sonrisa—. Bienvenida a la familia. —Se volvió hacia su esposa y la presentó—. Ella es Helena, mi compañera. Al igual que tú, también es humana.

—Un detalle insignificante, como puedes ver —repuso la chica de buen humor—. Me alegra conocerte al fin. Me estaba sintiendo en minoría en medio de tantos culos peludos.

Ada sonrió. La calidez de Helena y su buen humor eran contagiosos.

—Entiendo lo que quieres decir —asintió mirando a los presentes—. Es como estar en medio de una convención de frikis… En la que *ellos* son los *frikis*.

—Oye. Más respeto —se quejó Courtney, pero no dudó en guiñarle el ojo—. Estoy orgullosa de ser *friki.*

—Di que sí, hermana —corroboró Daniel y ambos se intercambiaron un extraño saludo con la mano. Era extraño verlos sin tirarse los trastos a la cabeza.

—Nunca lo había visto de esa manera, pero tienes mucha razón —asintió la recién llegada alternando la mirada entre unos y otros—. *Sip*. Me uno a tu equipo.

—*¡Yupi!*

Las dos se echaron a reír y en ese momento supo que podría llevarse muy bien con Helena.

No pasó mucho tiempo antes de que los hombres se aliaran para leerle la cartilla a Zack, lo que las dejó a ellas libres para charlar. Optaron por aprovechar que la mañana estaba despejada y cálida y salieron a pasear junto al lago.

—Nick me dijo que tu padre había fallecido recientemente. Te doy mis más sentidas condolencias.

—Gracias —asintió y señaló el banco en el que siempre solía sentarse a dibujar a modo de invitación. Ambas tomaron asiento—. En parte fue el motivo por el que vine aquí. Zackary me envió una invitación. Sabía que era amigo de mi padre, pero… Digamos que me encontré algo distinto a lo que tenía en mente.

—Muy distinto, estoy segura —afirmó Helena—. A veces cuesta pensar que ellos son reales, ¿verdad?

—Puedes apostarlo.

La chica asintió y miró hacia el lago.

—Yo llevaba todo un año trabajando para Nickolas y no tenía la menor idea de dónde estaba metida —mencionó—. A pesar de verle todos los días, ni en mis más rocambolescos sueños podía imaginarme lo que descubrí después.

—Zack mencionó que te… asaltaron. —No quería hacerla revivir un momento doloroso, así que procuró ir con tacto.

Ella asintió y se volvió para mirarla.

—Una empleada del hotel se obsesionó con mi marido. Era una loba. Asesinó a la mujer con la que él se habría casado la tarde en la que… nos encontramos y luego intentó deshacerse de mí cuando se

dio cuenta de que yo era su verdadera compañera. —La entereza con la que relató aquello era digna de admiración—. Zackary y Everly fueron los que me encontraron e impidieron que esa desquiciada me matase. Ever luchó con ella mientras Zack me sacaba del coche. Ese día me enteré de que había personas que eran capaces de convertirse en lobos… Y créeme, casi me da un paro cardíaco cuando Nick hizo ese mismo truquito ante mí. —Dejó escapar un largo suspiro—. Así que puedo entender muy bien lo que has tenido que sentir al descubrir este mundo. Y ya no digamos lo que significa ser la pareja predestinada de un lobo. Eso… esto está a otro nivel.

—Y que lo digas. —No podía estar más de acuerdo—. He estado a punto de volverme loca muchas veces.

—Ansiedad, miedos irracionales, aumento de la libido, una intensa angustia cuando tu compañero no está cerca y una paz absoluta cuando lo está. —Empezó a enumerar—. ¿Me dejo algo? Es la experiencia traumática. Por momentos pensé que me estaba volviendo bipolar. Quería llorar sin motivo alguno y solo porque el imbécil de mi lobo estaba lejos. Por suerte, puedo asegurarte que todo eso se pasa y después simplemente disfrutas de una relación sana y de lo más normal.

—¿Puedes prometérmelo?

La chica se rio y extendió la mano para coger la suya.

—Lo prometo —asintió con total seguridad—. No es fácil. Un lobo recién emparejado puede llegar a volverte loca. Lo sé por experiencia. Pero también creo que es la experiencia más única y maravillosa que podía haberme pasado en la vida. Estoy con el hombre al que amo, sé que me pertenece del mismo modo en que yo a él. Me ha estado esperando toda su vida, ¿qué mujer puede decir lo mismo? Por no hablar de que somos extremadamente afortunadas de poder disfrutar además de una *«mascota»* propia. Creo que me entiendes…

—Oh, sí. Créeme que sí —afirmó pensando en ese lado peludo de Zack, el que era capaz de robarle el cuaderno y hacerla correr de un lado a otro, jugando como si fuesen dos críos.

—Me habría gustado tener a alguien con quien hablar de todo esto cuando Nick y yo empezamos a… conocernos —admitió Helena —. Me habría ayudado mucho. Así que, si yo puedo serte de ayuda… aquí me tienes. Ya no estás sola en esto. Somos dos.

—Te lo agradezco —asintió y apretó la mano femenina de regreso—. Me va a venir muy bien contar con una aliada. Supongo que las compañeras humanas de los lobos tenemos que mantenernos unidas. Ellos nos ganan en número.

—Oh, en eso tienes mucha razón —aseguró la chica echándose a reír—. Te confieso que me moría por conocerte en cuanto Nick me dijo que Zack había encontrado a su compañera y que era humana. Siempre he querido tener a alguien con quien hablar de esto, que comprendiera lo que yo misma estoy pasando… Espero que me veas como una amiga. Además, ahora somos cuñadas. O hermanas. Así es como funciona en la manada.

—Me encantaría tener una hermana —afirmó y al decirlo en voz alta se dio cuenta de que era verdad. Siempre había deseado poder hablar con alguien, compartir sus cosas. Pensó que con el matrimonio de su padre con Beverly, al tener esta dos hijos de su edad, podría encontrar ese vínculo, pero al final ellos no habían sido más que extraños en su vida. Quizá no había sido el momento, ni la persona adecuada, pues había tenido que esperar a conocer a su lobo para encontrar una familia propia, una que la aceptó desde el momento en que Zack la reclamó para sí.

—En ese caso ya la tienes —aseguró Helena—. Y, al igual que nuestros compañeros, es para siempre.

La chica la abrazó y no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas.

—Lo siento. Es que últimamente mis emociones son una montaña rusa y… —se disculpó.

—No te disculpes, Ada. Lo entiendo perfectamente. Lo que le ha pasado a Zack, has tenido que pasarlo realmente mal.

Asintió con la cabeza, pues fue incapaz de encontrar las palabras. Se le cerró la garganta, no quería llorar, pero las lágrimas empezaron a caer solas…

—Oh, hermanita… —Helena volvió a abrazarla.

—Pensé… pensé que estaba muerto. Se me metió eso en la cabeza. Entonces lo vi. Estaba sangrando y… Dios… si le pasa algo, creo que moriré, Helena —confesó entre sollozos—. Y es ridículo, porque apenas le conozco desde hace menos de dos semanas, pero… pero ya no puedo imaginarme a mí misma sin él.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Su nueva amiga, su hermana en esta aventura que había llegado a su vida, le limpió el rostro con las manos—. Es lo que pasa cuando amas a un lobo, todo se magnifica y la vida deja de tener sentido si no es junto a él. Pero no te preocupes, Zack está bien y tanto Nick como Daniel se van a encargar de que no se le ocurra hacer nunca más algo tan temerario.

—Daniel ya le dio un buen repaso nada más llegar —admitió entre hipidos.

—Pues espera a que Nickolas termine con él, te pedirá que le hagas mimitos porque estará hecho polvo —afirmó la chica con una pícara sonrisa—. Mi hermano te adora. Estaba tan desesperado que llamó a Nickolas para pedirle consejo con respecto a ti. Por Dios, dijo que te habías caído al lago o algo así.

—Sí. Lo hice —asintió, sorbiendo por la nariz—. Al idiota no se le ocurrió mejor momento para contarme lo que era que cuando estábamos en el espigón. Fue culpa mía. Tropecé… y al agua patos.

—Con lo fría que está. —La chica se estremeció—. Vaya un imbécil.

—Dejé de hablarle casi una semana.

—¡Ay, Dios! —La chica abrió los ojos como platos—. ¿Cómo lo resististe?

—Fue la peor semana de toda mi vida —admitió y, acto seguido, sacudió la cabeza—. Creo que fue en esos días cuando me di cuenta de que las cosas estaban sucediendo de verdad. Nunca he sentido nada igual por otro tío y con Zack… Todo es tan… intenso.

—El emparejamiento tiene sus… beneficios.

Se sonrojó, del mismo modo en lo que lo hizo la chica al decir aquello, pero asintió con efusividad.

—Sí. Digamos que nuestra reconciliación fue de lo más… beneficiosa —confirmó—. Adoro a Zackary. Ahora sé, sin lugar a

dudas, que es mi primer amor, porque ese idiota ha conseguido que me enamore de él y sé que será el único…

—Pues entonces poco más hay que decir al respecto, Ada —afirmó Helena—. Lo que suceda a partir de ahora solo serán cosas buenas. Mientras estéis juntos, nada podrá con vosotros…

—Sí. De eso no me cabe la menor duda.

—Y si por algún motivo necesitas ayuda… solo tienes que llamarnos, tienes una extensa familia que hará lo que sea por ti —aseguró y se señaló a sí misma—. Empezando por mí, por supuesto.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Gracias, Helena.

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo castaño y le devolvió la sonrisa.

—No tienes que darlas, Ada. Para algo estamos las hermanas.

CAPÍTULO 22

—Bueno, parece que han hecho buenas migas.

Zack siguió la mirada de su hermano hacia el lugar que ocupaban las dos hembras humanas que se habían ganado el corazón de dos de los Green. Ambas reían y cuchicheaban con las cabezas muy juntas, como si estuviesen compartiendo alguna travesura.

—¿Siempre es así?

—¿Así cómo?

—Como si sintieses que va a explotarte el corazón cada vez que la miras —preguntó a su hermano—. Como si te estuviese abriendo el pecho con un cuchillo cada vez que la ves llorar.

—Cuando la amas, sí, Zack, es así.

Asintió con la cabeza conforme con aquella explicación. Parecía absurda de tan sencilla que era, pero a veces necesitabas que alguien más te lo dijese para darte cuenta tú mismo. Para confirmar aquello que intuías en tu interior.

—Entonces, ¿todo está bien entre vosotros? —inquirió Nick con su habitual despreocupación.

—Lo está —confirmó—. Hemos decidido ir despacio. Necesitamos conocernos, aprender a caminar este sendero juntos, pero ambos estamos ya en ese camino y sé que es cuestión de tiempo que lo consigamos.

—Bien —asintió el lobo a su lado y señaló con un gesto a la pareja—. Rescataré a mi mujer y me la llevaré a la cabaña que nos asignó Courtney. Nos quedaremos un par de días, si te parece bien.

—Mi puerta siempre estará abierta para vosotros, hermano —respondió volviéndose hacia él—. Ya lo sabes.

—Lo mismo os digo, hermanito. A los dos.

Le dio una última palmada en el hombro y se adelantó, interrumpiendo a las dos chicas. Lo vio despedirse de Ada, esta vez besándola en las mejillas. Su compañera abrazó también a la chica y, acto seguido, levantó la mano, agitándola en el aire.

—¡Cuida bien de mi hermana, Zack! —Las palabras llegaron a sus oídos como si se las hubiese susurrado y solo pudo asentir en respuesta.

Para cuando se reunió con su propia compañera al lado del asiento que ambas hembras habían ocupado, la pareja ya se alejaba abrazada hacia el camino que llevaba a su nuevo alojamiento.

—Me gusta Helena —mencionó Ada volviéndose hacia él—. Y tu hermano Nickolas es un encanto.

—Tú también les gustas a ellos —afirmó extendiendo el brazo libre hacia ella. Necesitaba abrazarla, sentirla pegada a él—. Van a quedarse un par de días, así que podrás seguir charlando con Helena tanto como quieras.

—¿Sí? Bien —murmuró ella envolviendo sus brazos en torno a su cintura—. Estamos pensando en la mejor manera de unir fuerzas para ganaros a los lobos. Estamos en inferioridad de número, pero esperamos que eso cambie con el tiempo.

Su comentario lo hizo reír.

—Así que planeando ya la revolución, ¿compañera?

—De momento, solo sus cimientos —replicó con tanto entusiasmo que lo hizo carcajearse.

—No sé cómo he podido estar todo este tiempo sin ti, pequeña mía, ya no concibo el futuro si no estás en él —le confesó y la besó en la sien—. Cierto es que no te esperaba, pero aquí estás. Hermosa, fuerte, llegada de mi pasado para convertirte en mi futuro. Mi compañera, mi amante, mi amiga y la única dueña de mi corazón. Sí. Te quiero, Ada Jordan, y sé que con cada otoño en el que vea caer las hojas junto a ti, te amaré aún más.

—Idiota —rezongó ella ocultando el rostro contra su pecho, pegándose tanto a él que ya solo podía fundirse con su piel—. Vine aquí con la esperanza de encontrarme a ese tío sesentón y cariñoso del que tanto hablaba mi padre, pensando que quizá podría convertirse en mi nueva familia, ¿y qué me encuentro? Con un

hombre encantador, atento y cariñoso, un lobo que me ha reclamado como su otra mitad y me ha dado no solo la familia que estaba buscando, sino también la historia de amor más bonita y rocambolesca de todas. Eres mi primer amor, Zackary Green, porque sé que nunca he amado a nadie antes de conocerte y también el único, porque ahora sé que lo que siento aquí dentro, lo que me hace querer tirarme de los pelos o lanzarme a tu cuello, es mi amor por ti. Te quiero, mi lobo de otoño. Para siempre.

Dos palabras. Eso fue todo lo que necesitó Zack para aullarle al viento y reír de felicidad mientras aferraba a su novia y la besaba hasta dejarla sin aliento.

EPÍLOGO

Tres meses después…

Zack atravesó la puerta de la recepción resoplando. Dejó la pala a un lado y se quitó los guantes. La decoración de Navidad ya estaba puesta y el olor a pino y piñones perfumaba el ambiente. El abeto

que Daniel había traído de Marion estaba cubierto con los adornos que Aba y él habían seleccionado con mucho cuidado de la caja que guardaban en el trastero, pero sin duda su favorito eran los lobos que su mujer había dibujado y pintado en unos círculos de madera. Las formas lupinas de cada uno de los miembros de Wolf Lake habían sido captadas en toda su esencia por la artista local y ahora colgaban de sus ramas.

Con todo, su dibujo favorito seguía siendo el que lucía la pared junto a la recepción. Era una ilustración del lago en su época otoñal y a los pies de este estaba él en su forma lupina y en la humana. Su silueta estaba de espaldas, admirando el paisaje mientras que el lobo permanecía acostado a sus pies, dos mitades de un alma compartiendo espacio.

—¡Acaba de llegar! ¡Acaba de llegar!

Se volvió para ver a su mujer saliendo por el acceso interior que daba a su casa. Estaba preciosa vestida de rojo y verde, a juego con la época navideña. Pero claro, a sus ojos, su compañera estaba preciosa con cualquier cosa que se pusiera. O mejor aún, sin nada encima.

Daniel apareció detrás de ella y lo miró divertido. Le guiñó el ojo y la señaló con un silencioso gesto. Los dos se habían convertido en verdaderos hermanos. Quien los viese pelear o confabular juntos, pensaría que llevaban haciéndolo toda la vida.

—¡Zackary! —Se lanzó a sus brazos llena de energía y emoción —. ¡Acaba de llegar!

No tenía que preguntar a qué se refería, pues había estado esperándolo desde hacía varias semanas.

—Dan acaba de traérmelo de Marion —añadió y se lo entregó —. Ábrelo. Yo estoy demasiado nerviosa.

—De acuerdo, amor —cogió el paquete y señaló el mostrado de recepción ahora vacío—. Veámoslo.

—Por favor, por favor, que haya quedado bien —la escuchó musitar detrás de él.

Deshizo el paquete y extrajo de su envoltorio de cartón aquello en lo que su mujer había estado trabajando los últimos tres meses. Nada más ver la portada del libro que tenía en sus manos sonrió.

—Enhorabuena, cariño mío. Aquí está tu primer libro infantil ilustrado —le informó dándole la vuelta para que pudiese ver la portada que ella misma había dibujado—. Tu *Lobo de Otoño*.

El chillido que emitió hizo que tanto Daniel como él se encogieran debido a sus sensibles oídos, pero incluso esa incomodidad era una minucia frente al resplandeciente rostro de su mujer.

Con el libro en las manos, Ada empezó a pasar las páginas y se detuvo en la primera de ellas y en la dedicatoria que había elegido para su primer cuento.

—*A mi padre. Gracias por haberme elegido* —leyó y notó la emoción en su voz.

Página tras página fueron viendo las ilustraciones que su mujer había realizado mientras pasaba los días de otoño junto al lago. Dibujos que plasmaban una historia que ella misma había escrito y que narraba las aventuras de una niña que había venido a una casa junto al lago en busca de su familia, para acabar encontrándola en un solitario lobo.

—¿He escuchado bien? ¿Ya ha llegado? —Courtney entró sofocada, con las mejillas sonrojadas y llena de nieve. Ian no tardó mucho en aparecer detrás de ella.

Ada se volvió hacia los recién llegados y mostró orgullosa el libro.

—Ya está aquí.

—¡Oh, Dios! —jadeó la loba—. Quiero verlo. A ver.

Antes de que se diese cuenta, cada uno de los miembros de Wolf Lake rodeaba a su esposa, felicitándola y entusiasmándose tanto como ella con ese primer proyecto que había nacido aquí y que los tenía a todos y cada uno de ellos como protagonistas.

—Gracias, chicos —la escuchó entre el grupo—. No habría podido hacerlo sin vosotros.

—Todo el mérito es tuyo, Ada. Has sido tú la que lo has hecho posible.

—No. Yo solo he dibujado, vosotros sois los que habéis dado vida a esta historia —declaró y, saliendo de entre ellos, se detuvo ante él—, ¿verdad que sí, mi lobo?

—Por supuesto que sí, amor mío. Por supuesto que sí.

Cogió una vez más el libro y lo abrió buscando su ilustración favorita, la de un lobo blanco con pelo jaspeado que tentaba a la niña de rizos del color de las hojas a perseguirlo para recuperar su cuaderno.

—Mi momento favorito del cuento —le dijo mirándola de soslayo, cosa que le arrancó una sonrisa.

—Por supuesto que lo es, mi dulce y amable lobo, por supuesto que lo es.

Ada le quitó el libro de las manos y tiró de su chaqueta para que se inclinase sobre ella y así poder besarle, algo en lo que siempre estaba dispuesto a complacerla.

FIN